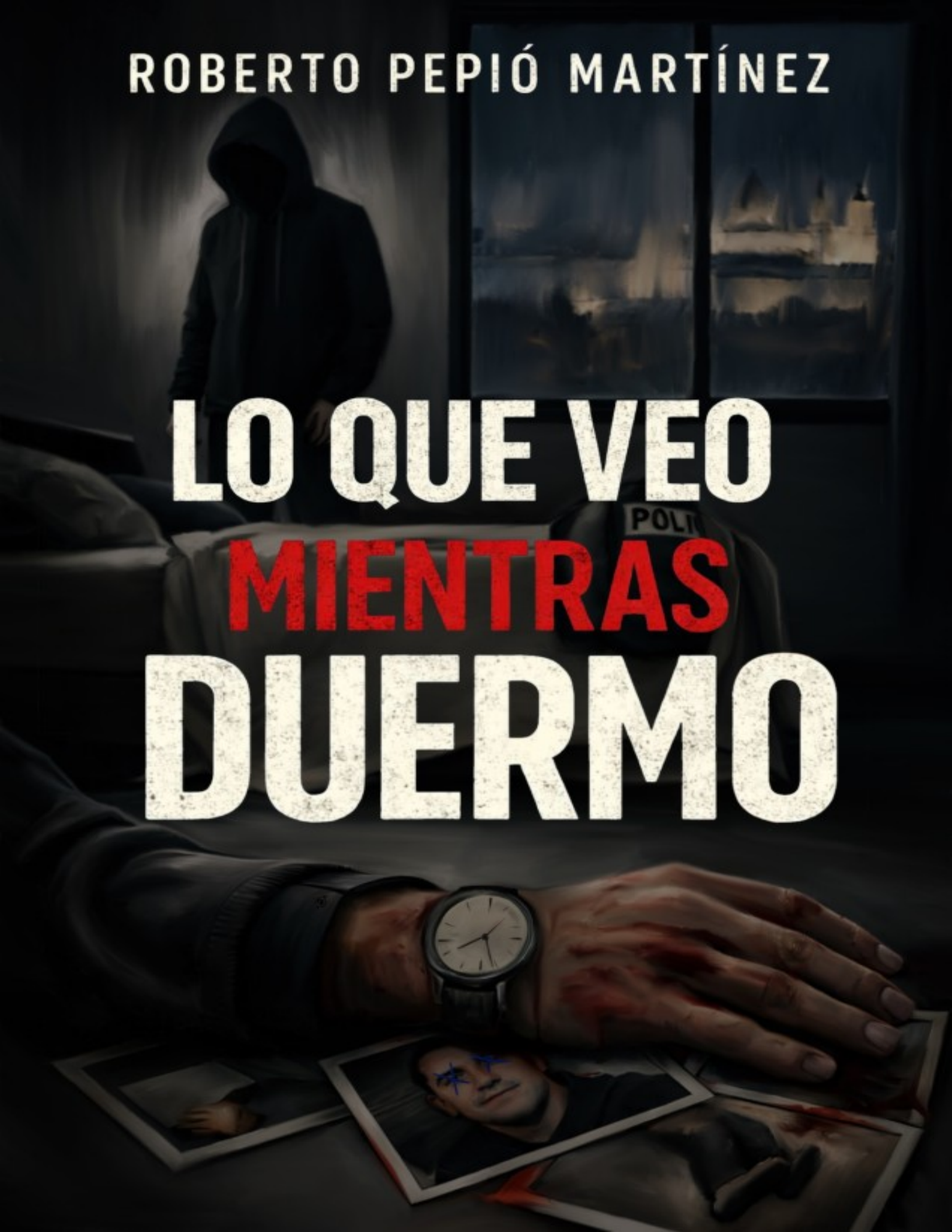
ROBERTO PEPIÓ MARTÍNEZ

LO QUE VEO MIENTRAS DUERMO



Lo que veo mientras duermo

© 2026 Roberto Pepió Martínez

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización expresa del autor.
Esta obra es una ficción.
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.
Primera edición Kindle: marzo 2026

Para quienes prefieren no cerrar los ojos.
Para quienes no pudieron dormir y aun así miraron.
Y para mi familia, mis amigos y a los que quiero.
Es por ustedes.

PRIMER ACTO

Horas

21:23

La habitación olía a café quemado.

La luz del flexo caía sobre un escritorio lleno de libros de medicina y apuntes subrayados con tres colores distintos. Encima de todo, abierto por la mitad, un libro de cardiología. La especialidad a la que quería llegar algún día, cuando terminara el grado, cuando todo esto que ahora parecía interminable por fin tuviera sentido.

Tercer año. Examen mañana a las nueve.

Beatriz releyó el mismo párrafo por tercera vez. Lo entendía. Solo necesitaba que se le quedara.

—Bea.

Laura asomó la cabeza por la puerta con el abrigo puesto y el bolso cruzado. Tenía esa cara de quien ya tiene un pie fuera.

—Me voy. Richard está abajo.

—Venga, anda. —Beatriz se giró en la silla—. Saluda de mi parte.

Laura entró lo justo para darle un abrazo rápido, un beso en el cachete. Al salir rozó sin querer el cuadro que colgaba junto a la puerta, el que le había regalado su abuelo, un oso intentando alcanzar un panal de abejas. Lo enderezó con dos dedos sin detenerse.

—Mañana en clase, si es que aparezco —dijo desde el pasillo.

—Yo tampoco prometo nada —respondió Beatriz.

Las dos se rieron. La puerta quedó entreabierta.

Luego los pasos de Laura bajando las escaleras. El portal cerrándose abajo con ese golpe sordo de siempre. Y después nada. El piso entero en silencio.

Beatriz volvió al libro.

Cogió el café. Estaba frío, pero se lo bebió igual. Tomó el bolígrafo y subrayó una línea que ya estaba subrayada. Miró la hora sin pensar.

21:23.

Todavía quedaba mucho por delante.

Volvió a los apuntes.

2:51

La noche no llega de golpe. Se instala. El ruido baja y la casa empieza a sonar distinta. El aire pesa.

Me hundo en el colchón. No estoy ahí. El pecho se cierra. Respiro, pero el aire se queda a mitad de camino. No es pánico. Es la advertencia.

Sé que no debería cerrar los ojos. Los cierro.

El suelo ya no es madera. Es baldosa vieja, húmeda. Huele a encierro y a metal. Al fondo, una ventana deja entrar una luz torcida. Aquí siempre es madrugada.

Miro mis manos. Tardan en aparecer. No son las mías. Son más grandes, más firmes. La derecha empuña un cuchillo. Lo agarro con seguridad. No tiembla.

Camino por un pasillo estrecho. Sé a dónde voy. El sonido de mis pisadas es controlado. El pulso no se acelera.

La puerta está entreabierta.

Dentro, la calma. Una cama deshecha. Alguien duerme. Me acerco. El suelo cruje una vez. El cuerpo se mueve apenas. No despierta.

La hoja refleja la luz. No hay prisa.

El primer corte es preciso. La resistencia es mínima. La sangre aparece rápido. El olor lo inunda todo. El cuerpo reacciona tarde. Se tensa. Se agita. No sirve de nada.

Ajusto la presión. Mantengo el ritmo.

Los ojos se abren de golpe. Buscan algo que no está. El reloj marca las 02:51.

La respiración se rompe. El cuerpo cede. Se queda quieto.

Bajo el cuchillo. La habitación vuelve a ser solo una habitación. No hay alivio. Es otra cosa. Más fría. Un trámite cerrado.

Miro mis manos. No hay culpa. Solo el vacío.

2:52.

Parpadeo.

Vuelve el techo. La grieta. La luz anaranjada de la farola. El pecho sigue cerrado, pero el corazón va desbocado. Llego tarde.

Estoy empapado en sudor. Respiro de golpe.

Estoy en mi cama.

Y lo sé

3:02

Despierto jadeando.

El aire golpea mis pulmones como si alguien hubiera abierto una escotilla. Me incorporo. El mundo tarda unos segundos en encajar.

Sudor y sábanas pegadas. El colchón está frío, pero yo ardo. El corazón golpea sin ritmo.

Miro la grieta del techo. Sigue ahí. No ayuda.

Busco el móvil. Los dedos están entumecidos. La pantalla me ciega.

2:53.

Siempre es después. Nunca a tiempo.

Trago saliva. Sabe a metal. A miedo. Respiro hondo. Intento convencer a mis músculos de que ha pasado. De que es otro episodio.

Miento.

Me quedo sentado. Escucho Madrid tras el cristal. Un coche. Un perro.

Cierro los ojos y la imagen vuelve. Nítida. El pasillo. El cuchillo. La sangre.

Me levanto. El suelo parece a punto de ceder. En el baño, la luz blanca es cruel. Me miro en el espejo. Treinta años. Ojeras. Barba de tres días. No parezco un asesino.

Eso me aterra todavía más.

Abro el grifo. Agua helada en la cara. Me apoyo en el lavabo y dejo que corra. El sonido me ancla. Aquí. Ahora.

Miro mis manos. Limpias. No hay rastro de ella. Pero noto un cosquilleo entre los dedos. Como si aún recordaran el peso del acero.

Vuelvo a la habitación. 02:56.

El tiempo no se ha detenido. El mundo sigue girando como si yo no acabara de matar a alguien. Me repito el mantra: parálisis del sueño, estrés, insomnio. Mi mente jugando sucio.

Pero nunca con esta certeza.

Me tumbo boca arriba. No quiero pensar en las noticias de mañana. No quiero imaginar los titulares.

Aprieto los dientes. Intento olvidar. No puedo. Todo está ahí. Ordenado. Esperando.

Una idea se abre paso. Lenta. Firme.

¿Y si no estoy soñando?

¿Y si lo que veo está pasando de verdad?

Abro los ojos.

3:02.

No vuelvo a dormir.

8:58

El ascensor sube despacio.

Miro mi reflejo deformado en el acero pulido de la pared. Parezco más pálido de lo normal, o quizá siempre he sido así y hoy solo lo noto más. El zumbido del motor me atraviesa el cráneo; tengo la mandíbula apretada desde que salí de casa.

Respira.

Uno.

Dos.

Las puertas se abren y el edificio del Ministerio me recibe con su olor habitual: limpieza industrial, café recalentado y papeles viejos. Todo está exactamente donde debería estar, y eso me inquieta. Paso la tarjeta por el torno. Un pitido seco.

Llego a mi mesa con la sensación de estar llegando tarde a algo importante, aunque sé que no es verdad. Dejo la mochila en el suelo, cuelgo la chaqueta en el respaldo de la silla y enciendo el ordenador. La pantalla tarda unos segundos en responder. Yo también.

No he hablado desde que me levanté. Ni una palabra en el transporte, ni una sola frase completa en mi cabeza. Las ideas se me amontonan sin orden, como papeles mal archivados. Extranjería, visados, permisos de residencia. Formularios. Sellos. Normativa. Todo lo que conozco; todo lo que siempre me ha servido para mantenerme a salvo.

Hoy no.

Me levanto antes de que alguien pueda decirme nada y camino hacia la máquina de café. Necesito uno. No, necesito varios. Pero empiezo por uno largo. Muy largo.

La taza tiembla ligeramente cuando la coloco bajo el dispensador. Aprieto el botón. El café cae con un sonido denso, hipnótico. El olor me golpea de lleno y, durante un segundo, creo que voy a vomitar ahí mismo. Doy el primer sorbo. Quema. Bien. Necesito sentir algo que no sea miedo.

—Ese no es tu primer café, ¿verdad?

La voz de Samantha me llega desde la izquierda. Giro la cabeza despacio. Ella me observa con el ceño fruncido, apoyada en la mesa contigua. Lleva el pelo recogido de cualquier manera y una sonrisa a medio hacer, de esas que usa cuando sabe que algo no va bien.

—Álex.

La miro. Sé que debería contestar. Sé qué palabra usar. «Buenos días». «Todo bien». Cualquiera serviría. No articulo nada. Parpadeo una vez. Luego otra.

—Eh —insiste ella, bajando la voz—. ¿Estás bien?

Asiento, o creo que lo hago. Doy otro sorbo al café para evitar hablar. Samantha no parece convencida; me conoce demasiado bien.

—Tienes mala cara —dice—. Más de lo normal.

Es una broma, un intento de aligerar. Fuerzo una mueca que no llega a ser sonrisa.

—No has dormido —afirma ella.

Otra vez, no respondo. Samantha me observa unos segundos más, evaluándome. Luego suspira.

—Luego me cuentas. Cuando te apetezca.

Se aleja, pero siento su preocupación como una presión extra entre los hombros. Vuelvo a mi mesa y me siento. Abre un expediente al azar. Letras negras sobre fondo blanco. No entiendo nada de lo que leo.

El reloj avanza.

9:17.

10:04.

11:39.

El café se acaba. Luego pido otro. Y otro más.

A las dos de la tarde, cuando la oficina empieza a vaciarse para comer, no tengo hambre. Aun así, saco el móvil. Abro X sin pensar. Deslizo el dedo por la pantalla de forma automática, buscando ruido. Algo que me saque de mi cabeza.

No tarda. Un titular me salta a la cara: Asesinato brutal en un domicilio del distrito centro.

Debajo, otro tuit: «JODER, que el puto loco lo ha subido todo. Las fotos. TODO».

Mi pulgar se queda suspendido sobre la pantalla. El corazón me da un golpe seco, como si alguien hubiera cerrado una puerta dentro de mi pecho.

No abras esto. No mires. Pulso.

Las imágenes cargan despacio. Muy despacio. La primera aparece borrosa. Luego enfoca.

La imagen termina de cargar.

Es una habitación. Mi mundo se inclina. Reconozco el ángulo de la pared, la luz torcida que entra por una ventana mal cerrada, la disposición exacta de la cama. Todo encaja con la precisión de un bisturí.

Deslizo el dedo. Otra foto.

Sangre en el suelo. Marcas en la pared trazadas con dedos, símbolos torpes e irregulares que no sé qué significan, pero que reconozco. No por su forma, sino por el lugar exacto donde están.

Ahí. Justo ahí.

Un mareo violento me sube desde el estómago. Me levanto de golpe, tirando la silla hacia atrás con un estruendo que hace que un par de compañeros se giren. No me importa. Camino rápido, casi corriendo, esquivando mesas hasta llegar al baño.

Entro en el primer cubículo y me doblo sobre el sanitario. El sonido es seco, humillante. Mi cuerpo intenta expulsar algo que no son restos de café; intenta echar fuera una verdad que ya no cabe dentro de mí.

Me enjuago la boca en el lavabo y me quedo apoyado en la porcelana fría, mirando el desagüe. En el espejo, el hombre que me devuelve la mirada tiene los ojos inyectados en sangre y la piel grisácea.

No era un sueño. El cuchillo, la habitación, la hora. Todo es real. Y yo estaba allí antes de que ocurriera.

La puerta del baño se abre despacio.

—Álex.

La voz de Samantha no es alta. Me hundo un poco más sobre mis propios brazos. No quiero que me vea así.

—Te he visto salir disparado —dice, colocándose a mi lado—. Estás blanco, Álex. ¿Qué te pasa?

—No estoy bien, Sam —logro decir. Mi voz suena como si viniera de otra habitación.

—Eso ya lo veo. Lo que necesito saber es si tengo que llevarte a urgencias o llamar a alguien.

Niego con la cabeza con demasiada fuerza. Samantha cruza los brazos, pero no me quita los ojos de encima. Me conoce desde hace diez años; ha visto mis crisis y mis bajones, pero esto... esto nos supera a los dos.

—Me puedes contar lo que te pasa ya. —dice ella dando una orden de amiga.

Trago saliva, sintiendo todavía el ácido en la garganta.

—En el móvil —murmuro—. En X. Las fotos…me he revuelto al verlas.

Mentí. Sabía que no podía decirle que yo estuve allí, al menos no de verdad.

—Pero, a ver…Si sabes cómo eres, ¿por qué te machacas a ti mismo?

—No lo sé. Ya me conoces. También es que anoche no pude dormir, estuve…desvelado.

—No pasa nada. Eres bastante cabezón y hay que vivir con ello. —me dice, bajando todavía más la voz—. Respira. Lávate la cara y volvemos a las mesas, ¿sí?

Asiento, aunque en el fondo sé que mentirle no ha sido la mejor idea, pero si la que dicta mi corazón ahora mismo.

9:41

El inspector Pol Casals llega tarde a la escena del crimen porque nadie le ha explicado cómo llegar puntual al primer cadáver de tu carrera.

El portal está acordonado y huele a lejía barata mezclada con algo más persistente. Algo que no se va. Pol se detiene un latido antes de cruzar la cinta. Inspira, pero no sirve de nada. El olor se le queda pegado al paladar.

—Inspector Casals.

El agente que lo reconoce lo observa con una curiosidad apenas disimulada. Pol asiente, muestra la placa. Todavía no se ha acostumbrado a sacarla. Pesa menos de lo que esperaba, como si no terminara de justificar el cargo.

Sube las escaleras de dos en dos. Segundo piso, puerta derecha. El pasillo es estrecho y mal iluminado. Hay vecinos asomados, móviles en las manos con hambre de historia.

Dentro, el piso es pequeño. Insuficiente para tanta atención.

La víctima está en la habitación principal. Mujer. Veintidós años. Natural de Oviedo y estudiante de medicina en la Complutense. Pol repasa todo mientras se coloca los guantes. Aún no la mira. Prefiere entender el espacio primero. Las dimensiones. La luz. La colocación de los muebles.

—La compañera no estaba —dice una voz a su espalda—. Durmió en casa del novio.

Pol se gira.

Javier Roldán.

Cincuenta y tantos. Canas bien llevadas. La cara de quien ya lo ha visto casi todo. Es su compañero desde hace años. También, aunque nadie lo diga en voz alta, la referencia a la que todos miran cuando algo se complica.

—Ha tenido suerte —continúa Roldán—. Si llega a estar aquí…

No termina la frase. No hace falta.

Pol asiente.

—¿Filtración?

—X está ardiendo —responde Roldán—. El cabrón ha subido las fotos él mismo. Símbolos, marcas… Vamos, que quiere atención.

Pol frunce el ceño. Mira por fin a la cama.

La escena es limpia en su brutalidad. No hay desorden. Hay intención. Sangre suficiente para impresionar, pero colocada. Las marcas en la pared llaman la atención de inmediato. No por lo que son, sino por el lugar exacto donde están.

—No parece improvisado —dice Pol.

—No lo es —responde Roldán—. Y no es el primero. Solo el primero que se ha hecho viral.

Pol traga saliva. Primer caso. Primer muerto. Primer asesino que juega con la exposición.

—La compañera de piso está en la cocina. Se llama Laura González —añade Roldán—. Cuando quieras.

Pol asiente, se quita los guantes y camina hacia la otra estancia.

La chica está sentada a la mesa, envuelta en una sudadera que claramente no es suya. Ojos hinchados. Las manos le tiemblan alrededor de un vaso de agua que no bebe.

—Hola, Laura. Soy el inspector Casals, de la policía judicial —dice Pol, bajando la voz—. Sé que es difícil, pero necesito hacerte unas preguntas.

Ella asiente sin mirarlo.

—Yo no estaba —dice de inmediato—. Me fui ayer por la tarde. Mi novio vive cerca de Moncloa. Me quedé allí.

—¿A qué hora la viste por última vez?

—Sobre las diez. Estudiaba. Siempre estudiaba de noche. Tenía un examen súper importante hoy.

Pol toma nota.

—¿Escuchaste algo raro antes de irte?

—Nada —lo dice mientras niega con la cabeza—. Todo normal.

Silencio.

—¿Alguien sabía que estarías fuera? —pregunta él.

La chica duda.

—Ella, claro. Se lo dije. Pero nadie más.

Pol asiente despacio.

—¿Había tenido problemas últimamente? ¿Alguien que la molestara?

—No —responde—. Era buena. Normal. No se metía en líos.

Normal. Pol anota la palabra sin darse cuenta.

Cuando vuelve al dormitorio, Roldán está hablando con un agente de científica. Al verlo llegar, se aparta un momento.

—¿Qué piensas? —pregunta.

Pol observa la habitación una vez más. El orden. La luz. La pared.

—Que quien haya hecho esto sabía exactamente lo que hacía —dice—. Y que quería que lo viéramos.

Roldán sonríe apenas.

—Bienvenido al juego, inspector.

Pol no responde.

Se queda un momento más, solo, mientras el resto del equipo se mueve a su alrededor. Se acerca al espejo del armario empotrado sin darse cuenta. El reflejo le devuelve una imagen que no encaja del todo con el lugar.

Altura media. Complexión firme. Barba perfectamente recortada. Piel morena, cuidada. Ojos marrones atentos, claramente despiertos. El pelo, peinado con precisión casi obsesiva, ni un mechón fuera de sitio.

Alguien que no encaja del todo en la escena, pensaría cualquiera desde fuera.

Pol aparta la mirada.

No hay nada atractivo en un cadáver sobre una cama ni en la sangre secándose en la pared. Y, sin embargo, siente esa presión incómoda, conocida: la de ser observado, la de no parecer encajar con lo que se espera de él.

Ajusta el nudo de la corbata. Respira hondo.

Porque sin saberlo aún, alguien más ya ha visto esta habitación antes que él.

Y no desde la puerta.

16:00

La jornada termina sin que me dé cuenta.

El ordenador se apaga con un clic seco y la pantalla negra me devuelve un reflejo oscuro, una versión de mí mismo que apenas reconozco. Me levanto despacio; siento que mi cuerpo va varios segundos por detrás de mi cabeza. El ruido de la oficina recogiéndose me envuelve: sillas arrastradas, cajones que se cierran, despedidas rápidas que suenan a alivio.

—Voy contigo a casa —dice Samantha sin rodeos, colgándose el bolso al hombro. No es una pregunta. No hoy.

Tardo un segundo en reaccionar.

—¿Ahora?

—Ahora —repite ella—. No quiero que te vayas solo.

Asiento. No tengo fuerzas para discutir, ni para inventar una excusa que suene creíble.

Salimos del edificio juntos. El aire de la calle es más frío de lo que esperaba, un bofetón de realidad que me obliga a subirme el cuello de la chaqueta. Madrid sigue con su ritmo intacto, ajeno a mi desmoronamiento. Bajamos al metro sin hablar. El andén está más lleno de lo habitual para esa hora. Ruido constante. Voces superpuestas. Noto cómo se me tensa el cuello nada más pisarlo. El tren llega con un golpe de aire caliente y metálico. Entramos.

El vagón va lleno, pero no abarrotado. Gente de pie, mochilas, abrigos que se rozan. Me agarro a la barra sin mirar a nadie, concentrado en no perder el equilibrio. Samantha se coloca a mi lado, como un escudo invisible.

Cinco paradas.

Primera.

—¿Has visto lo del crimen de esta mañana? —dice una voz a mi espalda.

No quiero escuchar. Pero escucho.

—Sí, tía, una locura. Dicen que el puto asesino subió las fotos él mismo en X. Símbolos y todo. El hashtag del asesino es tendencia.

—Qué asco. Yo no he podido ni abrir el enlace.

El estómago se me encoge. Trago saliva, sintiendo el sabor amargo que no se ha ido del todo.

Segunda.

—En el centro, además —comenta otro—. En una casa normal. Como cualquiera.

—Eso es lo peor —responde alguien—. Que te puede pasar a ti.

Aprieto los dedos alrededor de la barra. Siento el metal frío clavándoseme en la palma, un dolor real para anclarme al presente.

Tercera.

Un móvil suena cerca. La pantalla ilumina un rostro concentrado. Veo de reojo una imagen roja, borrosa. Aparto la mirada de inmediato, con el pulso desbocado.

—Dicen que había símbolos raros en la pared —añade una chica —. Como satánicos o algo así.

El corazón me acelera. Me zumba en los oídos.

—¿Te encuentras bien? —murmura Samantha, inclinándose hacia mí.

—Sí —respondo rápido—. Es solo... cansancio.

Cuarta.

El traqueteo del vagón se me mete en los huesos. Por un segundo tengo la sensación absurda de que el suelo se mueve bajo mis pies, de que voy a caer. Respiro hondo, contando los segundos.

—¿Has comido algo? —pregunta ella.

Niego con la cabeza.

—Luego vemos —dice—. No pasa nada.

Quinta.

Las puertas se abren. El aire de la estación me golpea la cara como un alivio. Salgo casi arrastrándola, sin mirar atrás. Sé que no he oído nada nuevo, pero cada palabra encaja con una precisión aterradora con lo que ya está dentro de mi cabeza.

Mi piso es silencioso. Tanto que da miedo.

Nada más entrar, la puerta se cierra a mi espalda con un clic limpio. El recibidor es estrecho, minimalista. Paredes grises. Suelo oscuro. Ningún cuadro, ninguna foto. Solo líneas rectas.

—Bonito —dice Samantha, dejando el bolso en una silla negra de diseño—. Muy tú.

No respondo. Dejo las llaves en el cuenco metálico, siempre en el mismo sitio. Todo está exactamente donde lo dejé por la mañana. El orden me tranquiliza y, al mismo tiempo, me resulta insoportable. En el salón, me dejo caer en el sofá y apoyo los codos en las rodillas.

—Siéntate —le digo, señalando el otro extremo.

Ella lo hace, observándome. No invade mi espacio. Espera. Me levanto de nuevo al cabo de unos segundos y voy a la cocina americana. Negro mate y acero. Me quedo quieto frente a los armarios, como si hubiera olvidado para qué he venido.

—¿Café? —pregunto al fin.

—¿A estas horas? —Samantha arquea una ceja.

—Descafeinado —respondo—. Creo.

Mientras la cafetera empieza a bufar, me apoyo en la encimera. La luz blanca me cae encima con dureza. Me paso una mano por la cara; noto la barba rasposa, los ojos hinchados. No me reconozco.

—Me tienes muy preocupada. No eres tú, no sé qué te pasa. —dice ella desde el salón—. Solo quería asegurarme de que llegabas bien.

—Gracias por venir —murmuro.

—Para eso estoy.

Sirvo dos tazas. El café humea débilmente. Nos sentamos sin mediar palabra. El piso parece amplificar cada pequeño sonido: el roce de la cerámica, un coche pasando a lo lejos, el zumbido del frigorífico.

—Estarás bien, ¿verdad? —dice Samantha, aunque suena más a un deseo que a una certeza.

Rodeo la taza con las manos. El calor me resulta extraño. Como si no lo mereciera.

—Sí, tranquila. —respondo— Serás la primera a la que llame, en cualquier caso. Lo sabes.

Ella me mira. Hay mil preguntas en su cara, pero no las hace. Todavía no.

—Voy a irme —dice al cabo de un rato—. Mañana hablamos con calma, ¿vale?

La miro, sorprendido.

—Hoy descansa.

Se levanta, se pone el abrigo y se acerca. Me abraza un segundo; un abrazo firme, sincero.

—Llámame si no puedes dormir —añade—. Aunque sea una tontería.

Yo solo asiento con la cabeza mirando al suelo con la vista perdida.

Cuando la puerta se cierra, la pausa vuelve a ocuparlo todo. El piso moderno, oscuro y perfectamente ordenado ya no me parece un refugio. Las paredes grises absorben la luz. Las sombras se acumulan en las esquinas. Me quedo de pie en medio del salón, rodeado de líneas rectas y ausencia de vida.

Sabe que en cuanto me tumbe, la noche volverá a empezar. Y esta vez, no estoy seguro de querer despertar.

18:45

La sala de autopsias está en una quietud extrema cuando entran.

No es como un silencio cualquiera. Aquí no pesa, corta. El aire es frío, limpio, sin olor a sangre. Todo calculado al milímetro para borrar cualquier rastro de humanidad.

Pol se coloca la bata sin prisa. Es su primera autopsia. Observa cómo el forense, veterano en su campo, termina de anotar algo en la Tablet.

—Inspector —saluda—. Ya tenemos una primera estimación.

Roldán se adelanta un paso.

—Vamos allá.

El forense se gira hacia la mesa metálica. Retira la sábana con un gesto profesional. La víctima aparece de cintura para arriba. La piel pálida. Rostro joven. Pol desvía la mirada justo antes de obligarse a volver.

—Muerte por arma blanca —dice el forense—. Siete heridas.

Pol frunce ligeramente el ceño.

—¿Todas mortales?

—No —responde—. Pero suficientes. El ataque fue rápido. No hay signos claros de defensa. Apenas tiempo para reaccionar.

El forense señala con el dedo enguantado.

—Las heridas están distribuidas de forma… ordenada. No es un apuñalamiento caótico.

Roldán asiente, serio.

—¿Hora de la muerte?

—Entre las 02:45 y las 03:00 —responde—. Más cerca de las tres.

Pol anota mentalmente. Siente algo extraño en el estómago. No sabe por qué.

El forense continúa hablando, pero Pol ya no escucha del todo. Mira las heridas. Una. Dos. Tres. Las cuenta sin querer.

Siete.

—Los pecados capitales —murmura.

Roldán gira la cabeza hacia él.

—¿El qué?

Pol parpadea, como si no se hubiera dado cuenta de haber hablado en voz alta.

—Nada —dice—. Una tontería.

El forense los observa con curiosidad contenida.

—¿Inspector?

Pol niega con la cabeza y da un paso más cerca de la mesa.

—Siete heridas —dice ahora, en voz más clara—. Siete puñaladas. Siete pecados capitales.

Hace una pausa breve.

—Mera coincidencia.

El silencio se espesa.

Roldán lo mira unos segundos de más.

—No le busques símbolos a todo, Pol —dice al final—. A veces son solo números.

El forense asiente, incómodo.

—Desde el punto de vista médico, no puedo hablar de simbolismo —añade—. Solo de hechos.

Pol asiente despacio.

—Claro.

Pero Roldán no aparta la mirada. Hay algo en su expresión que no encaja del todo. No parece sorprendido. Tampoco curioso. Es otra cosa. Una tensión leve en la mandíbula. Un brillo rápido en los ojos.

—¿Algo más? —pregunta Roldán al forense.

—Las marcas de la pared se hicieron después de la muerte —responde—. Cuando ya no había pulso.

—Tiempo —dice Roldán.

—Sí —asiente el forense—. El agresor se quedó. No tenía prisa.

Roldán suelta un leve resoplido, casi imperceptible.

—Siempre es lo mismo.

Pol lo mira de reojo.

—¿Cómo?

—Nada —responde Roldán—. Experiencia.

El forense vuelve a cubrir el cuerpo. El sonido de la sábana al deslizarse resulta más fuerte de lo que debería.

—Les avisaré cuando tenga el informe completo —dice.

Salen de la sala sin decir nada durante unos metros. El pasillo está iluminado con una luz blanca que no perdona nada.

—No te obsesiones —dice Roldán al final—. No todos los asesinos quieren contar una historia.

Pol asiente, pero no responde.

Porque hay algo que no puede sacarse de la cabeza.

No las siete puñaladas. No la hora.

Sino la sensación incómoda de que alguien, en algún lugar, quería exactamente que fueran siete.

0:38

El piso está en una paz sonora.

Álex no ha apagado la luz del salón. No quiere sombras. Aun así, las hay: se acumulan en los rincones, bajo los muebles, en los reflejos oscuros del cristal. El móvil marca 00:38.

Pulsa videollamada.

La imagen tarda un segundo en aparecer. Samantha está sentada en la cama, con una sudadera vieja y el pelo recogido sin cuidado. Al verlo, frunce el ceño.

—¿Qué pasa ahora? —dice—. Álex, es muy tarde.

Él no responde enseguida.

—Álex —insiste ella—. ¿Estás bien?

Traga saliva.

—No —dice—. No lo estoy.

Samantha suspira, cansada.

—Vale. Dime.

Álex apoya el móvil en la mesa. La cámara deja de temblar.

—Anoche… —empieza—. No fue un sueño normal.

—Ya —responde ella—. Eso ya me lo has dicho.

—No —dice él—. No fue como otras veces.

Ella lo mira con atención ahora.

—¿Entonces cómo fue?

Álex baja la voz.

—Lo viví todo.

Samantha parpadea.

—¿Todo qué?

—El asesinato.

El silencio cae de golpe.

—¿Cómo que lo viviste? —pregunta ella.

—Como si estuviera allí —dice—. No mirando. Haciendo.

Samantha se queda inmóvil.

—¿Qué has dicho?

—Que no era yo… pero lo sentía como si lo fuera —continúa él, atropellándose—. Mis manos. El peso del cuchillo. Cada movimiento. Todo estaba… decidido.

Samantha se incorpora de golpe.

—Para —dice—. Para ahora mismo.

—Sam…

—No —lo corta—. No sigas.

Álex no se detiene.

—Cuando han salido las fotos esta mañana… —dice—. No me sorprendieron. Ya lo había hecho.

La cara de Samantha cambia por completo.

—¿Qué coño estás diciendo, Álex?

—Que lo reconocí todo —responde—. La habitación. La luz. Hasta dónde cayó la sangre.

—No —dice ella, negando con la cabeza—. No, no, no.

—Te juro que no salí de casa —añade él, desesperado—. Estaba en mi cama. Pero en mi cabeza… —se señala la sien—. En mi cabeza fui yo.

Samantha se lleva una mano a la boca.

—Eso no es una alucinación —dice—. Eso es otra cosa.

—No lo controlo —responde él—. No sé por qué pasa.

—¿Y desde cuándo te pasa esto? —pregunta ella, con la voz temblorosa.

—Desde hace años.

—¿Años? —repite—. ¿Y nunca has pensado que esto…?

No termina la frase.

—Anoche fue a las 02:51 —añade Álex—. Exactamente.

Samantha se queda en silencio. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Te das cuenta de cómo suena esto? —dice al fin—. Me estás diciendo que te ves matando a alguien… y luego esa persona aparece muerta.

—Pero no he hecho nada —insiste él—. Sam, mírame. Estoy aquí. No tengo sangre. No hay pruebas.

—Eso es lo que dices tú —responde ella, ya llorando—. Pero ¿y si no lo recuerdas? ¿Y si tu cabeza se protege?

—No —dice él, negando con fuerza—. Yo no podría vivir con eso.

—¿Y crees que ahora estás viviendo bien? —le lanza ella.

Álex se queda mudo.

—¿Qué más has hecho? —pregunta Samantha, con miedo—. Dímelo ahora.

—Nada —dice—. Te lo juro. Nada más.

—¿Y si pasa otra vez? —pregunta ella—. ¿Y si vuelves a hacerlo?

—No lo haría —responde—. Nunca.

—Eso es lo que dicen todos —susurra ella.

Samantha se seca las lágrimas con rabia.

—¿Hay alguien más que sepa esto?

—No.

—¿Nadie?

—Solo tú.

Eso parece romper algo definitivo.

—No puedo —dice ella—. No puedo cargar con esto.

—Sam, por favor…

—No —responde, retrocediendo—. Esto no es un mal día. Esto es… —respira hondo—. Esto es muy peligroso.

—Necesito que confíes en mí —dice él.

Ella lo mira como si ya no lo reconociera.

—Ahora mismo no sé quién eres —responde.

Silencio.

—No me llames más esta noche —añade—. Necesito pensar. Y tú… tú también.

—Sam…

—No.

Y cuelga.

La pantalla se apaga.

Álex se queda mirando su reflejo negro. El móvil pesa más de lo normal en su mano. Se le escapa un sollozo seco, contenido.

Porque, por primera vez, la duda no viene de fuera.

Viene de alguien que lo conoce.

Y eso es mucho peor.

7:37

Madrid amanece con la sensación de haber dormido mal.

El cielo está gris, bajo, sin amenaza de lluvia, pero sin promesa de nada mejor. En los bares, las televisiones ya están encendidas. Nadie las mira de frente, pero todos escuchan. Las imágenes se repiten: un portal acordonado, una sábana blanca, un titular en rojo.

"Asesinato brutal en el centro de Madrid."

Las voces de los presentadores son graves, contenidas. Demasiado ensayadas. Hablan de inseguridad, de alarma social, de un crimen que ha roto la normalidad. En las pantallas, expertos improvisados señalan planos de la ciudad como si fueran mapas de guerra.

En el metro, la gente habla en susurros. Frases sueltas. Medias verdades. Nadie sonríe en exceso. Hay miradas largas, evaluadoras, como si todos fueran sospechosos potenciales. Una mujer cambia de vagón. Un hombre guarda el móvil al notar que alguien lo observa.

Madrid sigue funcionando, pero con los hombros tensos.

En las redacciones, los teléfonos no paran. Se repite una palabra: exclusiva. Se buscan nombres, perfiles, caras. No importa acertar todavía. Importa ser el primero.

En algún lugar de la ciudad, una mujer apaga la televisión. No puede escuchar más.

Y en otro, un teléfono está a punto de sonar.

8:27

El iPhone vibra sobre la mesilla.

Pol ya está despierto. Lleva unos minutos mirando el techo, con la sensación vaga de haber dormido mal sin recordar sueños. Cuando ve la hora, frunce el ceño. No suele sonar tan temprano.

Contesta sin mirar quién llama.

—Pol Casals.

La voz al otro lado es directa. Oficial. No pierde tiempo.

—Inspector Casals, necesitamos que vengas al Ministerio del Interior. Ahora.

Pol se sienta en la cama.

—¿Ha pasado algo?

Una breve pausa.

—Tenemos un nombre.

Pol no hace más preguntas. Cuelga.

Se levanta y empieza a vestirse mientras escucha su respiración tranquila. Busca la camisa sin encender la luz. El movimiento despierta a la persona que duerme a su lado. Una mujer se remueve entre las sábanas.

—¿Qué hora es? —murmura.

—Tengo que irme —dice Pol, mientras se abrocha el cinturón.

Ella se incorpora un poco, desorientada.

—¿Pasa algo?

—Trabajo.

Silencio breve. Luego:

—¿Quién era?

Pol coge la chaqueta del respaldo de la silla.

—Lo siento —dice—. Me tengo que ir.

Ella lo mira, todavía medio dormida.

—Vale… —responde—. ¿Qué hago?

Pol ya va hacia la puerta del dormitorio.

—Cuando te vayas, cierra todo —dice sin girarse—. Y deja la llave en el buzón.

No espera respuesta.

Sale del piso con pasos rápidos. El portal huele a lejía y a pan recién hecho del bar de la esquina. Madrid ya está despierta. Bastante despierta para la hora que es.

Mientras camina hacia el coche, el móvil vibra otra vez.

Un mensaje.

Roldán:

Estoy abajo. Vamos juntos.

Pol se detiene un instante de desbloquear el coche. Mira la pantalla apagada del móvil reflejarle la cara. Piensa en la llamada de hace un minuto. En la palabra nombre.

No sabe por qué, pero tiene una sensación incómoda en el estómago.

Arranca.

En algún lugar de la ciudad, alguien está a punto de ser señalado.

Y esta vez, no habrá marcha atrás.

9:37

Los coches patrulla llegan rápido al Ministerio del Interior. Uno se detiene en cada esquina. Las puertas se abren casi al mismo tiempo. Dos agentes por vehículo, miradas rápidas, movimientos secos.

Pocos minutos después, un furgón de la UIP frena frente al edificio. El ruido del motor impone silencio antes que cualquier orden. Roldán y Pol llegan a la vez, sin hablar. No hace falta.

Los agentes despliegan el perímetro. Cintas amarillas. Gestos cortantes. Nadie pasa.

En la acera, la gente se detiene. Los móviles se alzan casi por reflejo. Las cámaras enfocan sin saber muy bien a qué.

En redes, las primeras palabras empiezan a circular.

¿Qué está pasando en el Ministerio?

WTF bro, esto parece una película.

El vestíbulo absorbe el ruido exterior en cuanto cruzan las puertas. El mármol refleja las luces blancas del techo. Las fundas de las armas siguen abiertas. Nadie corre, pero nadie duda.

Un guardia de seguridad da un paso al frente.

—¿Ocurre algo...?

Roldán le enseña la placa sin detenerse.

—Policía Nacional. Nadie entra ni sale.

El hombre asiente y se aparta.

El grupo avanza hacia los ascensores. Segunda planta. Las puertas se abren.

La oficina de Extranjería está en plena mañana. Teclados. Teléfonos. Impresoras. El sonido constante de una rutina que no sabe que está a punto de romperse.

La primera persona en verlos deja de escribir.

La segunda se queda con el ratón suspendido.

El efecto se propaga como una onda.

Roldán levanta la mano. Dos agentes se despliegan por el pasillo central. Pol avanza despacio, escaneando la sala hasta localizarlo.

Álex está sentado frente al ordenador. Pantalla abierta. Un expediente a medio revisar. La taza de café todavía humea a su derecha.

Pol se detiene a un metro de su mesa.

—Alexander Marrero Martínez.

Álex levanta la vista.

Durante un segundo no entiende. Luego ve las placas. Las armas. Las caras.

—¿Sí? —dice—. ¿Pasa algo?

Roldán aparece a su lado.

—Alexander Marrero Martínez —repite—, queda detenido como presunto responsable del homicidio ocurrido en la madrugada de ayer.

El aire desaparece de la sala.

—¿Qué...? —Álex se pone en pie de golpe—. No, no, esto no... esto es un error.

Pol mantiene la voz baja.

—Necesitamos que colabore.

Álex lo mira directamente. Ojos muy abiertos. Buscando una grieta.

—Yo no he hecho nada —dice—. Nada.

El agente se coloca a su espalda.

—Gírese, por favor.

Álex obedece. El movimiento es torpe, como si el cuerpo pesara el doble. El frío del metal en las muñecas llega antes que el sonido de los grilletes cerrándose.

El agente lee los derechos en voz baja. Las palabras entran y salen sin orden. Silencio. Abogado. No declarar. Álex escucha sin escuchar, como quien oye llover desde muy adentro.

—¿Ha entendido sus derechos?

—Sí.

—¿Desea declarar en este momento?

—No.

Los agentes lo conducen por el pasillo central. Las mesas quedan a ambos lados. Nadie habla. Nadie aparta la mirada del todo, pero

nadie la sostiene tampoco. Eso es lo peor. No la hostilidad. La incomodidad de los que te conocen y no saben dónde mirar.

Pol camina a su lado en silencio.

Álex mantiene la vista al frente. Los pasos suenan distintos aquí, más secos, como si el suelo hubiera cambiado de material, aunque no haya cambiado nada.

Justo antes del ascensor se detiene un segundo.

No para resistirse. Solo para respirar.

Pol lo observa de perfil. Hay algo en la forma en que Álex lleva los hombros, no hundidos del todo, no rectos del todo, que dice más que cualquier protesta. Es la postura de alguien que entiende que lo que está ocurriendo es real y que eso no lo hace menos injusto.

Pol aparta la vista.

Las puertas del ascensor se abren.

Álex entra.

Las puertas se cierran.

Y Pol se queda solo en el pasillo con la sensación incómoda de alguien que acaba de hacer exactamente lo que debía y aun así no puede sacudirse la duda de si debía hacerlo.

Horas antes

Samantha no había pegado ojo en toda la noche.

Lo había intentado. Había apagado la luz, cerrado los ojos, contado respiraciones como cuando era pequeña y no conseguía dormirse antes de un examen importante. No había servido de nada. La voz de Álex seguía ahí, con esa precisión que no encajaba, describiendo cosas que no debería saber con una calma que daba más miedo que los gritos.

La habitación olía a noche cerrada y a café frío. Llevaba horas con el móvil en la mano sin hacer nada con él.

Su corazón le decía que confiara. Diez años. Diez años de conocerle, de cubrir sus ausencias en el trabajo, de escuchar sus crisis a las tres de la mañana sin pedir explicaciones. Diez años de saber que Álex era el tipo de persona que se preocupaba demasiado por todo y no hacía daño a nadie.

Pero había algo en esa llamada que no podía ignorar.

No lo que dijo. Sino cómo lo dijo.

Sin titubear. Sin buscar las palabras. Como quien describe algo que acaba de ocurrir y todavía lo tiene delante de los ojos.

Abrió las noticias otra vez. Las mismas fotos. El mismo titular. La misma dirección que Álex había mencionado sin que ella se la preguntara.

Cerró el móvil.

Lo volvió a abrir.

Había dos versiones posibles y las dos dolían de forma distinta. Si estaba mal, si algo se había roto dentro de él sin que ella lo viera venir, necesitaba ayuda urgente. Si era verdad, si todo lo que había dicho era verdad, entonces había algo mucho peor que la locura ocurriendo a pocos kilómetros de donde ella estaba sentada en el borde de la cama sin moverse.

No había una tercera opción que no le costara algo.

Marcó el 112 despacio, como si los dedos fueran por delante de la decisión.

Dudó.

Uno.

Dos.

Segundos que pesaban demasiado para ser solo segundos.

Llamó.

—Emergencias, dígame.

—Hola... eh... —La voz no le salía. Estaba ahí, en algún sitio, pero no encontraba el camino.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

—Sí. —Respiró—. Quiero... creo que tengo que denunciar algo. No sé si es una denuncia exactamente. No sé cómo llamarlo.

—Tranquilícese. Cuénteme despacio.

El teclado sonaba al otro lado. Un sonido seco, profesional, completamente ajeno a lo que ella sentía.

—Mi amigo. —Hizo una pausa—. El crimen de anoche, en el centro. Me llamó esta noche y me lo contó todo. Exactamente como pasó. El sitio. La hora. Cómo fue.

Silencio al otro lado. Breve.

—¿Me está diciendo que su amigo le confesó haber cometido un homicidio?

—No. —La palabra salió sola, demasiado rápido—. No exactamente. Él dice que lo vio. Que lo vivió desde dentro. Que no fue él pero que... —Se detuvo—. No sé explicarlo. Solo sé que sabía cosas que no debería saber.

—¿Puede darme el nombre y la dirección de su amigo?

Samantha cerró los ojos.

Lo dio.

Con una voz que no reconocía como suya. Pausada. Demasiado pausada para lo que tenía por dentro.

Cuando colgó, el silencio del piso fue distinto al de antes. No el silencio de la noche. Otro. Más definitivo. Del tipo que no se deshace con abrir una ventana ni encender una luz.

Pensó en llamarle. En avisarle. En decirle lo que acababa de hacer para que tuviera tiempo de prepararse, de explicarse, de hacer lo que fuera que hace la gente cuando algo así se pone en marcha.

No lo hizo.

No porque no quisiera.

Sino porque en el momento en que marcó el 112 ya había tomado una decisión. Y las decisiones, una vez tomadas, no se deshacen con una llamada de aviso. Solo se complican.

Dejó el móvil en la mesilla.

Apagó la luz.

No se acostó.

Se quedó sentada en el borde de la cama con el abrigo puesto, mirando la oscuridad, esperando que amaneciera o que sonara el teléfono, lo que llegara primero.

Y pensando, sin poder parar, que confiar en alguien y tener miedo de alguien podían ser exactamente lo mismo.

9:51

No sé cuánto tiempo pasa desde que salimos del edificio hasta que el furgón arranca. Podrían ser minutos. Podrían ser segundos. Todo ocurre sin mí.

El metal está frío cuando apoyo la espalda. Helado para ser Madrid. El asiento es duro, recto, pensado para que no te acomodes. Para que no te olvides de dónde estás.

—Te van a trasladar a dependencias de la Policía Judicial —dice una voz, delante—. Allí se te tomarán diligencias.

Asiento sin saber si lo hago de verdad.

El motor arranca. El sonido lo llena todo. No hay música. No hay radio. Solo el traqueteo del vehículo y voces que entran y salen, como si no fueran para mí.

—Primero declaración.

—Luego pasa a disposición del juez de instrucción.

—En principio, prisión provisional comunicada.

Prisión.

La palabra no pesa más que las otras. Todas pesan igual. Todas resbalan.

Miro mis manos. Las muñecas todavía conservan la marca de las esposas, un rojo apagado que no sé si se irá. Pienso en cuánto tarda la piel en olvidar algo así. Si la piel olvida. Si yo voy a olvidar.

El furgón toma una curva. Mi cuerpo se inclina ligeramente hacia un lado. Nadie me sujeta. Nadie me mira. No soy un cuerpo que importe ahora, solo algo que hay que mover de un sitio a otro.

—Esto es un trámite —dice alguien, como si eso tranquilizara a alguien—. Se formaliza todo y ya está.

Trámite.

Recuerdo fichar cada mañana. Pasar la tarjeta. El pitido breve. Trámite. Todo era trámite.

El ruido de la ciudad se filtra amortiguado. Sirenas a lo lejos. Un claxon. Madrid sigue funcionando. Madrid no se ha detenido porque yo esté aquí dentro.

—En Canillas te explicarán el procedimiento —añade la voz—. Tú tranquilo.

No sé qué significa estar tranquilo. No siento nervios. No siento miedo. Siento algo más plano. Como si me hubieran vaciado por dentro y lo hubieran dejado todo en orden.

El furgón frena. Vuelve a arrancar. Frena otra vez.

Intento pensar en algo concreto. En una cara. En un recuerdo limpio. Pero todo se me escapa. Solo quedan palabras sueltas flotando en el aire:

Diligencias.

Instrucción.

Declaración.

Prisión provisional.

No respondo a nada. No pregunto nada. Me limito a escuchar, como si todo esto le estuviera pasando a otro.

Como si, en cualquier momento, alguien fuera a decir que ha habido un error y el motor se apagara.

Pero el motor sigue.

Y yo sigo aquí.

Aunque, de repente, recuerdo que tengo un as.

Mi hermano.

Álvaro.

—Perdonad… quiero hacer una llamada —murmuro, sin levantar apenas la voz.

—¿Cómo? —pregunta Pol, girándose ligeramente—. ¿Qué has dicho?

—Quiero ejercer mi derecho a una llamada. Mi hermano es abogado.

Hay un segundo de pausa.

—Vale —dice Pol al fin—. Cuando lleguemos a comisaría podrás hacerla.

Duda un instante.

—¿Quieres que esté presente en el interrogatorio?

—Sí.

—De acuerdo. No empezaremos hasta que llegue.

Pol asiente levemente hacia Roldán. No hace falta decir nada más.

Pero nada cambia. Ni parece mejorar. La presencia de mi hermano es solo eso: un trámite legal. Un derecho que ejerzo porque puedo, no porque crea que vaya a salvarme de nada.

10:24

El furgón frena en seco en lo que parece la parte trasera de la comisaría.

Un lugar frío. Paredes grises llenas de señales y letreros.

Entrada directa a calabozos.

Vestuarios de personal.

Vestíbulo.

Me bajan del furgón. Dos policías me escoltan. Los inspectores caminan delante.

No recuerdo sus nombres. Mi cuerpo se deja llevar. Mi mente está desconectada, fuera de cobertura.

Otro ascensor.

Otras puertas que se cierran.

Un nuevo abismo.

El interior es un caos contenido: teléfonos que no paran de sonar, grilletes chocando con cinturones, gritos de otros detenidos, voces que se superponen. Nadie escucha a nadie.

Me conducen por el pasillo principal hasta una sala sin ventanas, al fondo.

La sala de interrogatorios.

Me sientan en la silla. Está helada.

Por fin me quitan las esposas.

—Aquí tiene el teléfono. Dispone de cinco minutos para la llamada —dice un funcionario, en tono neutro.

Marco el número.

6, 7, 5… borro.

Vuelvo a empezar.

6, 7, 3, 6, 1, 7, 5, 8, 6.

El teléfono suena. No para.

—Estudio Jurídico Montes y Riva, soy Luis. ¿En qué puedo ayudarle?

—Luis… soy Álex. ¿Puedo hablar con mi hermano?

Mi voz sale sin fuerza. Como si no fuera mía.

—¡Hombre! El funcionario —dice, animado—. Está reunido, pero le digo que te devuelva la llamada.

—No. No. Tiene que ser ahora. Estoy detenido.

—¿Cómo que detenido? ¿Me estás vacilando?

—No te estoy vacilando. Joder, ve y dile que coja el teléfono. Ya.

Oigo pasos apresurados. Una puerta que se abre. Voces de fondo. Una bronca lejana.

Mi hermano no se disculpa.

—¿Álex?

—Ven a Canillas. Ya.

—…

—Creen que he matado a alguien.

Cuelgo.

Tiempo finalizado.

El mundo se detiene de nuevo.

11:59

La sala de interrogatorios es pequeña, fría, con una mesa de metal atornillada al suelo y una luz blanca que parpadea ligeramente. Las esposas raspan contra la piel cuando me muevo. Pol está de pie junto a la puerta, brazos cruzados, mirada baja. Roldán entra último. Cierra la puerta con un clic seco.

Se sienta frente a mí. Placa en la mesa. Nombre completo.

—Javier Roldán, inspector jefe. Policía Judicial.

El apellido me atraviesa como una hoja fría. Roldán.

Por un segundo, el aire se me escapa. Veo el rostro de Diego: joven, sonrisa torcida, ojos idénticos a los de este hombre. Málaga, 2018. Subdelegación de Interior. Yo en rotación temporal desde Tenerife, extranjería, papeleo interminable. Él recién salido de la academia, impulsivo, lleno de fuego. Salimos unos meses. Nada eterno, pero suficiente para que duela cuando todo se rompió: el atraco a la sucursal bancaria en el centro, la persecución por la A-7, la colisión o el tiroteo —nunca supe los detalles exactos, solo que Diego no volvió.

El padre.

El nudo sube por la garganta. Los ojos se me humedecen un instante. Aprieto los párpados. Trago saliva. No digo nada. No ahora. No aquí.

Roldán me mira fijamente, como si buscara algo en mi cara. O como si ya lo hubiera encontrado.

—Alexander Marrero Martínez —dice, voz grave, cansada—. Tenemos una declaración de Samantha de Arcos Torres. Dice que le contaste... cosas. Cosas sobre un asesinato que ocurrió anoche. A las 2:51.

Silencio.

Yo sigo viendo a Diego. Los ojos de su padre son los mismos. Más viejos. Más duros.

—No sé de qué habla —respondo, voz baja.

Roldán se inclina un poco.

—Tenemos el cadáver. Mujer, veinte y tantos, apuñalada en su cama. Hora de la muerte: entre las dos y las tres de la madrugada.

El corazón me late fuerte, pero no es por el miedo al cargo. Es por el eco. Por Diego. Por lo que significa que este hombre esté aquí, frente a mí, y que yo sepa quién fue su hijo.

Pol interviene, voz calmada.

—Álex, si sabes algo… dilo.

Roldán no aparta la vista.

—No te estoy preguntando si lo hiciste. Te estoy preguntando qué viste.

Y yo pienso: ¿qué viste tú cuando perdiste a Diego? ¿Qué viste cuando el mundo te lo quitó?

Pero no digo nada.

Solo bajo la mirada.

El interrogatorio continúa.

Roldán abre su dossier despacio. El sonido del cartón al rozar la mesa me pone nervioso.

—Álex —repite—. Antes de empezar, te recuerdo que estás en calidad de detenido. Tienes derecho a guardar silencio, a no declarar contra ti mismo y a contestar solo a las preguntas que consideres oportunas. Tu abogado está de camino.

Asiento.

—Bien —dice, como si acabáramos de cerrar un trato—. Entonces empezamos.

No levanta la voz. No sonríe.

No hace falta.

—Cuéntanos dónde estabas anoche, entre las dos y las tres de la madrugada.

La pregunta cae limpia, directa. Sin rodeos. Sin acusaciones explícitas.

Miro la mesa. Las esposas. Mis manos.

Sé que esta es la primera. Y que ninguna de las que vengan después será más fácil.

La puerta se abre de golpe. No es un portazo, pero tampoco discreto. El agente se aparta y deja pasar a un hombre alto, traje

oscuro, carpeta bajo el brazo. Entra como si ese espacio también fuera suyo.

—Perdonen la interrupción.

Su voz es firme, limpia. No hay prisa.

—Álvaro Marrero Martínez —dice, dejando la carpeta sobre la mesa—. Abogado penalista, colegiado en el Ilustre Colegio de la Abogacía de Madrid. Vengo a representar al detenido.

Me mira solo un segundo. El suficiente.

—¿Estás bien?

Asiento. No hace falta más.

Álvaro se sienta a mi lado sin esperar indicación. Coloca la carpeta con cuidado, pero su gesto tiene algo distinto. No es ritual. Es territorio.

—Entiendo que aún no ha comenzado el interrogatorio —continúa, cruzando las manos—. Perfecto. Entonces estamos a tiempo.

Roldán lo observa sin expresión. Pol levanta la vista, interesado.

—Le recuerdo a mi cliente —añade mi hermano, girándose apenas hacia mí— que tiene derecho a guardar silencio y a no responder a ninguna pregunta si así lo considera oportuno.

Vuelve a mirar a los inspectores.

—Cuando quieran, podemos empezar.

No hay desafío en sus palabras. No lo necesita.

El silencio que sigue ya no es el mismo. Algo ha cambiado en la habitación.

Roldán cierra el dossier con suavidad. Sonríe apenas, lo justo.

—Por supuesto —dice—. Empezamos de nuevo.

Y por primera vez desde que crucé esa puerta, no me siento completamente solo.

—Bien —dice Roldán, entrelazando los dedos sobre el dossier—. Como le he preguntado antes, Álex, ¿dónde estaba anoche entre las dos y las tres de la madrugada?

Miro a mi hermano. Apenas asiente.

—En mi casa.

—¿Solo?

—Sí.

Roldán anota algo. El bolígrafo rasga el papel con calma exagerada.

—¿Puede alguien confirmarlo?

—No.

Levanta la vista. Me observa como si esperara algo más. No lo hay.

—¿Salió de su domicilio en algún momento?

—No.

—¿Recibió visitas?

—No.

—¿Consumió alcohol o algún tipo de sustancia?

—No.

Hay un sosiego pesado. Pol sigue cada respuesta sin intervenir. Sus ojos se mueven entre Roldán, mi hermano y yo.

—¿Tiene alguna relación con la víctima?

—No.

—¿La conocía de vista?

—No.

—¿Ha estado alguna vez en el edificio donde ocurrieron los hechos?

—No.

Roldán deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Entiendo —dice—. Según usted, no hizo nada, no vio nada y no estuvo en ningún sitio.

—Correcto —respondo.

Mi hermano se inclina ligeramente hacia delante.

—Mi cliente está respondiendo de forma clara y coherente —dice —. Le agradecería que formule preguntas concretas y no valoraciones.

Roldán ladea la cabeza. Sonríe apenas.

—Tranquilo, letrado. Estoy haciendo mi trabajo.

Vuelve a mirarme.

—Álex, ¿sabe por qué está aquí?

—Porque creen que he matado a alguien.

—No lo he preguntado eso.

—Entonces no.

Mi hermano levanta una mano.

—Inspector, si va a reformular la pregunta, hágalo. Pero no vamos a entrar en juegos semánticos.

Roldán apoya los antebrazos en la mesa.

—Le recuerdo, letrado, que su cliente está detenido por un presunto delito de homicidio.

—Y yo le recuerdo —responde Álvaro, sin elevar la voz— que sigue siendo presunto.

Durante unos segundos nadie habla.

Pol rompe el silencio.

—¿Puede decirnos qué hizo antes de irse a dormir?

La pregunta es distinta. No acusa. No aprieta.

—Vi la televisión. Me acosté sobre la una.

—¿Dormía cuando ocurrieron los hechos?

—Sí.

—¿Sufre algún trastorno del sueño?

Roldán gira la cabeza hacia él, rápido.

—Pol…

—Es relevante —responde, sin mirarlo.

Dudo un segundo. Miro a Álvaro.

—Contesta —dice él.

—Tengo episodios de parálisis del sueño.

Roldán alza una ceja.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace años.

—¿Y suele confundir sueños con realidad?

Mi hermano interviene de inmediato.

—Esa pregunta no procede.

—Estoy intentando entender a su cliente —responde Roldán.

—No —dice Álvaro—. Está intentando construir un relato.

Roldán se reclina en la silla. Nos observa a los dos.

—Esto no ha terminado —dice—. Ni de lejos.

Cierra el dossier con un golpe seco.

—Por hoy es suficiente.

El agente de la puerta se mueve. El sonido de las esposas vuelve a llenar la sala.

Pol me mira un instante antes de levantarse. No dice nada.

Cuando me pongo en pie, Roldán añade, casi como al pasar:

—Las coartadas también se desmontan, letrado. Solo es cuestión de tiempo.

Álvaro no responde.

Me acompaña hasta la puerta.

—Has hecho bien —me dice en voz baja—. No les des nada. Ya lo harán solos.

La puerta se cierra tras de mí.

Y entiendo que, aunque no haya dicho nada, acaban de empezar a decidirlo todo.

12:36

El interrogatorio termina a las doce y treinta y seis.

Lo sé porque lo veo en el reloj del agente cuando recoge los dossiers. Nadie lo anuncia. Nadie lo subraya. Simplemente se levantan, uno tras otro, como si ya no quedara nada que decir.

—Espere aquí —dice alguien.

La puerta se cierra.

Me quedo solo en la sala. La silla sigue fría. La botella de agua está casi vacía. El aire no se ha movido desde que entramos.

Apoyo los codos sobre la mesa. Me miro las manos. Me tiemblan ahora, con retraso, como si el cuerpo hubiera decidido reaccionar cuando ya no sirve de nada.

Fuera pasan cosas.

Lo sé.

No oigo palabras claras, pero sí movimientos: pasos rápidos por el pasillo, teléfonos que suenan más de lo normal, puertas que se abren y se cierran sin cuidado. Alguien ríe nervioso. Alguien discute en voz baja.

A las doce y cuarenta y cinco, un televisor se enciende en alguna parte del edificio.

No lo veo.

Pero lo oigo.

—Interrumpimos la programación…

La voz llega amortiguada, filtrada por paredes y distancia, pero la reconozco. Antena 3. Mediodía. Siempre la misma cadencia urgente.

—Última hora…

El corazón me da un golpe seco en el pecho.

—Hace apenas unos minutos ha sido detenido en Madrid el presunto autor del brutal asesinato ocurrido anoche…

No oigo el nombre. No aún. Pero sé que va a llegar.

—Se trata de un funcionario del Ministerio del Interior…

El ruido del pasillo se detiene de golpe. Como si todos hubieran decidido escuchar.

—Fuentes policiales confirman que el detenido trabajaba en el área de extranjería y que ha sido delatado por una compañera…

El aire se vuelve denso. Cuesta respirar.

—Alexander Marrero Martínez…

Mi nombre, pronunciado por alguien que no me conoce.

—El presunto asesino se encuentra actualmente en dependencias policiales a la espera de pasar a disposición judicial…

La voz sigue, pero ya no la entiendo. Las palabras se amontonan sin orden. Presunto. Brutal. Ministerio. Asesino.

Estoy sentado solo en una sala sin ventanas, mientras fuera, en miles de salones, bares y oficinas, alguien está diciendo quién soy ahora.

Yo no he visto nada.

No he firmado nada.

No he declarado nada más.

Pero ya es suficiente.

Un agente abre la puerta unos minutos después. No me mira a los ojos.

—Levántese.

Obedezco.

Mientras salgo al pasillo, noto algo raro en el ambiente. No es prisa. Es otra cosa. Una mezcla de expectación y distancia.

Como si ya no fuera una persona.

Como si ya fuera una noticia.

Y por primera vez desde que todo empezó, entiendo algo con claridad absoluta:

Lo que pase a partir de ahora ya no va a decidirse aquí dentro.

12:45

El comisario Aramburu entró en el despacho y cerró la puerta con un golpe seco y calculado. No llega a ser un portazo, pero nadie dudó de que fuera su intención.

No levantó la voz. No hizo falta.

En la habitación, incluso Roldán dejó de moverse.

—Esto nos puede manchar —dice sin sentarse—. ¿Sois conscientes de eso?

Roldán permanece de pie, erguido. Pol se apoya ligeramente en la pared, brazos cruzados.

—Antena 3. Nombre completo. Puesto de trabajo. Ministerio del Interior —continúa el comisario—. ¿Sabéis lo que significa eso?

Nadie responde.

—Significa que ya no hablamos solo de un detenido. Hablamos del cuerpo. Hablamos de nosotros.

Se ajusta el reloj sin mirar la hora.

—No pienso consentir que cuatro periodistas buitres nos marquen la agenda. Bastante tenemos ya con el circo judicial como para añadirles gasolina.

Roldán asiente, serio.

—La información ha salido antes de tiempo —dice—, pero el procedimiento es correcto.

—El procedimiento es impecable—repite el comisario, casi con desprecio— hasta que alguien lo cuestiona.

Camina hasta la mesa y apoya las manos.

—A partir de ahora, nadie dice nada. Ni una palabra más. Ni off the record. Ni filtraciones "inocentes". ¿Estamos?

—Estamos —responde Roldán sin dudar.

Pol tarda un segundo más.

—Estamos —dice al final.

El comisario se gira hacia él.

—Esto es una investigación en curso, Casals. No un debate ético.

Pol aprieta la mandíbula.

—Lo sé, señor.

—Bien. Porque ahora mismo lo único que importa es que el cuerpo salga de esta sin una mancha más.

Silencio.

—Prepárenlo para el traslado —concluye—. A las cinco. Y que no vuelva a haber sorpresas.

Sale del despacho sin despedirse.

Pol se queda quieto unos segundos después de que la puerta se cierre. Roldán recoge unos papeles con calma, como si nada se hubiera salido de su sitio.

Que el cuerpo salga limpio.

La frase le retumba en la cabeza.

No el detenido.

No la persona.

El cuerpo.

Piensa en la sala sin ventanas. En la silla helada. En la botella de agua empujada con desgana. En un hombre al que, en menos de seis horas, le han puesto nombre, apellido y cara al lado de la palabra asesino.

Y entiende, con una claridad incómoda, que la verdad no es el problema. El problema es el ruido.

Pol baja la mirada.

Sabe que debería decir algo.

Sabe que no lo va a hacer.

Todavía.

17:00

En las calles de Madrid, los titulares ya corren.

En las redes, los memes y las sentencias.

En los bares, las conversaciones susurradas.

Álex ya no es un funcionario con parálisis del sueño.

Es el presunto asesino del Ministerio.

Y el sistema, como siempre, se protege a sí mismo.

Cerrando filas.

Borrando dudas.

Sin esperar a la verdad.

El furgón sale por la parte trasera del complejo policial.

No hay sorpresa. Nunca la hay.

A pesar de las vallas y el intento de discreción, varias cámaras ya están encendidas. Un par de unidades móviles ocupan la esquina. Los reporteros hablan deprisa, mirando al objetivo, pendientes de no perder el plano.

—Ahí lo tienen —dice una voz—. El furgón que traslada al presunto asesino…

El vehículo avanza despacio.

La gente se acerca. Algunos gritan. Otros graban en silencio, con el móvil a la altura del pecho. Una mujer levanta el puño. Un hombre escupe al suelo cuando pasa.

—¡Que no salga!

—¡Asesino!

—¡Que se pudra!

Un objeto golpea la chapa. Luego otro. Nada grave. Suficiente para el ruido.

Dentro de una furgoneta de prensa, alguien teclea rápido.

@UltimaHoraTV: Traslado del presunto asesino del caso de anoche rumbo a prisión preventiva. #AsesinoMinisterio

@JusticiaReal: funcionario del Interior. Siempre protegidos.

@TrueCrimeNow: Mejor que Netflix. Esto acaba de empezar.

Y, entre ellos, un mensaje se abre paso:

@____: Mi ex es un asesino. Y encima hijo de militar. Todo encaja. Tranquilos, saldrá pronto.

Las puertas del furgón se cierran del todo.

El motor acelera.

La comitiva se pone en marcha.

Las cámaras siguen grabando, aunque ya no haya nada que ver.

Yo

El interior del furgón vibra cuando salimos a la carretera.

No miro a nadie. No pregunto nada. El aire es distinto aquí dentro, más denso, como si ya no perteneciera al mismo sitio que hace unas horas.

Prisión preventiva.

No lo han dicho en voz alta, pero está en todas partes. En la forma en que me han sentado. En cómo nadie me explica nada. En cómo el trayecto no parece tener vuelta.

Apoyo la frente contra la pared metálica. Está fría. Siempre está fría.

Pienso en la palabra preventiva.

Como si hiciera falta prevenir algo más.

No he sido juzgado.

No he sido condenado.

Pero ya no importa.

Fuera, la carretera pasa sin mí. Dentro, el tiempo se aplana. No hay pasado ni futuro inmediato. Solo este movimiento constante hacia un sitio que ya tiene nombre.

Soto del Real.

Cierro los ojos un segundo.

No para dormir.

No para escapar.

Solo para no ver.

Y entonces lo siento.

Primero, el peso en el pecho.

Después, la imposibilidad de mover los dedos.

El aviso familiar, inconfundible.

No ahora, pienso.

Aquí no.

Pero el cuerpo no escucha razones.

Y entiendo, mientras el furgón sigue avanzando, que, aunque me hayan encerrado antes de tiempo, lo peor aún no ha llegado.

17:37

Samantha De Arcos González entra en la sala con los hombros hundidos. Lleva el abrigo puesto, aunque dentro hace calor. No se lo quita. No se sienta bien en la silla, como si no terminara de aceptar que ese sitio también la incluye a ella.

Roldán entra primero.

—Gracias por venir tan rápido —dice—. Será breve.

Señala a Pol.

—El inspector Casals tomará declaración.

No espera respuesta. Sale y cierra la puerta.

Pol enciende la grabadora.

—Hora diecisiete treinta y siete. Comparece Samantha De Arcos González, en calidad de testigo.

Levanta la vista.

—Cuéntame qué ocurrió ayer.

Samantha tarda unos segundos en hablar.

—Por la mañana… Álex estaba raro.

—¿Raro cómo? —pregunta Pol.

—Ausente. Como si no hubiera dormido. No reaccionaba cuando le hablaba. Pensé que era ansiedad, estrés… cosas suyas.

—¿En ese momento sabías algo del asesinato?

—No —responde rápido—. No sabía nada. Me enteré más tarde, por las redes. Como todo el mundo.

Pol asiente. No interrumpe.

—¿Y cuándo fue la última vez que hablaste con él?

Samantha traga saliva.

—Por la noche.

—¿En persona?

—No. Por videollamada.

El silencio se vuelve más denso.

—¿Qué ocurrió en esa llamada?

Ella baja la mirada.

—Me dijo… —duda— me dijo que lo había hecho.

Pol no reacciona. No la presiona.

—¿Que había matado a alguien?

—No exactamente —dice—. Decía que lo había vivido. Que lo había visto todo. Como si hubiera sido él. Estaba… roto. Llorando. Fuera de sí.

Aprieta las manos.

—Yo pensé que estaba perdiendo el control.

—¿Te pidió ayuda?

—No —susurra—. Yo se la pedí a él. Le dije que parara, que respirara… pero no me escuchaba.

Pol mantiene la voz baja.

—¿Qué hiciste después?

—Colgué —dice—. Tenía miedo.

Levanta la vista. Los ojos enrojecidos.

—Llamé al 112.

La grabadora sigue registrándolo todo.

—¿Por qué?

—Porque pensé que se había hecho daño. O que podía hacérselo. O que… —la voz se le quiebra— que fuera verdad y nadie hiciera nada.

Pol deja pasar unos segundos.

—¿Crees que Álex es capaz de matar a alguien?

Samantha niega despacio.

—No. No lo creo.

Pol apaga la grabadora.

—Gracias.

Ella lo mira, perdida.

—¿Está… está bien?

Pol no responde de inmediato.

—Hoy va a prisión preventiva.

Samantha se tapa la boca con la mano.

—Díselo —dice—. Dile que lo siento.

Pol asiente, sin prometer nada.

Cuando ella sale, la silla queda vacía, pero la sensación no se va.

Pol se queda solo en la sala cuando la puerta se cierra.

La grabadora sigue sobre la mesa, apagada. No la toca. No hace falta. Todo lo que tenía que oír ya lo ha oído.

No encaja.

Se sienta despacio en la silla que ha dejado Samantha. Todavía conserva algo de su calor. Cruza los brazos, mira al frente, a la pared desnuda. Ningún póster. Ningún reloj. Nada que le diga cuánto tiempo puede permitirse pensar.

Por la mañana, un funcionario raro.

Por la noche, una videollamada rota.

Pánico.

Una llamada al 112.

Y ahora, un hombre camino de prisión preventiva con su nombre en todos los telediarios.

No encaja.

Ha visto culpables de verdad. Los ha tenido delante. Ha aprendido a reconocer el miedo que se defiende, la mentira que se enreda sola, el silencio que oculta algo.

Esto no es eso.

Esto es otra cosa. Algo torcido. Algo que se ha acelerado muy rápido.

Se inclina hacia delante, apoya los codos en la mesa y se frota la cara con ambas manos.

El sistema ha funcionado.

El procedimiento ha sido impecable.

Todo está donde debe estar.

Y aun así…

Piensa en la silla helada de la sala de interrogatorios. En la botella de agua empujada como un gesto automático. En un hombre respondiendo no una y otra vez, sin estrategia, sin defensa.

Como alguien que no tiene nada que ocultar.

Fuera, el pasillo vuelve a llenarse de ruido. Teléfonos. Voces. Pasos rápidos. La vida policial continúa, indiferente.

Pol se levanta.

Sabe que debería seguir adelante. Que este es su primer caso importante. Que no puede permitirse dudas. Que cuestionar ahora el engranaje es peligroso.

Pero hay una idea que no se va.

No es inocente o culpable.

No todavía.

Es algo más simple e incómodo.

Esto no debería haber pasado así.

Apaga la luz de la sala antes de salir.

Y mientras camina por el pasillo, entiende que acaba de cruzar una línea invisible.

Todavía no sabe hacia dónde.

Pero ya no hay vuelta atrás.

22:00

Las luces se apagan todas a la vez.

No poco a poco. No con aviso.

De golpe.

El pasillo queda en penumbra y mi celda se llena de una oscuridad sucia, atravesada solo por una franja pálida que entra desde fuera. No sé de dónde viene. Aquí dentro nada parece venir de un sitio concreto.

Me tumbo en la cama sin desvestirme. El colchón es fino, áspero. El metal de la estructura cruje cuando me muevo, como si protestara por tenerme encima.

Huele a encierro.

A sudor antiguo.

A algo que no se va.

Escucho ruidos a ambos lados. Tos. Un golpe seco contra la pared. Alguien ríe al fondo del módulo. Una risa baja, rota, que no suena a broma.

Pienso en quién duerme aquí conmigo.

Asesinos de verdad.

Violadores.

Gente que ha hecho cosas que no se borran.

Yo no pertenezco a este sitio.

La idea aparece sola, automática, como una defensa inútil.

No quiero dormir.

Si duermo, sé lo que pasa.

Si cierro los ojos, vuelvo allí.

Me quedo mirando al techo. Contando respiraciones. Intentando pensar en algo banal. En cualquier cosa que no sea el sonido de las rejas cerrándose esta tarde. En el golpe seco de la puerta. En el número que ahora me nombra más que mi nombre.

El cansancio gana despacio. No avisa. Simplemente me arrastra.

Cuando me doy cuenta, ya no puedo moverme.

1:41

Estaba en Soto cuando dejé de estar en Soto.

No hubo transición. No hubo aviso. Solo el techo de hormigón de la celda y luego el frío de otro sitio, más abierto, más oscuro.

Un callejón estrecho. Dos edificios altos cerrando el cielo. Un farol parpadeando a intervalos irregulares, como si dudara. El suelo húmedo. Olor a tabaco y a noche sin limpiar.

Al fondo, un chico.

Joven. Uniforme oscuro, gorra mal colocada. Fumaba de espaldas, con ese nerviosismo de quien espera algo que no termina de llegar. Tenía el móvil en la mano. La pantalla encendida.

Quise avisarle.

No pude mover nada.

Entonces lo noté. Mis manos. Las miré sin querer. Más grandes que las mías. Más firmes. La izquierda sujetaba algo frío. No lo miré. No hizo falta.

Ya sabía lo que era.

El chico dio una calada larga. Soltó el humo despacio. Se pasó el pulgar por la nuca, un gesto pequeño, casi infantil. Luego bajó la cabeza y escribió algo en el móvil.

La pantalla se encendió con la respuesta.

Vi el nombre antes de que él pudiera girarse.

Mi amor.

Y entonces sí se giró.

No miré su cara. Miré la muñeca. La derecha. Llevaba un reloj. Uno inteligente. Con una correa de cuero oscuro que ya empezaba a deshilacharse por los bordes.

El farol parpadeó una vez más.

Y se apagó.

En la oscuridad, escuché el móvil caer al suelo. El cristal no se rompió. Solo resonó contra el asfalto húmedo, una vez, y luego nada.

Intenté girarme.

No pude.

Intenté ver la cara que tenía detrás.

Desperté.

La celda volvió de golpe. El techo de hormigón. El frío. Los ronquidos de otro lado de la pared.

Me quedé quieto, con los ojos abiertos, mirando la nada.

El reloj. La correa deshilachada. El nombre en la pantalla.

1:41.

No era un sueño. Era un lugar. Y alguien estaba allí ahora mismo, mientras yo seguía aquí dentro, sin poder hacer nada.

SEGUNDO ACTO

Lugares

Parque Rodríguez Sahagún

Última hora. La Policía Nacional investiga el hallazgo de un nuevo cadáver esta madrugada en Madrid.

El cuerpo ha sido localizado en el parque Rodríguez Sahagún, en el distrito de Tetuán. Según las primeras informaciones, se trata de un varón joven, de nacionalidad extranjera, con signos evidentes de violencia.

El fallecido ha sido encontrado suspendido, con los brazos elevados, en una disposición que las fuentes describen como la de un ángel caído. Además, los agentes han detectado marcas en el pecho cuyo significado está siendo analizado por especialistas.

Por el momento no se ha confirmado la identidad de la víctima ni las circunstancias exactas de la muerte. La zona permanece acordonada y la investigación está en curso a cargo de la Policía Judicial.

Este nuevo crimen se produce apenas cuarenta y ocho horas después del asesinato que conmocionó a la capital, lo que ha vuelto a generar preocupación entre los vecinos y ha elevado el nivel de alerta policial en la ciudad.

El móvil vibró justo cuando Pol reducía la velocidad para aparcar. No lo miró al instante.

Colocó el coche en línea, apagó el motor y entonces sí, bajó la vista.

Una notificación de X.

Un vídeo.

Subido hacía menos de diez minutos.

Le dio al play.

La imagen temblaba. Un cordón policial entre árboles altos, una voz agitada detrás de la cámara diciendo es aquí, es aquí. El plano se desviaba y volvía. No se veía el cuerpo, pero sí el hueco exacto, el perímetro secundario, los agentes de espaldas.

Pol cerró el vídeo antes de que terminara. No necesitaba más.

Salió del Mercedes negro. El aire de la mañana era frío y húmedo. El parque Rodríguez Sahagún no se parecía en nada al que

conocían los vecinos a mediodía: vacío, silencioso, contenido. Como si alguien hubiera bajado el volumen de la ciudad solo allí.

Se acercó al primer control.

—Policía Nacional.

Mostró la placa. La cinta se levantó sin preguntas.

Cruzó el perímetro y avanzó por el sendero de tierra marcado por pisadas recientes. Técnicos, agentes, rostros tensos. Nadie hablaba alto. Nadie sostenía la mirada mucho tiempo en el mismo punto.

Roldán aún no había llegado.

Pol se detuvo junto a un agente de uniforme.

—¿Roldán? —preguntó.

El agente negó con la cabeza.

—Viene de camino. Ha llamado hace unos minutos.

Pol alzó apenas las cejas.

—¿Algún problema?

—Nada, señor. —El agente dudó—. Supongo que se habrá quedado dormido.

Pol no respondió. Asintió una sola vez y volvió la vista hacia el interior del parque. El comentario quedó flotando en el aire, ligero, casi irrelevante. Como tantas cosas que más tarde dejarían de serlo.

Avanzó unos pasos más.

Antes de acercarse al cuerpo, observó el entorno: la posición de los árboles, las sombras, el desnivel del terreno. El lugar elegido no era casual. Nada allí lo era.

Sacó el móvil para mirar la hora.

9:19.

Lo guardó y dio un paso adelante.

—Vamos a empezar —dijo, con voz baja—. Y que nadie toque nada.

El parque permaneció en silencio.

Pol se detuvo a unos metros del cuerpo. No se acercó todavía. El aire estaba húmedo. Frío.

Durante un segundo absurdo pensó en una habitación cerrada.

En un techo con una grieta.

La idea no tenía sentido. La apartó.

—Buenos días. Inspector Casals, Policía Judicial —dijo—. Estoy asignado al caso.

—Buenos días, señor Casals —respondió el forense, chocando el codo enguantado—. Mi nombre es…

—¡David, cuánto tiempo! ¿Dónde te habías metido, rata de quirófano?

El forense apartó la mirada, incómodo.

Detrás de Pol, Roldán acababa de entrar en el perímetro, rompiendo el silencio solo con su presencia.

—Javier… —musitó David—. Para una vez que me dejan divertirme y apareces tú…

La frase se diluyó en un tono resignado. El forense esbozó una sonrisa automática y giró el cuerpo, casi por inercia.

—Inspector Roldán —dijo—. Llegas justo a tiempo.

Pol permaneció a un lado del cuerpo, con los guantes aún sin ponerse. Nadie lo presentó de nuevo. Nadie retomó la frase interrumpida. El centro de la escena había cambiado sin pedir permiso.

Roldán se acercó al cadáver con paso seguro. Se agachó lo justo para observarlo sin tocar nada.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

—Varón joven. Entre veinte y veinticinco años —respondió David —. Muerte violenta. Varias heridas inciso-punzantes en el pecho. Todo post mortem salvo una. La causa probable… —miró de reojo la cruz tallada— …la confirmaremos en la autopsia, pero apunta a un desangramiento rápido.

Roldán asintió despacio, como si la información solo confirmara algo previo.

—¿Hora?

—Entre la una y las tres de la madrugada. Aún estamos afinando.

Pol dio un paso al frente.

—La disposición del cuerpo no parece improvisada —dijo—. Hay tiempo y hay intención. No es un ataque impulsivo.

El forense dudó una fracción de segundo. Miró a Pol… y luego volvió la cabeza hacia Roldán.

—Sí. La colocación es deliberada.

Roldán esbozó una mueca mínima.

—¿Ves? —dijo—. No es un loco cualquiera.

Pol apretó la mandíbula. No respondió. Bajó la vista al cuerpo, a las marcas limpias, al cuidado casi quirúrgico con el que habían sido trazadas.

—¿Algún signo de defensa? —preguntó.

—Mínimos —contestó David, de nuevo mirando a Roldán—. O estaba inconsciente… o confiaba en quien tenía delante.

El comentario quedó suspendido entre los tres.

Roldán se incorporó y se sacudió las manos.

—Bien. Acordonamos, recogemos y seguimos procedimiento. Luego hablamos en Canillas.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta.

Pol se quedó un instante más junto al cuerpo. Observó el rostro del chico, los ojos entreabiertos, la expresión detenida en algo que no llegaba a ser terror.

Confianza, pensó.

Se quitó los guantes y los dejó en la bolsa de evidencias.

—Avísame cuando tengáis la autopsia preliminar —dijo.

David asintió, incómodo.

—Casals —ordenó Roldán desde lejos—. Ve a hablar con los dos hombres que encontraron el cuerpo. A ver si sacas algo útil antes de que nos caiga la del pulpo en comisaría.

—De acuerdo.

Pol caminó hacia los empleados municipales con la espalda recta y el gesto controlado. Algunos curiosos, móviles en alto tras la cinta, le hicieron fotos. La atención lo incomodó.

—Buenos días. Pol Casals, Policía Nacional —dijo, mostrando la placa—. Necesito que me cuenten exactamente qué han visto. Desde que aparcan hasta que encuentran el cuerpo.

El más alto tragó saliva antes de hablar. Tenía acento gallego, marcado pero suave.

—Nós… íbamos empezar a limpar o parque. Como todos os venres. Sobre as sete e corenta e cinco.

—¿Habían pasado antes por esta zona?

—Non. Entramos máis arriba. Aquí non se vía nada coa escuridade.

—¿Nada raro? ¿Ruidos, alguien moviéndose?

—Nada. Estaba todo moi calado.

Pol asintió.

El cuerpo podía llevar allí horas.

Cuando se disponía a marcharse, uno de los hombres levantó la mano.

—Inspector… antes de chamar ao cento doce… vimos iso.

Señaló un cubo de basura metálico.

—No lo hemos tocado —dijo un agente.

Pol se colocó los guantes con calma y recogió el móvil.

—¿Dónde estaba?

—Ahí mismo. Al lado. Como tirado con prisas.

Pol pulsó el botón lateral. La pantalla se encendió.

WhatsApp

Mi amor

1:41

No apartó la vista.

—¿Seguro que no había nadie por aquí a esa hora?

—Seguro.

Pol bloqueó el teléfono y lo introdujo en una bolsa de evidencias.

—Custodia directa.

Se quedó mirando el cubo un segundo más.

1:41.

No era una franja aproximada.

No era una estimación forense.

Era una hora exacta.

Junto a los coches camuflados, Roldán encendió un cigarro.

—¿Alguna idea? —preguntó.

—Creo que están relacionados.

—¿Por qué?

—La puesta en escena. El ángel caído. La cruz. No es aleatorio. Es simbólico.

Roldán soltó una media risa.

—¿Tenemos artista?

—Tenemos a alguien que quiere que miremos —respondió Pol—. Y que entendamos algo.

—A mí me importa una cosa —dijo Roldán, apagando el cigarro —: quién ha sido y cómo cerramos esto rápido.

—A veces —replicó Pol— los adornos son lo único que habla.

Roldán no contestó. Abrió la puerta del coche.

—Vámonos a Canillas.

Pol se quedó un segundo más mirando el parque vacío.

No era un adorno.

Y cuanto antes lo entendieran, menos cuerpos habría**.**

Comisaría de Canillas

Ambos coches llegaron casi a la vez.

Roldán conducía un viejo Ford Focus golpeado por todos lados. Si alguna vez fue redondo, a fuerza de impactos ahora parecía cuadrado. Detrás aparcó Pol con su Clase A negro mate. Limpio. Impecable. Pol era un amante de la precisión; recordaba el rugido del 911 de su amigo Antonio en el Jarama mientras ajustaba el freno de mano.

En comisaría, el aire se podía cortar. Silencio absoluto. Miradas perdidas que seguían a los inspectores como si fueran culpables de algo.

—¡JAVIER! ¡CASALS! ¡A LA SALA, AHORA! —el grito del comisario restalló desde el fondo del pasillo.

La puerta se cerró con un golpe seco. Nadie se sentó. El comisario permaneció de pie, apoyado en la mesa, con un dossier abierto.

—Vamos a empezar por lo evidente —dijo sin levantar la voz, lo cual era peor—. El detenido no es el asesino.

El silencio se hizo denso. Pol levantó la mirada. Roldán no pestañeó.

—No lo es —repitió el comisario—. No hay arma. No hay rastro. No hay coherencia temporal. Y ahora, tenemos un segundo cadáver.

Cerró el dossier de golpe.

—¿Y qué tenemos fuera? Titulares. Vídeos. La opinión pública riéndose en nuestra cara. "La Policía Nacional detiene a un inocente mientras el asesino sigue matando". Eso dicen de nosotros.

Miró directamente a Roldán.

—La hemos cagado, Javier.

Roldán frunció el ceño, apretando la mandíbula. —Con todos los respetos, la detención estaba justificada con la información de ese momento. —No —cortó el comisario—. Estaba justificada por las prisas. Por el miedo a quedar mal.

Se giró hacia Pol. —¿Tú qué opinas, Casals? Pol dudó un segundo. Pensó en Álex. En el beso torpe. En la culpa. —Opino que nos precipitamos. Y que ahora vamos por detrás.

El comisario asintió, lento.

—Exacto.

Señaló la pantalla al fondo. Un informativo mostraba el furgón entrando en Soto del Real.

—Y, por si fuera poco, la prensa llega antes que vosotros. Dos veces. Con datos que solo podían salir de aquí dentro

El ambiente se volvió gélido.

—A partir de este momento, Asuntos Internos va a investigar a todos los agentes con conocimiento directo del caso. Sin excepciones.

Roldán abrió la boca.

—¿A todos?

—A todos. Alguien habla más de la cuenta y no pienso permitir que esta unidad sea una jaula de grillos.

Cerró el expediente.

—Quiero resultados. Rápido. Y que el próximo titular no sea otro muerto.

Se detuvo antes de salir.

—El error ya está hecho. Ahora veremos quién es capaz de arreglarlo.

La puerta se cerró. Roldán recogió su abrigo con un movimiento brusco.

—Vamos. Tenemos trabajo.

Pol lo siguió, pero algo se había quebrado. Ya no era solo cazar a un asesino; el sistema también estaba en el punto de mira.

Su iPhone vibró.

—Inspector Casals. —Soy Samantha… quería saber cómo estaba Álex… —su voz sonaba pequeña, agotada—. He visto las noticias.

Pol se detuvo junto a una ventana que daba al patio interior. Gris. Sin vida.

—No ha sido él. Ni este ni el anterior —dijo sin vacilar. Seco.

—¿Estás seguro? —susurró ella.

—Lo suficiente como para decirte que vamos a sacarlo de allí. Hoy mismo.

Samantha respiró hondo. Un alivio que a Pol le dolió.

—Gracias.

—No me las des. Esto no ha terminado.

Colgó justo cuando Roldán aparecía al fondo del pasillo.

—¿Todo bien? —preguntó Roldán con una media sonrisa que no llegaba a los ojos—. Te veo muy concentrado.

—Una amiga. Está preocupada.

—Normal —Roldán se encogió de hombros mientras se ponía la chaqueta—. Este caso tiene a medio Madrid de los nervios. Vámonos. A Soto. Ahora.

Pol asintió y lo siguió. Pero mientras caminaba detrás de él, no pudo evitar fijarse en la nuca de Roldán. Por primera vez, se preguntó qué otras cosas estarían "abolladas" en la vida de su compañero.

Celda 141

Otra vez.

Mismo patrón.

Esta vez no estaba la grieta de mi techo. Solo cemento mugroso y un foco viejo colgando, parpadeando como si también estuviera cansado de existir.

A los lados, paredes de hormigón armado. Un cubículo perfecto. Tres por tres por tres.

Huele fatal.

Metal. Humedad. Algo agrio que se te queda pegado en la garganta.

Ronquidos.

No estoy solo.

Y, aun así, nunca he estado tan solo.

Me incorporo despacio en la litera. El frío me atraviesa la espalda como un latigazo. El estómago se me revuelve y tengo que apoyar los pies en el suelo para no vomitar. Me duele la cabeza. Me tiemblan las manos. Todo a la vez.

Aguanto unos segundos. Quizá minutos. No lo sé.

Y entonces rompo a llorar.

Estoy encerrado. Quizá durante años. Quizá hasta que me muera aquí dentro. Sin haber hecho nada. Sin haber tocado a nadie. Sin haber elegido nada de esto.

Una mañana cualquiera tenía una vida.

Un trabajo.

Un nombre.

Ahora solo soy un titular.

Funcionario asesino, me gritaban.

Apoyo la frente contra la pared. Está helada. Cierro los ojos e intento pensar en algo que no sea esto. En el café a medio beber que dejé sobre la mesa. En la risa de Samantha. En cualquier cosa que no huela a encierro.

Todo eso ya no existe.

La maldita celda.

La 141.

No quiero dormir. No puedo. El miedo a cerrar los ojos pesa más que el cansancio. El miedo a que vuelva a pasar. A que haya pasado otra vez mientras yo estaba aquí dentro, inútil, atrapado.

Pero el cuerpo siempre pierde.

Me dejo caer de lado en la litera, encogido. El frío se me mete en los huesos. Tiemblo un poco y luego nada. Duermo porque no puedo más.

Cuando despierto, la luz del pasillo se cuela por la rendija de la puerta. Me duele todo. La cabeza. El estómago. La garganta seca.

Pasos.

Llaves.

—Marrero.

Me incorporo como puedo.

—Ponte en pie. Son las doce.

La cerradura gira, el hierro oxidado chirría y la puerta se abre.

—Tienes interrogatorio. Inspectores. Y alguien más.

Me levanto despacio. Las piernas pesan como si no fueran mías. Antes de salir, miro una última vez el interior de la celda.

141.

No sé por qué, pero tengo la certeza absurda de que ese número no va a soltarme tan fácilmente.

Salgo al pasillo sin decir nada.

El aire de fuera no es mejor, pero al menos se mueve.

Y ahora lo sé.

Ahora toca volver a contarlo todo.

Kilómetro treinta y cinco – coche de Pol

El Mercedes se deslizaba por la M-607 con la precisión de un bisturí. El motor apenas emitía un ronroneo, pero dentro de la cabina el aire se sentía espeso, cargado de una electricidad estática que hacía que a Pol le picaran las manos sobre el volante de cuero.

Roldán iba en el asiento del copiloto, con la vista fija en la sierra de Madrid que se recortaba al fondo, gris y afilada. Tenía una mano apoyada en la puerta y tamborileaba con los dedos un ritmo nervioso que no encajaba con su supuesta calma.

Pol esperó a pasar el desvío de Colmenar Viejo para romper el silencio. No lo hizo con fuerza, sino con una suavidad calculada.

—¿Crees que tendrán relación? —preguntó, sin apartar los ojos de la carretera.

Roldán ni siquiera giró la cabeza. Tardó unos segundos en responder, como si estuviera procesando una pregunta absurda.

—Tenemos un culpable entre rejas, Pol. Yo creo que no —soltó con una seguridad que sonó ensayada—. Marrero es nuestro hombre. Lo que haya pasado anoche es otra cosa. Ruido de fondo. Un imitador, quizás.

Pol apretó el agarre en el volante. Sintió el frío de la palanca de cambios en su mano derecha.

—Algo me dice que sí —insistió Pol, bajando el tono de voz—. Algo me dice que el de anoche y el de Álex son el mismo perro con distinto collar. Los cortes, la puesta en escena… Hay un patrón que no estamos queriendo ver.

Esta vez, Roldán sí se giró. Lo hizo despacio, con esa media sonrisa que solía usar para dar lecciones a los novatos, pero esta vez sus ojos estaban inyectados en sangre por la falta de sueño. O por algo más.

—La intuición no resuelve casos, Pol. La investigación, sí.

Roldán se inclinó un poco hacia él, invadiendo su espacio personal dentro del coche.

—Hemos seguido el procedimiento. Hemos encontrado la sustancia, el perfil y la oportunidad. Si empezamos a perseguir

sombras solo porque "algo nos dice que sí", terminaremos en una oficina de objetos perdidos antes de que acabe el mes. Céntrate. Vamos a ver a Alfonso y vamos a sacarle la verdad. El resto es literatura.

Pol no respondió. Miró por el retrovisor y vio el asfalto alejándose a toda velocidad. Roldán tenía razón en algo: la investigación resolvía casos. Pero había cosas que todavía no le encajaban y no sabía, siquiera, si aquello era el final del principio.

El cartel de Soto del Real apareció a la derecha.

Pol mantuvo los ojos en la carretera. No por costumbre, sino porque necesitaba no mirar.

Roldán había sacado un segundo móvil del bolsillo interior de la chaqueta. Lo desbloqueó con un gesto breve, leyó algo, lo volvió a guardar. Todo en menos de diez segundos. Natural. Rutinario. Como quien comprueba la hora.

Pol esperó dos curvas antes de hablar.

—Dos móviles —dijo, sin inflexión.

Roldán no se giró.

—¿Qué?

—Que llevas dos móviles. —Una pausa—. No te había visto antes con dos.

El silencio duró exactamente lo que tardó Roldán en decidir cómo responder.

—Eso no es de tu incumbencia, inspector. Sigue conduciendo.

No lo dijo con irritación. Lo dijo con la calma específica de quien cierra una puerta que no quiere que nadie abra. Sin alzar la voz. Sin mirarlo.

Pol redujo una marcha. El motor rugió brevemente, rompiendo la calma del habitáculo.

No dijo nada más.

Pero lo archivó. Roldán no había dicho que fuera del trabajo. No había dado ninguna explicación razonable. Solo había cerrado el tema con una velocidad que no era casual.

Eso, en sí mismo, ya era una respuesta.

Estaban a punto de entrar en Soto del Real. Y Pol no sabía si el hombre al que necesitaba encontrar al otro lado de las rejas era

Álex o el que llevaba cuarenta minutos sentado a su derecha.

Sala de entrevistas – Soto del Real

La sala era un cubo de cemento y silencio. En el centro, una mesa metálica vieja, anclada al suelo, reflejaba la luz parpadeante del techo. Había cuatro sillas; solo la mía estaba atornillada al pavimento

A la derecha, una abertura en la pared gris dejaba entrar un rayo de luz tan tímido que llamarlo ventana era un insulto. Las cámaras me observaban desde las esquinas con sus ojos de cristal, impasibles. Sobre la mesa, el dossier con mi nombre parecía la lápida de mi vida anterior: Marrero — sospechoso 25/01/95.

El funcionario me dejó en la entrada y cerró la puerta a mis espaldas. El sonido del cerrojo retumbó en mis oídos como un martillazo.

Roldán se levantó. Su sola presencia me revolvía el estómago. Pol, en cambio, mantenía la mirada fija en mí, con una expresión que no lograba descifrar. El tercer hombre, el subcomisario Gandía, ni siquiera me miró; seguía absorto en su móvil.

—Señor Marrero —empezó Roldán—. Soy Javier Roldán, inspector jefe de la Policía Judicial.

Tosió. El olor a tabaco rancio me llegó a la cara.

—Estos son el inspector Pol Casals y el subcomisario Jaime Gandía.

Miré a Pol. Él no pestañeó. En ese silencio, sentí que ambos sabíamos lo mismo: yo no era el asesino, pero el asesino estaba dentro de mí.

—Siéntese —ordenó Roldán.

El metal de los grilletes chocó con la mesa con un estrépito insoportable cuando apoyé las manos. Pol dio un paso al frente.

—Solicito que se le retiren las esposas.

—No —Roldán no se molestó en mirarlo—. Sigue siendo un interno preventivo. Es el procedimiento.

—Agente —la voz de Gandía cortó el aire. Levantó la vista por primera vez—. Quíteselas.

Roldán giró la cabeza, la vena del cuello empezaba a marcarse.

—Subcomisario…

—Somos tres policías contra uno —continuó Gandía, clavando sus ojos en Roldán—. Y no creo que este joven quiera arruinarse más la vida, ¿verdad?

Asentí despacio, sin voz. El funcionario retiró el acero de mis muñecas. Flexioné los dedos; estaban torpes, fríos, como si ya no me pertenecieran.

—Podemos empezar —dijo Gandía, sentándose frente a mí—. Vamos al grano. Anoche hubo otro asesinato en Madrid. ¿Le pasó algo fuera de lo normal durante la noche?

Negué con la cabeza. El sudor empezaba a enfriarse en mi nuca.

—¿Soñó? ¿Tuvo alguna de esas… visiones suyas? —Roldán se inclinó sobre la mesa, invadiendo mi espacio.

Respiré hondo. El aire sabía a polvo y a encierro.

—No es un sueño. No empieza cuando yo quiero. Entra… y ya está pasando.

Bajé la mirada a mis manos. Por un segundo, dejaron de estar vacías. Sentí el peso de algo que no era mío.

—Cuéntelo —dijo Pol. Su voz era baja, casi un susurro que me obligaba a seguir.

—Era de noche. Un callejón. Estaba casi apagado. Farolas que no iluminaban nada. El suelo estaba húmedo. El chico estaba vivo cuando lo vi —mi voz sonaba extraña, como si viniera de lejos —. Estaba de espaldas. Hablaba por el móvil con alguien. Como si aún no entendiera que iba a morir.

Gandía escuchaba. Roldán apretaba los labios.

—Vino el primer corte. El cuchillo era largo. La mano no temblaba. No había prisa.

Tensé la mandíbula. No era la sangre lo que me aterraba, era la calma absoluta del que sostenía el arma.

—¿Dónde le hirió? —preguntó Gandía.

—En el pecho. Dos líneas. Despacio. Como si estuviera dibujando. Una cruz desde el pecho hasta el ombligo. Luego lo levantó. Lo colgó de las manos. El cuerpo pesa menos cuando deja de resistirse.

El silencio en la sala se volvió espeso, asfixiante.

—¿Vio la cara? —preguntó Pol.

—No. Es una herramienta. No es un arrebato.

Me quedé callado un segundo. Pensé que había terminado, pero entonces el recuerdo vibró en mi cabeza.

—También vi un teléfono. Lo tenía en las manos. Vibró. Se encendió la pantalla.

Roldán se irguió de golpe, como si le hubieran dado una descarga.

—¿Qué teléfono? —El de la víctima. Entró un mensaje. Decía: "Mi amor".

Gandía frunció el ceño.

—¿Qué mensaje? —"Mi amor" —repetí—. Y la hora era clara. La una y cuarenta y uno.

El silencio cayó sobre nosotros como una losa de mármol. Roldán fue el primero en reaccionar, soltando una risa seca, nerviosa. —Eso no prueba nada. Pudo oírlo de los funcionarios. Aquí se habla mucho.

Pol negó despacio, sin apartar los ojos de mí.

—No.

—¿Cómo qué no? —ladró Roldán.

—Porque esa información no la conocía nadie aquí dentro —respondió Pol—. El móvil apareció en un cubo de basura a tres calles. Solo lo vieron los barrenderos… y yo.

Gandía cerró la carpeta. El golpe del papel sonó definitivo. Se levantó y sacó el móvil del bolsillo.

—Basta. Voy a llamar al juez de instrucción.

—No tenemos pruebas sólidas —insistió Roldán, con la voz cargada de rabia contenida.

—Pero tampoco base legal para retenerlo. Y menos después de esto.

Gandía me miró. No había piedad en su mirada, solo lógica profesional.

—No será inmediato. Pero si el juez autoriza, esta noche saldrá de aquí.

Cerré los ojos. Por primera vez desde que me metieron en la celda 141, el aire llegó hasta el fondo de mis pulmones.

El alguacil volvió a ponerme los grilletes. Mientras me arrastraban por el pasillo, sentí la mirada de Pol clavada en mi espalda. Me inquietaba más que su desconfianza. Me inquietaba que empezara a creerse lo que yo mismo aún no comprendía.

Ese hombre, Roldán, salió antes que yo apresurado, mirando hacia abajo. No sabía si me había reconocido o no; creo que Diego nunca le habló de mí. Tenía su mirada seria y fija en un punto. El ceño fruncido y las cejas arqueadas en ángulo de treinta y cinco grados, perfectas. Era la cara de Diego con cincuenta y tantos. La cara de mi Diego, el rostro de lo que perdí.

Me quedé allí, anclado al suelo del pasillo, sintiendo cómo el pasado se filtraba por las grietas del presente. Ver a Roldán era como ver una versión envejecida y endurecida del hombre que amé. Y, de repente, la memoria me arrastró de vuelta a una noche que intenté borrar mil veces.

Málaga, hace un par de años.

Málaga. Hacía calor todavía, aunque ya era tarde y las ventanas estaban abiertas de par en par porque Diego decía que el aire acondicionado le secaba la garganta. Yo le había dicho tres veces que el aire acondicionado no le secaba nada, que era el vino, y él me había ignorado las tres veces con la misma expresión de quien está completamente seguro de que tiene razón.

Estábamos en el sofá. La cena a medias encima de la mesa, dos vasos, la televisión puesta sin volumen porque ninguno de los dos la estaba mirando.

—Hoy ha pasado una cosa curiosa —dijo.

No levantó la vista del plato. Era su forma de empezar cuando iba a contar algo que le había dado vueltas durante el día.

—¿Curiosa cómo?

—Curiosa como que no sé si contártela.

—Entonces no me la cuentes.

Me miró.

—Qué poco curioso eres.

—Soy muy curioso. Lo que pasa es que no voy a suplicarte.

Sonrió. Se recostó en el sofá y dejó el tenedor.

—En el turno de esta mañana —empezó—, nos llegó un aviso. Zona industrial, denuncia anónima, supuestamente nada. Fuimos dos. El otro era nuevo, primer mes. —Hizo una pausa—. Al llegar no había nada. El sitio vacío, las naves cerradas, todo en orden.

—Hasta ahí suena bastante poco curioso.

—Cállate. El caso es que cuando volvemos al coche, el nuevo me dice que había visto luz en una de las naves al llegar. Que cuando entramos ya no estaba. —Diego se giró hacia mí—. Y yo la había visto también.

—¿Y?

—Y nada. Lo pusimos en el parte y punto. Pero el sargento que lo recibió nos llamó por separado. A los dos. Para preguntarnos exactamente lo mismo.

Cogí el vaso.

—¿Eso no es normal?

—Es normal cuando hay algo. —Hizo una pausa corta—. No cuando supuestamente no hay nada.

Me quedé mirándole un momento.

—¿Qué crees que había en la nave?

Diego cogió el tenedor otra vez.

—No lo sé. —Pinchó algo sin mirarlo—. Pero el sargento sí.

No dijo nada más. Tampoco yo. Era una de esas conversaciones que Diego sabía cerrar sin cerrarlas del todo, dejando el peso en el aire sin que nadie tuviera que cargarlo.

Le quité el mando de la mano y subí el volumen de la televisión.

—Deberías haber estudiado otra cosa —le dije.

—Contabilidad, me dijiste. Cada vez que pasa algo me lo recuerdas.

—Contabilidad. O fontanería. Algo sin naves oscuras ni sargentos raros.

—Qué romántico eres, Álex.

—Soy muy romántico. —Le devolví el mando—. Pero también tengo razón.

Se rio. Una risa corta, de las suyas, sin abrir del todo la boca.

El móvil estaba en la mesa. Boca arriba. Lo vi vibrar antes de que sonara. Diego también lo vio, porque dejó de reírse antes de que llegara el tono.

No dijo nada. Solo lo miró un segundo.

Luego lo cogió.

La conversación fue breve. Muy breve. Yo solo escuché su lado: un par de monosílabos, un sí, ahora, y luego el silencio de quien escucha algo que no va a repetir en voz alta.

Colgó.

—Tengo que ir —dijo.

Se levantó sin prisa, pero sin quedarse. Fue al dormitorio. Oí el cajón de la mesilla, el armario, sus pasos de vuelta.

—¿A estas horas? —pregunté.

—Es trabajo. —Se puso la chaqueta—. No tardo.

Me miró desde la puerta del salón. No era una mirada larga. Fue solo un segundo, el tiempo justo para decir algo que no llegó a salir.

Luego se fue.

Escuché la llave en la cerradura, el portal, sus pasos bajando. Me quedé en el sofá con la televisión puesta y los platos todavía en la mesa.

No me pareció nada raro.

Eso es lo que no me perdono.

No la última vez que lo vi marcharse por esa puerta. No el no haber dicho nada antes de que saliera. Me perdono todo eso, porque no sabía.

Lo que no me perdono es no haber escuchado mejor.

El sargento sí lo sabía.

Esa frase había estado guardada durante años en algún sitio donde no hacía daño. Una anécdota sin terminar, de las muchas que Diego traía del trabajo y que yo escuchaba a medias porque prefería no saber demasiado.

Ahora el nombre que acababa de oír en ese pasillo le daba una forma nueva.

Y la forma dolía.

La celda era pequeña. Siempre lo había sido, pero ahora lo era más.

Parpadeé. El techo de hormigón volvió despacio, primero como mancha blanca y sucia, luego con sus grietas, luego con la humedad del rincón que nadie había reparado nunca. El catre debajo de mí. La manta fina. El olor a encierro que ya no notaba durante el día y que solo aparecía cuando volvía de algún sitio que olía a otra cosa.

Málaga había olido a sal y a noche abierta.

Aquí olía a nada.

Me senté despacio. Las manos encima de las rodillas. Quietas, por una vez.

Despacho del Comisario Aramburu – Comisaría de Canillas

El despacho del comisario Aramburu imponía incluso en silencio.

Las paredes eran un santuario de marcos: diplomas oficiales, condecoraciones al mérito y fotografías con ministros del Interior de distintas épocas, todos con la misma sonrisa de plástico. En una vitrina, las medallas brillaban bajo un foco cálido. Limpias. Intocables. Pol se fijó en que el orden era excesivo; allí dentro no se premiaba la verdad, sino la supervivencia.

Se detuvo un segundo a observarlo todo mientras el comisario permanecía de pie, apoyado en el escritorio de caoba. Aramburu no levantó la vista hasta que Pol y Roldán estuvieron frente a él.

—Bien —dijo—. Sentaos.

Roldán obedeció al instante. Pol tardó un segundo más, midiendo el peso del ambiente.

—Marrero no es el autor material —continuó el comisario sin rodeos—. Eso está claro.

Roldán esbozó una sonrisa breve, seca. Una mueca de suficiencia que a Pol le revolvió el estómago.

—Lo hemos dicho desde el principio —soltó Roldán, con un tono que buscaba la medalla antes de tiempo.

Pol no respondió. Miró a su compañero con recelo; sabía que Roldán mentía, o que al menos adaptaba la realidad a su conveniencia según soplara el viento desde arriba. El comisario suspiró y se pasó la mano por la sien, visiblemente agotado.

—El problema es que hemos detenido a un inocente. Y la prensa lo sabe. No voy a permitir que este caso nos reviente por dentro. Ya ha hecho bastante daño.

Roldán se recostó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Qué propone?

—Comunicar su liberación —respondió el comisario—. Hoy mismo. Que se sepa que no es el asesino. Necesitamos cerrar esta vía cuanto antes.

Pol apretó la mandíbula, sintiendo el impulso de hablar.

—¿Por imagen? —preguntó.

El comisario le clavó una mirada gélida que cortaba cualquier asomo de rebeldía.

—Por estabilidad —corrigió—. La verdad ya vendrá después.

Ninguno de los dos discutió. No allí. No ante las medallas que vigilaban desde las vitrinas como ojos de cristal.

—Además —añadió el comisario, bajando un tono la voz—, David ha vuelto a llamar.

Roldán alzó la vista, interesado por primera vez.

—¿El forense?

—Sí. Ha encontrado algo en el segundo cadáver que cambia el perfil por completo.

Pol se incorporó ligeramente en la silla, aguzando el oído.

—¿Qué ha encontrado?

—Un pinchazo. Aguja fina, en el brazo. Casi invisible. Benzodiacepinas.

El silencio cayó sobre el despacho como una losa de mármol. Pol procesó el dato: no era un ataque impulsivo, era algo clínico.

—Eso no inculpa a nadie —continuó el comisario—, pero demuestra método. Preparación. Acceso a una sustancia que no es de venta comercial común.

Roldán asintió despacio, rumiando la información.

—No es un loco de parque.

—No —confirmó el comisario—. Y por eso quiero que vayáis a ver a David ahora mismo. Que os lo explique con detalle.

Aramburu se enderezó, dando la reunión por terminada con un gesto seco.

—Liberamos a Marrero esta noche. Y mañana seguimos. Pero quiero resultados. Y quiero discreción absoluta.

Pol se levantó sin decir palabra. Antes de salir, volvió a mirar aquellas fotos y los marcos dorados. Nada en esa habitación hablaba de justicia; solo de permanencia. De aguantar en el sillón un día más, sin importar a quién hubiera que dejar por el camino.

Sala de autopsias – Instituto de medicina legal

La mañana empezaba a saludar a los madrileños. Las terrazas volvían a llenarse poco a poco. El fin de semana asomaba entre prisas y cafés para llevar.

Madrid no se detiene. Nunca lo hace. Vive a un ritmo apabullante, ajena al miedo, ajena al dolor de unos pocos.

Las televisiones abrían con nuevas informaciones sobre el caso. Un segundo asesinato. Las mismas imágenes. Los mismos expertos improvisados.

En las redes, el juicio era inmediato. Ardían los mensajes contra la Policía Nacional. Contra el Gobierno. Contra cualquiera que representara un sistema incapaz de proteger a los suyos.

Nadie esperaba explicaciones. Solo culpables.

—Buenas tardes —saludó Roldán al recepcionista, mostrando la placa—. Inspectores Roldán y Casals. Tenemos cita con David López.

—Buenas tardes… eh, sí, un momento —el empleado tecleó con rapidez—. Expediente 0251.

Roldán desvió la mirada hacia Pol apenas un segundo. Suficiente.

—El señor López les espera en la sala A-0808. Al fondo, giren a la derecha y tomen el ascensor. Sótano menos dos.

—Gracias, muy amable —asintió Pol.

La sala de autopsias lo recibió con su luz blanca y su silencio quirúrgico. Todo allí estaba pensado para no dejar lugar a la duda.

Pol ya había estado antes, pero nunca se acostumbraba. No al olor. Esa mezcla de lejía, productos químicos y algo más difícil de nombrar, pesado, que se quedaba en la garganta.

Respiró hondo una sola vez. Era suficiente.

En mitad de la sala reposaba el cuerpo maltrecho con esa cruz en el pecho. Quien lo hizo sabía lo que hacía, donde cortar y como cortar.

En mitad de la sala reposaba el cuerpo maltrecho, desnudo sobre la mesa de acero, con una cruz tallada en el pecho. Quien lo había hecho sabía dónde cortar. Y cómo hacerlo.

—Chicos, llegáis justo a tiempo —saludó David con tono profesional—. Os presento a mi alumna, Jessica Padilla. Nos

acompañará durante el proceso.

Pol cruzó la mirada con la estudiante apenas un instante. Ella fue la primera en apartarla.

—Encantada —dijo, estrechando la mano de Roldán y después la de Pol.

—Venga, vamos al grano —interrumpió Roldán mientras se colocaba los guantes—. ¿Qué tenemos?

—Varón de origen colombiano. Nombre… —David consultó la ficha—. Julián Paredes.

—¿Edad? —preguntó Roldán sin levantar la vista.

—Veintiséis.

—Joven —murmuró Jessica.

Roldán se encogió de hombros, ya concentrado en el cuerpo.

—O no lo suficiente.

—Si observáis aquí…permíteme, Javi. Jessica, ayúdame —Jessica sujeta el brazo izquierdo mientras David coge una linterna —. Fijaos, el pinchazo es justo aquí, y bastante preciso. No hay ningún hematoma provocado por una perforación de arterias o venas. Es quirúrgico.

—El comisario nos comentó que habíais encontrado trazas de benzodiacepinas en sangre —pregunta Pol.

—En sangre aparece una benzodiacepina de uso hospitalario —explicó Jessica—. En concentración suficiente como para provocar una sedación profunda en un adulto sano.

—¿Mortal? —preguntó Pol.

—No por sí sola. Pero incapacita. Te deja indefenso.

Pol anota en su libreta

Pinchazo quirúrgico.

Dosis no letal de benzodiacepina.

¿Enfermero? ¿Médico?

—Eso nos lleva a pensar que la víctima estaba completamente sedada —continuó David—. No hay marcas de defensa ni signos de forcejeo.

—Pobre muchacho… —masculló Roldán, señalando el cuello—. ¿Y esto?

—Una quemadura superficial. Probablemente de cigarrillo —respondió Jessica—. Antigua. No relacionada con la causa de la muerte.

David señaló entonces la muñeca derecha.

—Aquí hay una marca de presión. Como si hubiera llevado un reloj durante mucho tiempo.

Pol alzó la vista.

—¿Falta?

—No lo sabemos —respondió David—. No se ha encontrado ninguno entre sus pertenencias.

Roldán no reaccionó.

—Creo que lo tenemos todo. Gracias, David. ¿El informe de sangre y el toxicológico? —preguntó Pol, adelantándose un paso y tomando la iniciativa.

David le tendió la carpeta.

—Aquí lo tienes. Y una cosa más… —dudó un segundo—. Daos prisa.

Pol alzó la vista.

—¿Por qué?

—Porque no suele parar después del primero.

Roldán cerró la carpeta sin mirarla.

—Lo encontraremos.

Los inspectores se disponen a salir de la sala cuando la joven doctora detiene a Pol.

—Disculpe, inspector.

Pol se giró.

—Casals. Pol Casals.

Roldán lanzó una mirada rápida por encima del hombro antes de continuar hacia el ascensor.

—Me gustaría que apuntara mi número —dijo ella, recogiéndose el pelo—. Por si hay novedades sobre el caso.

Pol sacó el iPhone del bolsillo y abrió la agenda.

Nuevo contacto.

—Dígame.

Jessica dictó el número.

—Gracias —respondió Pol, guardándolo—. Lo tendré en cuenta.

Guardó el móvil.
Su cabeza ya no estaba allí.

El rincón de Juanpe – Cerca de Canillas

La cafetería estaba casi llena. Policías de uniforme, algún traje arrugado, conversaciones a medio tono. El olor a café cargado y fritura se mezclaba con el murmullo constante.

Roldán dejó la bandeja sobre la mesa sin cuidado.

—¿Qué opinas?

Pol tardó unos segundos en responder. Miraba el café, intacto.

—No lo tengo claro.

Roldán arqueó una ceja.

—¿No lo tienes claro?

—Hay cosas que no encajan —dijo Pol—. Detalles. Sensaciones.

Roldán dio un sorbo largo.

—Las sensaciones no meten a nadie en la cárcel. Las dudas sí lo sacan a veces… y luego pasa lo que pasa.

Pol apretó la mandíbula.

—Le hemos hundido la vida a un tipo que quizá no hizo nada.

Roldán se encogió de hombros.

—Ante la duda, la cárcel más segura. Para eso está.

Pol levantó la vista, molesto.

—Eso no es justicia.

—Es procedimiento —respondió Roldán sin alterarse—. Y el procedimiento mantiene el orden.

Hubo un silencio incómodo.

Roldán pidió un bocadillo de calamares con mayonesa y una cerveza.

Pol alzó la vista un segundo cuando la escuchó caer sobre la bandeja. No dijo nada.

—Ensalada César y agua —pidió después.

Se sentaron junto a la ventana.

Roldán dio un mordisco grande al bocadillo y bebió un trago largo.

Pol removió el café. No lo probó.

—¿Qué opinas del caso? —preguntó Roldán, limpiándose los dedos con una servilleta. —¿Tu padre qué opina de todo esto? —preguntó Roldán de repente.

Pol se tensó.

—Mi padre no pinta nada aquí.

—Mosso, ¿no? —insistió—. Siempre me pareció curioso que acabaras aquí.

Pol apartó la mirada.

—Comamos —dijo—. Se enfría.

Pol seguía con la mirada el botellín de cerveza cada vez que iba y volvía a la mesa.

—¿Te importaría ir a hablar con Aramburu sobre el informe? —dijo Roldán antes de hincar otro mordisco al bocadillo de calamares —. Tengo que hacer unas llamadas antes. Así vas cogiendo experiencia.

—Perfecto. Lo tengo todo anotado y el dossier en el coche —respondió Pol—. Son las… —miró el móvil—. Joder, las cinco y media. Se me ha pasado volando.

—Así es Madrid, chaval —sonrió Roldán—. Aquí todo va rápido. Nada para. Nada descansa.

Roldán pagó en la barra al tendero de siempre. La cafetería llevaba más de setenta años abierta y había visto pasar a más policías que la propia comisaría.

Pol y Roldán subieron al viejo Ford Focus de Roldán.

Madrid empezaba a entrar en la noche del viernes.

—Señor, aquí tiene el informe —dijo Pol, dejando la carpeta sobre la mesa—. La dosis no fue mortal, pero sí suficiente para provocar una sedación profunda. Sustancia de uso hospitalario.

El comisario hojeó el documento sin sentarse.

Un post-it amarillo destacaba entre las hojas:

Enfermero o médico

Línea de investigación 2

—Buen trabajo, Casals —asintió—. Mañana a primera hora te pones con esto. Todos los hospitales de la zona. Quiero saber quién ha sacado medicación fuera de inventario. Nombres. Declaraciones. Lo que haga falta.

—A la orden, mi comisario.

—Cacemos a ese cabrón antes de que vuelva a actuar.

Pol salió del despacho.

—Casals —lo detuvo—. Vete a casa. Hoy ya has hecho suficiente.

Dudó un segundo.

—¿Dónde está Roldán?

—Dijo que tenía que atender unos asuntos —respondió Pol, sin mirarlo.

El comisario resopló.

—Mañana a primera hora lo quiero aquí.

Hizo una pausa.

—¿Habéis comido antes de venir?

No necesitó respuesta.

Pol bajó la mirada.

Vergüenza.

Impunidad.

Un sistema que miraba hacia otro lado.

Celda 141 – Soto del Real

Ya se había hecho de noche.

Mi vida ahora mismo era un reloj de arena. Grano a grano se consumía, esperando su final.

La lámpara vieja del techo parpadeaba exactamente cada treinta y tres segundos.

Cada setenta y ocho, un preso maldecía en un idioma que no conocía. Otro lo mandaba callar.

—Cállate ya o mañana verás lo que es bueno.

Al fondo del pasillo resonaron pasos acompasados con el tintineo de unas llaves golpeando un cinturón.

Venían a por mí.

Por primera vez en mucho tiempo, sonreí.

Fue apenas un segundo. Menos, quizá. Pero fue suficiente.

—Marrero —dijo una voz calmada—. Soy Francisco Pedraza, alcaide del centro.

Se presentó con educación, casi con cuidado.

—Antes de nada, quería pedirte disculpas, en nombre del complejo y en el mío propio. No deberíamos haberte tratado como a uno más. Ha sido un error.

Sentí alivio. No supe decir gracias, pero mi cara habló por mí.

—Por motivos judiciales no podemos liberarte hoy —continuó—. Burocracia, ya sabes.

—¿Puede resumírmelo?

—El juez de instrucción necesita al menos veinticuatro horas para autorizarlo oficialmente. Mañana a primera hora podré ordenar tu salida.

Bajé la cabeza. No me quedaban palabras. Unas lágrimas tímidas recorrieron mis mejillas. Casi no me quedaban tampoco, yacían todas en el suelo frío de la celda.

—La prisión se hará cargo del traslado a tu domicilio en taxi —añadió—. Es lo menos que podemos hacer.

Dudó un segundo.

—Descanse lo que pueda. Mañana vendré personalmente a abrirle la celda.

Se alejaron.

Yo seguía sin creérmelo.

Otra noche más rodeado de ronquidos ajenos, barrotes de metal y paredes de hormigón armado.

***

Pol aparcó en el garaje residencial en Pinar del Rey. Su casa era de los pocos lujos que podía permitirse.

La casa era de las últimas construidas. Un adosado de ciento cinco metros cuadrados. Cocina con isla, pensada para hazañas culinarias que casi nunca llegaban a suceder. Salón amplio. Un despacho con más papeles que muebles. Arriba, su refugio.

Se quitó las botas negras y se dejó caer en la cama, boca abajo.

Estaba cansado.

Derrotado.

El iPhone vibró sobre la mesilla.

Laura.

¿Estás por casa? ¿Te apetece que me pase a verte?

No respondió.

Su cabeza solo giraba en torno a dos cosas: por dónde empezar al día siguiente… y Alex.

Alex.

Le habían destrozado la vida a alguien que no conocía. Alguien con quien no tenía ninguna relación.

Fueron a por él sin pensarlo. Lo detuvieron. Y ya.

Era inocente, sí.

Pero ¿quién se recupera de eso?

¿Quién vuelve a la normalidad después de ser señalado, insultado, expuesto?

Después de que te llamen asesino y te arranquen todo sin darte tiempo a defenderte.

Él no podría.

Cerró los ojos.

Si encontraban al asesino, se prometió, si lo hacían, le devolvería su vida.

Como fuera.

Se lo debía.

***

Pol llegó puntual.

Camisa azul clara bien planchada, chaqueta americana negra, pantalón de pinza gris oscuro y las mismas botas de siempre. En la muñeca, un reloj inteligente de última generación. En la mano, un vaso de café más largo que sus ojeras. En la otra, la placa.

La jornada se presentaba dura. Investigación pura. Un punto de partida claro y un sinfín preguntas abiertas.

Hospitales.

¿Cuáles?

Roldán estaba en su mesa. Tenía mala cara.

—Buenos días, jefe.

—Qué pasa, chaval… —gruñó—. Perdona, he tenido mañanas mejores.

Pol lo observó un segundo.

—Si le parece, hoy me encargo yo de los hospitales. Usted puede quedarse con el papeleo.

Roldán no protestó. No estaba para mucho más.

Pol encendió el ordenador y apoyó la placa sobre el lector.

Inspector Pol Casals Morán

Policía Judicial

Placa nº 1112331

Se colocó los auriculares inalámbricos.

In the Air Tonight, Phil Collins.

El redoble de batería siempre le había provocado la misma sensación: concentración absoluta.

Abrió el fichero del caso. Más de cien documentos. Informes, atestados, peritajes.

El toxicológico.

Y, sin querer, un nombre que no pudo evitar leer.

Alex Marrero.

Cerró el archivo y siguió adelante.

Tenía que escoger bien.

Los hospitales más grandes. Los más cercanos. Los que manejaban ese tipo de medicación.

La mañana seguía avanzando. Las horas transcurrían sin prisa. El sol proyectaba su sombra sobre una parte distinta del lapicero, como si alguien estuviera moviendo el mundo a cámara lenta.

Una notificación de X.

"La Policía confirma la liberación de Alexander Marrero, primer detenido del caso que atormenta Madrid, por falta de pruebas."

Pol apagó la pantalla antes de que el presentador siguiera hablando.

Se quedó unos segundos quieto.

No sabía si Álex estaría viendo lo mismo. No sabía en qué estado estaría.

Sacó el móvil.

Dudó antes de buscar el nombre.

Samantha.

Marcó.

—Lo sueltan esta tarde —dijo cuando ella contestó.

Silencio al otro lado.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y no va a salir bien de esto.

Otra pausa.

—Va a estar en su piso a más tardar a las siete. Si vas a verlo… —Pol se detuvo un instante— creo que después de todo le vendrá bien.

Samantha no respondió enseguida.

—Gracias por avisar.

Pol colgó sin añadir nada más.

Soto del Real

Ya estaba ocurriendo. El comisario había cumplido su palabra. Era libre.

No había dormido casi nada. Entre el miedo y la necesidad obsesiva de que amaneciera para salir de allí, mis horas de sueño podían contarse con los dedos de una mano.

El alcaide cumplió también. Fue él mismo quien abrió la puerta.

La celda 141.

Ese número me acompañaría toda la vida.

Los presos me miraban mientras caminaba por el pasillo. No había insultos. Solo silencio.

En la sala de ingresos lo tenían todo preparado. Mis pertenencias: una mochila con el portátil, el móvil sin batería, la cartera, las llaves de mi Volkswagen. Un paquete de clínex. Nada más. Nada que demostrara que seguía siendo la misma persona que había entrado.

Sobre la mesa, un documento con el membrete del Ministerio del Interior. Abajo, una apostilla con la firma del ministro autorizando mi liberación.

Firmé sin dudarlo.

Sonreí. Apenas un segundo. Fue suficiente.

El alcaide me ofreció la mano antes de salir. Se la estreché. Bajó la mirada un instante. No hizo falta que dijera nada.

Las puertas se abrieron y el sol me cegó al instante.

Respiré.

Aire fresco.

Fuera, un taxi de la Comunidad de Madrid esperaba con el motor encendido. A la derecha, cámaras. Periodistas con hambre de titular, de exclusiva, de clics.

Corrí hacia el coche. No se me ocurrió otra cosa.

El taxista me observó por el retrovisor. No se fiaba de mí. Aunque supiera la verdad. No lo culpé.

—A la calle López de Hoyos. Prosperidad.

Arrancó sin decir una palabra.

La prisión quedó atrás.

Ahora empezaba otro infierno. Uno peor. Al menos de momento.

***

—Pol, aquí tienes la orden para solicitar documentación en todos los hospitales de la Comunidad —le dijo un agente, dejando el papel sobre su mesa.

—Gracias —respondió Pol, quitándose uno de los auriculares—. ¿Podéis prepararme un coche? Saldré en veinte minutos.

—De inmediato, inspector.

La lista estaba completa. Pol lo tenía todo anotado en la tableta; prefería no usar papel.

Tenía tres hospitales claros para empezar. Los más obvios.

La Paz.

Ramón y Cajal.

Fundación Jiménez Díaz.

Pol bajó al garaje. Tal y como había pedido, un coche lo esperaba. Un Citroën C3 nuevo.

No le gustaban los coches rotulados, pero era lo que tocaba.

Arrancó.

Abrió la aplicación de mapas.

Hospital Universitario La Paz. Solo quince minutos.

Recepción – Hospital La Paz

Pol aparcó frente a la entrada principal. Al bajar del coche, notó varias miradas clavadas en él; ojos cansados de familiares y pacientes que lo observaban como si su rostro les resultara familiar. No supo decir por qué, ni quiso pensarlo. Quizás era solo el rastro de la prensa en las últimas semanas.

Nada más cruzar la puerta, el ruido lo golpeó de lleno. Teléfonos sin descanso, pacientes con la mirada perdida y una megafonía que superponía nombres en un caos perfectamente organizado.

—Buenos días —dijo en la recepción mostrando la placa—. Inspector Casals, Policía Judicial. Necesito hablar con el responsable del centro.

—Un momento —respondió la mujer sin inmutarse. Marcó un número interno—. Señorita Ibáñez, un inspector de la Judicial

solicita verla.

Colgó y señaló el fondo del pasillo. —Planta siete. Área de Administración. Allí le indicarán.

Pol se dirigió al ascensor. El ascenso se le hizo eterno. Cada parada, cada timbre de puerta abriéndose, era un recordatorio del tiempo que perdían mientras el asesino seguía ahí fuera, respirando el mismo aire de Madrid.

—Carmen Ibáñez, directora del centro —se presentó ella al recibirlo—. ¿En qué puedo ayudarle, inspector… Casals?

—Prefiero ir al grano —respondió él, estrechando una mano fría —. Estoy asignado al caso de los asesinatos del parque. Necesito revisar el inventario de fármacos específicos y el personal con acceso a ellos.

La mujer frunció el ceño. Una sombra de tristeza, o quizás de miedo, le cruzó la cara. —Qué desgracia lo de esos chicos… Toda una vida por delante y, de repente, nada. —Suspiró—. Dígame, ¿qué busca exactamente?

—Benzodiacepinas. Una pureza específica, capaz de sedar en minutos. Cualquier anomalía en el stock, por pequeña que sea. Una monodosis, un frasco roto que no aparezca… lo que sea.

—De acuerdo. Veamos.

Carmen se sentó frente a un ordenador que parecía haber visto tiempos mejores. El tecleo rítmico llenó el despacho. Pasaron unos segundos que a Pol le parecieron horas.

—Según el registro, no falta nada —dijo ella al fin—. El último uso fue hace dos semanas, en una intervención de alto riesgo. Yo misma lo autoricé. Desde entonces, el inventario está intacto.

Pol asintió, aunque el instinto le rascaba por dentro. No era allí. No podía ser tan fácil.

—¿Le importa imprimir el registro completo desde esa fecha?

La impresora empezó a escupir folios con un chirrido mecánico. Pol los recogió y los grapó con una precisión casi quirúrgica. Los guardó en el archivador que llevaba consigo. En la portada, escrito a rotulador con trazo rápido, se leía:

CASO ÁNGEL 141

Anotó una última línea en su tableta, sintiendo el peso de la derrota parcial.

Hospital La Paz. Descartado. Todo en orden.

~~Hospital Ramón y Cajal~~

Pol reanudó la búsqueda. El resultado fue un vacío absoluto.

El segundo hospital quedó descartado en menos de una hora: ni siquiera utilizaban esa variante de benzodiacepinas en los protocolos revisados. Un mazazo seco, burocrático.

Tiempo perdido. Sangre derramada mientras él revisaba albaranes inútiles.

De camino al tercero, tuvo margen para pensar. Demasiado. El silencio del coche se llenó de dudas que picaban como insectos.

¿Y si había elegido mal los centros? ¿Y si el asesino era, sencillamente, más inteligente que él?

Negó con la cabeza, apretando el volante con una rabia sorda.

No. El asesino no era más inteligente. Solo iba un paso por delante. Y un paso es una distancia que se puede acortar con suficiente velocidad. Al final, todo se reducía a una carrera de fondo.

El Cuerpo, en segundo plano, lastrado por la imagen y los despachos. El asesino, siempre primero, libre de reglas.

La carrera no había terminado. Acababa de empezar y Pol estaba convencido de que, de un modo u otro, la ganaría. Aunque tuviera que quemar el motor en el intento.

Séptima planta. La misma disposición, el mismo olor a desinfectante y el mismo ruido incesante que en los anteriores. Pero aquí, algo flotaba en el ambiente; una tensión eléctrica que Pol no supo identificar.

Tras el mostrador, una enfermera joven lidiaba con tres teléfonos a la vez. Estrés sobre estrés.

—Buenos días, inspector Casals, de la Judi—

—Un segundo, por favor —lo cortó ella sin mirarlo—. Disculpe… —leyó la placa— Pol.

—Inspector Casals, si no le importa. Policía Judicial. Necesito ver a la dirección. Traigo una orden.

La joven marcó un número, escuchó dos segundos y colgó. El gesto le cambió. El miedo es un lenguaje universal.

—Última puerta a la izquierda. El despacho grande. Lo siento, es un día de locos.

—Lo está haciendo muy bien —dijo Pol antes de alejarse. Una cortesía automática que ya no sentía.

Entró en el despacho sin llamar. El director estaba de pie, con el ceño hundido en un pozo de preocupaciones. Pol no era bienvenido; era una molestia burocrática en un día de crisis.

—Necesito el listado de fármacos, inventarios y usos de benzodiacepinas de las últimas dos semanas —soltó Pol, endureciendo el tono antes de que el otro pudiera protestar—. Y el registro de acceso a farmacia.

—De acuerdo. Envíemelo por correo y se lo haré llegar cuando—

Pol apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó, invadiendo su aire.

—Creo que no entiende la gravedad de esto. Han muerto dos personas en una semana. Y no pienso permitir que haya una tercera porque usted quiera ahorrar un par de clics.

El silencio fue absoluto. El director asintió despacio; acababa de perder el control de su propia habitación.

Pol salió del edificio con la mandíbula tan apretada que le dolían los oídos. Listados interminables. Nombres a montones. Nada fuera de lugar. Había seguido el manual, había hecho lo correcto, y el resultado era unos ceros absolutos.

Condujo sin rumbo fijo. Madrid fluía a su alrededor, indiferente a su fracaso. Aparcó sin pensar, apagó el motor y el silencio del coche le cayó encima como una losa de cemento.

Apoyó la frente en el volante. Cerró los ojos. No estaba funcionando.

Sintió un nudo amargo en la garganta. Pensó en su padre. En el apellido Casals. En la herencia de perfección que cargaba como una armadura demasiado pesada. “Aquí los errores no se perdonan”, le decía siempre. Y él ya había cometido uno imperdonable: Álex. Había hundido la vida de un inocente. Aunque estuviera libre, el estigma no se borraba con una orden judicial.

—No… —murmuró.

No podía terminar así. No podía ser otro Casals que solo cumple el expediente.

Abrió los ojos. Miró el reloj del salpicadero: 15:15. Tenía que estar en comisaría a las 16:30. Una hora y cuarto. Su última bala.

Miró a su derecha. El parque. El lugar donde la sangre se había enfriado bajo las farolas.

Si yo fuera él… ¿Dónde iría?

La respuesta apareció sin permiso, rompiendo el patrón lógico que Roldán le había impuesto.

El Gregorio Marañón. Apartado. Inmenso. Un laberinto de túneles y edificios viejos donde es fácil ser un fantasma. Anónimo.

Esbozó una mueca cansada, casi una sonrisa. Arrancó el motor. El rugido del Mercedes sonó como un desafío.

—Vamos —susurró—. Una última vez.

El coche se incorporó al tráfico con un volantazo firme. El reloj seguía corriendo, pero ahora Pol ya no seguía el manual. Seguía el rastro de una sombra

Calle López de Hoyos – Prosperidad

Le pedí al taxista que no parara en la entrada principal. Me dejó en la calle de atrás. No quería miradas, ni preguntas, ni cámaras. Nada.

La carrera le salió rentable: sesenta y tres euros. Y una historia para contar en la cena: había llevado al "culpable no culpable".

La calle seguía igual, indiferente a mi ausencia. El edificio mantenía su marrón habitual y la enredadera parecía haber ganado unos centímetros de muro. El portero automático estaba un poco más amarillo; ese toque vintage que antes me gustaba ahora me pareció el color del abandono.

Me fijé en los detalles como si buscara pruebas de que yo seguía siendo yo. Mi coche estaba sucio. Pobre T-Roc.

Antes de abrir el portal, me detuve. No sabía si tenía permiso para entrar en mi propia vida. Me armé de valor y crucé el umbral.

Margarita y Juan, el vecino, me estaban esperando. Habían oído el portal.

—Mi niño, ¿cómo estás? —Margarita me cogió la mano. Tenía los ojos empañados.

Ella es de Las Palmas; yo, de Tenerife. Siempre habíamos tenido esa rivalidad sana que solo los canarios entendemos, pero hoy no había islas de por medio.

—Podría estar mejor. No han sido mis mejores días —bromeé con la voz rota—. Necesito dormir. Desconectar. Desaparecer.

Juan asintió con gravedad.

—Cualquier cosa que necesites, aquí estamos… aunque seas un chicharrero.

Me sacó una sonrisa. La primera de verdad.

—Gracias. De verdad.

Subí las escaleras hacia el segundo. En el rellano me topé con la pareja joven de Málaga. No saludaron. No dijeron nada. Se quedaron allí, clavados, mirándome con una mezcla de curiosidad y morbo. Un exconvicto era ahora su vecino. Al menos por hoy.

Entré en casa. Olía a aire estancado, pero transmitía paz. Mi paz. Fui directo a la ventana y la abrí de par en par. La bocanada de aire

fresco me llenó los pulmones de algo que sabía a libertad, aunque Madrid seguía igual de ruidosa e incansable fuera.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. Dejé que el agua caliente golpeara mi nuca. Apoyado contra la mampara, cerré los ojos y traté de borrar el olor a celda de mi piel. Me habría quedado allí toda la tarde.

Al salir, me dejé caer en el sofá, desnudo, envuelto en el silencio. Cogí el móvil.

Vibró. Fue como una explosión. Miles de notificaciones saltaron en la pantalla. Samantha. Amigos. Grupos que no recordaba. Mi hermano. Mi padre. El bombardeo de las redes sociales. Correos de periódicos y televisiones buscando la exclusiva del inocente.

Miré la hora: 15:15.

A la misma hora que Pol Casals decidía jugarse su última bala en el Gregorio Marañón, mi realidad me quebraba de nuevo. La paz me había durado exactamente quince minutos.

Las lágrimas cayeron sobre la pantalla del móvil, emborronando los mensajes que no quería leer. La burbuja se había roto.

El móvil vibró de nuevo en mi mano. Una llamada entrante.

Papá

Recepción – Gregorio Marañón

El hospital lucía tranquilo. A Pol le sorprendió la calma de aquel lado de la ciudad, tan distinta del caos que había dejado atrás horas antes. ¿Y si pido el traslado?, se preguntó por un instante, sabiendo que la respuesta siempre sería negativa.

El recepcionista lo vio aparecer y le hizo un gesto con la mano antes de que llegara al mostrador. —Agente, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

Pol, sorprendido por la iniciativa, fue directo al grano. —Buenas tardes. Inspector Casals. Necesito hablar con el director.

Había perdido la cuenta de cuántas veces había pronunciado su rango y su apellido solo ese día. Cansancio. Puro agotamiento burocrático.

—El señor Casado le espera. Última planta —indicó el hombre, amable y eficiente, señalando el ascensor.

—Molt bé, Jordi. Merci.

Pol respondió en catalán tras leer el nombre en la acreditación. El recepcionista sonrió de forma casi imperceptible. Una conexión mínima en mitad del desierto.

El ascensor subió más rápido que los anteriores. Aquello también llamó su atención. Nadie lo detuvo. Nadie preguntó. La placa colgada al cuello hacía su trabajo como un amuleto. Tocó a la puerta del despacho.

—Pase.

—Buenas tardes. Soy Pol Casals —por primera vez en todo el día, no pronunció la palabra "inspector".

—Muy buenas, inspector —respondió el director, levantándose de inmediato—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy investigando las muertes recientes —explicó Pol—. Una nueva línea nos ha traído hasta aquí. Creemos que pudo sustraerse una benzodiacepina de la farmacia de este hospital. No una dosis letal, sino la suficiente para sedar a una víctima.

Casado frunció el ceño. La mancha en el expediente de su hospital empezaba a materializarse.

—Entiendo… Eso supondría un fallo grave de seguridad.

—Lo comprendo —respondió Pol con firmeza—. Necesito revisar los registros de acceso y los inventarios de las últimas dos semanas. Quién entró y qué salió.

El director asintió y se colocaron frente al ordenador. Casado se movía con soltura; sabía dónde buscar.

—Estos son los registros —dijo—. A simple vista, todo parece en orden.

—¿Puede imprimirlos? Y también los inventarios de la última semana.

Pol observaba en silencio mientras el papel salía de la impresora. Repasó las cifras. Valium. Cinco días atrás: treinta y siete unidades.

Tres días atrás: treinta y seis.

Pol dio un paso atrás, sintiendo un escalofrío. Ahí estaba. Una monodosis menos. Pequeña. Silenciosa. Letal en las manos equivocadas.

—¿Hay algún nombre asociado a esa retirada?

Casado negó con la cabeza, pegado a la pantalla.

—No. No figura ningún responsable. Si quiere, podemos revisar las grabaciones de las cámaras de la farmacia.

Pol levantó la vista. Aquello no se lo esperaba. Los otros hospitales habían puesto mil trabas; este le ofrecía la solución en bandeja.

—Hágalo. Por favor. Tengo que hacer una llamada.

Salió al pasillo y marcó el número del comisario.

Antes de que pudiera darle a llamar, Roldán apareció como llamada entrante.

Qué oportuno, pensó Pol.

—Chaval, ¿dónde estás? Sabes que tenemos trabajo, ¿no?

—Estoy en el hospital. Línea de investigación propia, me lo ha autorizado Aramburu.

—No me toques los huevos. Eso lo puede hacer otro. Ven ya.

—No puedo salirme de esto ahora.

Un silencio corto. Demasiado corto para ser indiferencia.

—¿Qué hospital? —preguntó Roldán.

Pol lo notó. No la pregunta en sí. La velocidad.

—El de turno —respondió, sin dar nombre.

—Casals...

—-Luego hablamos.

Colgó. Sabía que eso irritaría a Javier. Le daba igual.

Guardó el móvil y se quedó un segundo mirando la puerta del despacho de administración. La pregunta de Roldán seguía ahí, flotando.

¿Qué hospital?

No había preguntado por el caso. No había preguntado por la pista.

Había preguntado por el lugar.

Lo anotó mentalmente y marcó el número del comisario.

—Señor, soy Casals. Tenemos positivo en una monodosis de Valium en el Gregorio Marañón. Falta una unidad. No hay nombre registrado, pero están revisando las cámaras ahora mismo.

Hubo un silencio denso al otro lado de la línea.

—Muy bien, Pol. Muy bien —la voz del comisario sonó profunda, casi paternal—. Hace honor a su padre.

El comentario lo descolocó. Sintió el peso del apellido Casals hundiéndole los hombros un poco más.

—Llame en cuanto tenga un nombre —ordenó el comisario—. Voy preparando a la UPR.

—Sí, señor. Gracias.

Colgó. Al volver al despacho, el director seguía de pie, con la vista fija en el monitor de seguridad. Ninguno de los dos esperaba descubrir tan pronto quién había cogido aquella sustancia.

***

La pantalla vibró una última vez antes de quedarse quieta.

Padre.

Respiré hondo antes de aceptar. No sabía si estaba preparado para oír su voz, pero sabía que no podía ignorarla.

—Álex —dijo nada más descolgar—. ¿Dónde estás?

Ni un «¿cómo estás?». Nunca lo hubo.

—En casa. Acabo de salir.

Silencio. Al otro lado imaginé su despacho: ordenado, sin una sola foto fuera de sitio, con el aire acondicionado zumbando de fondo. Mi padre no necesitaba verme para saber si mentía.

—He leído todo —continuó—. Lo oficial. Y lo no oficial.

Tragué saliva, sintiendo el nudo en la garganta.

—No fui yo.

—Lo sé.

No lo dijo con ternura. Lo dijo como quien enuncia un dato estadístico.

—Pero eso no importa —añadió—. Importa lo que ha pasado después.

Me senté en el sofá. El móvil me pesaba en la mano como si fuera de plomo.

—Te han detenido —prosiguió—. Te han expuesto. Te han señalado. Eso no se borra, Álex. Jamás.

Cerré los ojos. El eco de las celdas todavía resonaba en mi cabeza.

—No puedes vivir esperando que el mundo te pida perdón. No lo hará.

—Papá… —intenté decir algo, pero la voz se me quebró.

—Escúchame —me cortó—. Esto no va de justicia. Va de resistencia. Y tú ahora mismo estás roto.

Asentí, aunque él no podía verme desde la otra punta del mapa.

—Mi consejo es claro. Vuelve a Tenerife. Aléjate de Madrid. Del ruido. De la gente. Aquí tienes casa. Tiempo. Silencio.

La idea me atravesó como un disparo lento. Huir. Desaparecer. Volver a ser el niño que no tenía problemas bajo el sol de las islas.

—No —respondí casi sin pensar.

Él tardó unos segundos en contestar. El silencio se volvió gélido.

—Explícate.

—Si me voy ahora… —dije— sentiré que he perdido. Que me han expulsado. Que tenían razón al señalarme.

El silencio volvió, más largo esta vez.

—Madrid no te va a cuidar —dijo finalmente—. No es su trabajo.

—Lo sé —contesté—. Pero tampoco quiero que decida por mí.

Noté cómo apretaba los dientes al otro lado. Siempre lo hacía cuando la realidad no encajaba con su lógica de hierro.

—Vas a cargar con esto el resto de tu vida —sentenció—. Apréndelo ya. Y aprende a vivir con ello.

Me dolió. Pero era la primera verdad absoluta que escuchaba en días.

—Si te quedas —añadió—, hazlo de pie. Sin explicarte. Sin pedir permiso. Y con la cabeza alta.

Por primera vez desde que cogí el teléfono, sentí que mis pulmones se expandían de verdad.

—Te llamaré mañana —dijo—. Descansa. Si puedes.

—Gracias… —murmuré.

No respondió. Colgó.

Me quedé mirando la pantalla apagada. No me había quitado la culpa, ni me había prometido que todo saldría bien. Pero me había dejado elegir. Y por primera vez desde que empezó esta pesadilla, supe que quedarme también era una forma de luchar

Despacho del director – Gregorio Marañón

Pol ya tenía un nombre. Los medios, un mártir. Madrid, su héroe.

Al revisar las grabaciones de seguridad, la realidad le dio un bofetón. Algo no encajaba en aquel baile de píxeles en blanco y negro.

El hombre que aparecía en pantalla, moviéndose con una seguridad insultante por la zona de farmacia, no llevaba bata. Ni el uniforme azul de los sanitarios.

Iba con traje. De corte caro.

Pol frunció el ceño. Era un hombre alto, más corpulento de lo que había imaginado. No encajaba con el perfil del enfermero descuidado o del auxiliar resentido que llevaba horas persiguiendo. Este hombre pertenecía a otra escala.

—Ese es mi jefe de quirófano. Alfonso Latorre —dijo Casado con la voz rota—. Yo mismo lo nombré hace tres años.

Se pasó la mano por la cara, hundiendo los dedos en el nacimiento del pelo. El peso de la traición interna era evidente.

—Confié en él… yo mismo lo traje aquí.

Pol apoyó una mano firme sobre su hombro. Un gesto mecánico, casi profesional.

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario —dijo con una calma que no sentía. —Vamos a llegar al fondo de esto, sea cual sea el resultado.

Casado asintió, derrotado por la evidencia de la pantalla. —Confío en ustedes.

—¿Está de turno hoy? —preguntó Pol, recuperando el tono de interrogatorio—. Necesito saber dónde vive. Ahora mismo.

—Hoy libra. Mi secretaria puede darle la dirección en cuanto salgamos.

Pol ya tenía el móvil en la mano. Aramburu esperaba esa llamada en Canillas. No le hacía falta pedir ninguna orden. Una llamada bastaba Los furgones de la UPR también. El mecanismo de la justicia, lento y pesado, acababa de engrasar sus piezas para pasar a la acción.

La secretaria escribió la dirección en un folio con mano temblorosa. Pol la leyó una sola vez. Fue suficiente para que se le quedara grabada como un tatuaje.

Cerró la carpeta del caso con un golpe seco. El sonido resonó en el despacho como el disparo de salida.

Pol escribió un mensaje rápido a Aramburu: ALFONSO LATORRE. JEFE DE QUIRÓFANO. DIRECCIÓN: CALLE DEL DOCTOR ARCE, 4. EL VISO.

Por primera vez en todo el día, el aire en los pulmones de Pol tenía peso.

El peso real, sólido y frío de haber encontrado, por fin, al culpable.

El viso – Chamartín

Pol conducía todo lo rápido que podía. La sirena ahogaba el rugido del motor del Mercedes.

En paralelo a él, dos furgones de la UPR y dos vehículos camuflados avanzaban hacia el mismo destino. En apenas quince minutos se había desplegado un operativo contundente, de esos que no dejan margen al error. Por las aceras, la gente se detenía a mirar con los teléfonos en la mano, expectantes.

¿Lo habrán pillado? ¿Otro muerto más?

Los vehículos llegaron casi al mismo tiempo. Sirenas apagadas. Silencio repentino.

La zona estaba demasiado tranquila. El chalé de El Viso se alzaba imponente, con las luces encendidas. Había alguien dentro. Pol se bajó del coche y fue directo al maletero.

Allí estaba su chaleco. Se lo colocó con movimientos automáticos, sintiendo el peso del equipo.

En grande: POLICÍA. Debajo: placa, rango y grupo sanguíneo.

Se quitó la americana y la dejó en el asiento del copiloto. La camisa se tensó sobre sus hombros y brazos. No era solo el esfuerzo físico; era la adrenalina disparada.

Roldán se le acercó por el flanco derecho.

—¿Listo, chaval? —dijo mientras comprobaba su arma—. Vamos a por ese cabrón.

Amartilló la pistola y la dejó asegurada en la funda de su cintura. Frente a la entrada del chalé, seis agentes de la UPR aguardaban en posición. Armas bajas, tensión alta.

—Entren, entren, entren —sonó la orden por la radio.

La aproximación fue limpia, milimétrica. El jardín quedó atrás en segundos. La puerta principal, al fondo. Los agentes se colocaron en formación: dos grupos de tres, uno a cada lado del marco. Roldán y Pol, justo detrás. Expectantes.

Tres. Dos. Uno.

El ariete golpeó la madera con un estruendo seco que pareció quebrar la paz de todo el barrio.

—¡POLICÍA! ¡POLICÍA! ¡QUE NO SE MUEVA NADIE! —¡TODO EL MUNDO AL SUELO! ¡YA!

Dentro, el caos estalló en un instante. Un grito. Niños llorando en la planta de arriba. Una mujer paralizada en el salón, con una copa en la mano, sin entender por qué su casa se había llenado de hombres armados.

Por la escalera apareció Alfonso Latorre. Iba descompuesto, con la cara pálida bajo la luz de las lámparas de diseño. Roldán fue el primero en hablar.

—Alfonso Latorre. Queda detenido por el presunto asesinato de Julián Paredes, ocurrido el pasado viernes de madrugada. No se resista.

—¿Pe… perdón? —balbuceó el médico—. Esto… esto es un error.

Pol avanzó un paso y le obligó a girarse. Le colocó los grilletes con un movimiento seco. Era la segunda persona a la que engrilletaba en pocos días. Esperaba, con una intensidad que le quemaba por dentro, que esta vez fuera la correcta. La primera había sido Álex.

—¿Desea que le lea sus derechos? —preguntó Pol, manteniendo el tono profesional.

—Los conozco —respondió Alfonso, temblando—. Quiero llamar a mi abogado.

Miró a su mujer, que sollozaba en el sofá.

—Cariño, todo va a salir bien. Te lo prometo. Esto es un error.

—Ya tendrá tiempo de explicarlo ante un juez, señor Latorre —cortó Roldán con frialdad—. Nos vamos. Buen trabajo, chicos.

Varios agentes de la UPR lo escoltaron hacia el exterior. Fuera, los móviles de los vecinos ya grababan. El rostro desencajado de Alfonso. El de Pol. El de Roldán. Protagonistas de lo que parecía, por fin, el final de la pesadilla.

—Lo tenemos, comisario. Nos lo llevamos a Canillas —informó Roldán por la emisora.

Pol lo observó subir al furgón, con la cabeza baja.

Esta vez sí, pensó. Se acabó.

Habitación de Álex – Prosperidad

Ahí seguía la misma grieta. No había cambiado de lugar.

La noche empezaba a caer sobre Madrid. Una brisa fresca entraba por la ventana medio abierta del salón y avanzaba despacio hacia mi cuarto.

Celda 141. El número no se me iba de la cabeza. En el fondo, los barrotes seguían ahí. Incluso mantenía la misma postura que en el catre de la prisión.

Cogí el móvil. Abrí X.

Un meme. Otro meme. El tráiler de la nueva película de Glen Powell.

RTVE Noticias.

Conocemos un hecho de última hora. Esta tarde se ha producido una nueva detención que puede estar relacionada con el caso que atormenta a la capital española esta semana. Hasta el momento, la Policía no ha hecho ninguna declaración.

Sentí alivio. Fue físico; los hombros me bajaron un poco.

Después vino el miedo. No por mí. Por quien fuera ahora el siguiente en la lista.

El vídeo se cargó. Aparecía un inspector acompañando al detenido hasta el coche. No miraba a cámara. No decía nada. Parecía incómodo con todo aquel despliegue.

Pol.

Se movía con seguridad, pero sin ocupar más espacio del necesario. Había algo en su forma de estar que me resultó familiar, casi reconfortante. Leí el tuit debajo del vídeo: *no me importaría que me detuviera él*.

Pensé que a mí ya me había detenido. Y que, extrañamente, era el único que me había mirado a los ojos en esa sala.

El móvil vibró sobre la colcha. Samantha. Dejé que sonara. Volvió a vibrar. Miré la pantalla sin tocarla. Mi cara se reflejaba pálida, con la cámara frontal activada. Parecía otra persona.

Esperé un poco más. Acepté. No dije nada.

—Álex… —dijo ella—. Hola.

Silencio.

—Pol me ha llamado —continuó—. Me ha dicho que salías hoy.

—No lo sabía.

Hubo un segundo de respiración contenida al otro lado.

—Necesito verte.

No respondí. No podía.

—Lo que hice… —su voz se quebró apenas—. No fue contra ti. Fue miedo. Y me equivoqué.

Miré el techo, buscando la grieta de nuevo.

—Sabes que eso no se deshace, ¿verdad?

—Lo sé.

No intentó justificarse. Eso me sorprendió.

—No creo que estés loco, Álex —dijo entonces, con un tono más firme—. No lo creo. Y no voy a volver a decir que lo estás.

Tragué saliva. La garganta me dolía como si hubiera gritado durante horas.

—Entonces, ¿qué crees?

—Que algo no encaja. Y que, si te dejo solo con esto, sí que te vas a romper.

La frase se quedó suspendida en el aire de la habitación.

—Quiero ayudarte —añadió—. Pero necesito que me dejes entrar.

Cerré los ojos un segundo. En el fondo quería estar solo, como en la prisión, donde nadie esperaba nada de mí. Pero también necesitaba saber que el mundo exterior no era solo una jauría de cámaras y sospechas.

—Ven —dije al final.

Colgué antes de arrepentirme. Samantha llegó quince minutos después. No me cambié de ropa. No pensaba hacerlo. Ella tenía que ver lo que quedaba de mí después de la celda 141.

Samantha tardó exactamente diecisiete minutos en llegar.

Ya tenía llave del piso. Yo estaba sentado en el sofá mirando frente a la televisión apagada con un reflejo negro que devolvía a alguien a quien aún no reconocía.

Samantha dejó la chaqueta en la entrada y vino directa a sentarse con cuidado a mi lado.

Vino derecha a donde estaba yo.

—No llamé a la policía porque pensara que eras un monstruo —dijo—. Llamé porque no supe qué hacer.

No respondí.

—Me asusté. Vi las fotos. Vi cómo encajaba todo. Y reaccioné. Sin pensar. Siempre hago eso. Actuar primero. Pensar después.

—Eso ya lo sé.

—No. No lo sabes. —Se llevó la mano al pecho—. Me dio miedo que no fueras tú. Y que sí lo fueras. Y no soporté esa duda.

Silencio.

—Me precipité.

Asentí una vez.

—Y lo volverías a hacer.

No lo negó.

—Sí —dijo al final—. Porque si algo es real, no se puede ignorar.

Se sentó frente a mí.

—Pero he estado leyendo.

Eso me hizo mirarla.

—¿El qué?

Sacó el móvil.

—Casos de parasomnias violentas. Son raros, pero existen. Personas que actúan mientras duermen. Que no recuerdan nada. No es común, pero está documentado.

—Eso no significa…

—Lo sé. —Me cortó—. Lo que significa es que no estás inventando lo que sientes. No es histeria. No es locura.

Se inclinó un poco más.

—Y encontré algo más.

Noté el cambio en su tono.

—Alemania. Finales de los setenta. No había redes. No había nada viral. Solo periódicos locales y rumores.

El pulso me dio un golpe seco.

—Un caso casi idéntico. Víctimas con simbología. Un sospechoso que hablaba de sueños. De estar dentro.

La habitación se volvió más pequeña.

—¿Y?

—Lo detuvieron. Nadie le creyó. Dijeron que fingía. Que buscaba una salida fácil.

Tragué saliva.

—¿Qué pasó?

Samantha sostuvo mi mirada.

—Se suicidó en prisión meses después.

El silencio se espesó.

—Y lo peor es que no terminó ahí.

Esperé.

—Años más tarde, detuvieron al verdadero asesino. Un hombre que había estado cerca de la investigación desde el principio. Confesó. Tenía pruebas. Había seguido actuando mientras el otro cargaba con todo.

Sentí algo que no era alivio.

Era vértigo.

—El inocente ya estaba muerto.

Nadie le pidió perdón.

Samantha bajó el móvil.

—No creo que estés loco, Álex. Creo que alguien sabe exactamente lo que está haciendo. Y que, si no lo vemos a tiempo, te van a convertir en el siguiente caso cerrado.

Sala de interrogatorios 3 – Canillas

La noche se cernía sobre la comisaría de Canillas.

Era una chica joven, veintitantos y con placa de inspectora. Pelo recogido, chaqueta de cuero, vaqueros ajustados y botas negras. No parecía la típica funcionaria de despacho; tenía una energía contenida que gritaba trabajo de calle, pero sus ojos analizaban el entorno con una frialdad que descolocaba.

Roldán pensó enseguida que habían enviado a otro novato para rellenar huecos.

—Inspectores, Casals y Roldán, ¿no? —dijo Silvia Galiana al acercarse.

—Los mismos que visten y calzan —espetó Roldán, queriendo hacerse el gracioso—. ¿Te has perdido buscando la cafetería o vienes a pedir un autógrafo por lo de Latorre?

Silvia ni siquiera pestañeó. Sostuvo la mirada de Roldán hasta que la broma se deshizo en el aire.

—Soy Silvia Galiana —se presentó, ignorando el comentario—. Vengo de Baleares, aunque el Comisario Aramburu ya me ha dado el visto bueno para incorporarme aquí con efecto inmediato. Vengo recomendada por lo más alto, así que ahórrese el sarcasmo para los sospechosos, inspector.

Pol dio un paso al frente, observándola con curiosidad. Silvia se giró hacia él.

—Voy a encargarme de la coordinación técnica del caso. Mi trabajo es asegurarme de que no quede ni un cabo suelto en la instrucción contra Alfonso Latorre y, sobre todo, monitorizar cualquier anomalía que surja en los sistemas del Ministerio del Interior relacionados con las víctimas.

—¿El Ministerio? —preguntó Pol—. ¿Qué tiene que ver el Ministerio aquí?

—Más de lo que creen —respondió Silvia con una seguridad que cortaba el aire—. No estoy aquí solo para mirar carpetas. Estoy aquí para garantizar que este caso sea impecable y que nadie, absolutamente nadie, vuelva a cometer un error de bulto como el de Álex.

Roldán soltó un bufido, pero Silvia ni se inmutó.

—Estaré disponible para ayudaros si lo necesitáis, pero mi prioridad es la limpieza del proceso. Empezaré revisando las cámaras que Casals encontró en el Marañón. Quiero ver qué se perdió por el camino.

Pol sintió un escalofrío. La llegada de Silvia Galiana no era un refuerzo; era una intervención en toda regla. Pol y Roldán esperaban en la sala contigua. Pol observaba a Alfonso Latorre a través del cristal espía. Estaba sentado, recto, con las manos visibles sobre la mesa. Algo no le cuadraba.

—¿Qué piensas, chico? —preguntó Roldán.

Pol jugueteó con su placa sin mirarlo.

—Me parece muy fácil —dijo—. Para alguien que se ha tomado tantas molestias

Roldán sonrió de lado.

—A veces el asesino más listo es el más torpe. O al revés. Por suerte, parece que nos ha tocado uno que se ha equivocado.

Irrumpió Aramburu en la sala.

—Inspectores, buen trabajo. —Luego miró a Pol—. Ya hablaremos luego.

Le dio una palmada en el hombro, satisfecho. A Roldán se le tensó la mandíbula; no le gustó el gesto.

—Vamos —dijo Roldán.

Pol entró primero. Tomó asiento frente a Latorre. Roldán dejó caer el dossier sobre la mesa. Sin nombre. Sin número de expediente. Un folio en blanco que pesaba como el plomo.

—Buenas tardes —dijo un hombre a su lado—. Iñaki Urrutikoetxea, abogado del señor Latorre. Quiero recordar que mi cliente puede no responder a cualquier pregunta.

Pol activó la grabadora.

—Comparece como acusado Alfonso Latorre por el asesinato de Julián Paredes ocurrido la pasada noche.

Miró a Latorre a los ojos.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Me lo han explicado —respondió él—. Aunque sigo sin entenderlo.

La voz era firme. Más cansada que nerviosa.

Pol abrió la carpeta.

—Falta medicación en su servicio. Benzodiacepinas. Concretamente Valium, una monodosis. Sin registro. Sin justificación clínica.

Latorre frunció el ceño.

—Soy jefe de cirugía. No llevo el inventario personalmente.

—Pero tiene acceso —intervino Roldán—. Y autoridad.

Latorre giró la cabeza hacia él.

—Autoridad, sí. Tiempo, no.

Silencio. Pol deslizó una hoja por la mesa.

—Esta sustancia apareció en el cuerpo de Julián Paredes. La dosis no era terapéutica.

Latorre bajó la mirada por primera vez.

—¿Está diciendo que lo maté? No sonó indignado. Sonó incrédulo.

—Estamos intentando entender cómo llegó ahí —respondió Pol.

Latorre se pasó la mano por la cara.

—He recetado benzodiacepinas toda mi vida. A pacientes, a compañeros, incluso a amigos. No es heroína.

—Pero no puede sacarlas sin dejar rastro —insistió Roldán.

—En un hospital siempre hay rastro —contestó Latorre—. Lo que pasa es que nadie mira hasta que algo estalla.

Pol lo observó un segundo más de lo necesario.

—¿Sacó medicación sin registrar? —preguntó.

Latorre dudó. Fue un milisegundo, pero existió.

—No —dijo—. Que yo recuerde, no.

Roldán sonrió apenas.

—Entonces tenemos acceso, sustancia y oportunidad.

Pol no respondió.

—¿Dónde estaba la noche del jueves?

—En casa —contestó Latorre sin vacilar—. Con mi mujer y mi hija. Estábamos viendo una película. Pueden confirmarlo.

Pol anotó algo.

—Lo comprobaremos.

Latorre alzó la vista.

—¿Cuánto va a durar esto? Tengo pacientes.

Roldán se inclinó hacia delante, invadiendo su espacio.

—Las setenta y dos horas que permite la ley. Si todo encaja, menos.

Pol cerró la carpeta. Nada encajaba del todo. Pero casi. Y eso era lo que más le inquietaba.

Salieron de la sala de interrogatorios sin decir nada. El pasillo estaba casi vacío. El zumbido constante de los fluorescentes hacía que todo pareciera más estrecho. Roldán caminaba delante, tranquilo, como si el caso ya no pesara.

—Encaja —dijo al fin, sin girarse—. Acceso, sustancia, coartada de manual. No necesitamos más.

Pol no respondió de inmediato.

—Encaja bastante, la verdad.

Roldán se detuvo. Se giró despacio. —Eso es lo que buscamos. Que encaje. Los casos no se resuelven dudando eternamente, Casals.

Pol sostuvo la mirada.

—No estoy dudando. Estoy mirando.

Roldán sonrió de forma condescendiente.

—Eso te lo permites ahora porque estás empezando. Pero llega un momento en el que hay que decidir si confías en tu intuición… o en el trabajo hecho.

Pol notó el aviso.

—¿Y si el trabajo hecho está incompleto?

Roldán se acercó un paso más.

—Entonces lo cerramos igual —susurró—. Y seguimos con el siguiente. No te empeñes en ser más listo que el caso. No suele acabar bien.

Roldán se alejó por el pasillo. Pol se quedó quieto. El móvil vibró en su bolsillo. Aramburu.

—Casals. Buen trabajo hoy. —Gracias.

—Has demostrado estar a la altura de lo que esta comisaría exige. Intuición. Iniciativa. Compromiso. Estoy valorando asignarte la responsabilidad completa. Dirección del caso. Comunicación incluida.

Pol tragó saliva. Era el ascenso rápido, el que su padre habría firmado con orgullo.

—Pero —prosiguió Aramburu— no sé si estás preparado todavía.

Pol cerró los ojos un instante.

—¿Qué necesita ver?

—Resultados. Y algo más importante: seguridad. Aquí no podemos permitirnos dudas públicas.

La llamada se cortó. Pol guardó el móvil. Miró de nuevo hacia la sala de interrogatorios. El caso seguía ahí. Y ahora, también, el peso de un ascenso que le exigía cerrar los ojos.

Prosperidad

La capital despertaba tarde. Las persianas subían sin prisa. Las calles se estiraban tras una semana eterna. Salí de casa con la sudadera de siempre; la de la capucha gastada, la de las mil batallas. Las gafas de sol me apretaban las sienes.

Caminaba recto. No miraba atrás.

Nadie conocido. Solo mascotas y dueños moviéndose al unísono. Nadie me miraba dos veces. Eran ajenos a todo. El sol de primera hora me dio de frente al girar la esquina. Tibio. Necesario.

El corazón se aceleraba a cada paso. No era miedo a que me reconocieran. Era miedo a estar allí. En las calles que se estrechan.

Al fondo, el parque.

Vacío. Solo el oso en el pedestal que rezaba Berlín. Verlo me dio una tranquilidad amarga. Solía venir aquí con ella.

Me quedé quieto. El viento mecía las ramas. Pájaros. Una paz con fecha de caducidad.

El móvil vibró. Un nombre distinto en la pantalla.

Mi hermano.

—Menos mal que doy contigo —su voz llegó cargada, irritada—. Te recuerdo que soy tu abogado. Y tu hermano.

—No es un buen momento, Álvaro. No quiero hablar con nadie.

—Ya lo sé. He tenido que mover cielo y tierra para sacarte de allí cuando me enteré de lo de la segunda alucinación.

Me quedé helado. No dije nada.

—No te lo reprocho —siguió—. Pero no podía quedarme quieto.

—Te lo agradezco. De verdad. Pero ahora no puedo con esto.

Silencio. Un perro ladró a lo lejos.

—Escúchame —insistió—. Lo que te han hecho no es normal. Te señalaron, te expusieron. Te han reventado públicamente sin una sola prueba. Esto no puede quedar así.

—Álvaro…

—No es por el dinero. Es por responsabilidad. Alguien tiene que responder por esto.

Negué despacio, aunque él no pudiera verme.

—No quiero más ruido —corté—. Ya hablaremos.

Un suspiro largo al otro lado de la línea. No era lo que quería oír.

—Está bien —cedió—. Pero prométeme que no lo vas a descartar. —No te prometo nada.

Silencio.

—Cuídate, Álex.

Colgó.

Me acababa de joder la mañana. El sol ya no calentaba igual.

Pinar del Rey – Casa de Pol

Pol había dormido diez horas, o eso creía.

Aun así, se sentía cansado. Los hombros le pesaban como si llevaran días sosteniendo algo grande.

Hacía frío, pero no se puso la camisa.

Puso el agua de la ducha a calentar.

En el altavoz, Purple Rain.

Varios temas le habían acompañado durante la noche. Seguían allí al despertar. Álex. Le debía una disculpa. Alfonso. Nada encajaba. Las riendas del caso. Su padre tenía razón: Madrid era una ciudad difícil. El Cuerpo, más aún.

Había elegido la Policía Nacional y no los Mossos por la carrera. Su padre nunca lo entendió. Antón Casals Lorca. El artífice del caso Sara Reyes. La sombra que Pol nunca lograba esquivar.

El espejo estaba empañado. Su rostro se desdibujaba tras el vapor. Había perdido la noción del tiempo mirándose, pensando en todo y en nada. El agua caliente terminó de despertarlo.

La cafetera esperaba. Dos cargas de café colombiano. Intensidad siete. Taza llena. Tres cucharadas de estevia. Álex. Le había destrozado la vida. O quizá habían sido ellos, el sistema. Tenía que pedirle perdón. No sabía cuándo, pero tenía que hacerlo.

Pol encendió el portátil.

Alexander Marrero Martínez. Calle López de Hoyos, 25. Prosperidad.

—Mierda.

No debería haber buscado la dirección. Pero ya tenía las llaves del Mercedes en la mano.

Arrancó. El caso de Alfonso Latorre le martilleaba la sien mientras conducía. Era casi perfecto. Acceso, sustancia, perfil. Piezas colocadas con un cuidado quirúrgico. Sin errores. Sin ruido.

Eso era lo que le jodía.

Alfonso no era un hombre impulsivo. No cuadraba con la violencia ni con la precisión del mensaje que dejaban los cuerpos. Pol apretó el volante. Podían cerrarlo, claro. Bastaba con mirar a otro

lado y aceptar la medalla. Pensó en Aramburu y su "responsabilidad".

En un semáforo en rojo, escribió a su padre.

He cogido el caso. Sé que no es lo que querías. Pero es donde estoy. No esperaba orgullo al otro lado. Nunca lo había habido. Envió. El semáforo se puso en verde. Ya no había marcha atrás.

El encuentro: cincuenta y un escalones.

***

El telefonillo sonó cuando me quitaba las gafas de sol. Todavía tenía el pulso acelerado del paseo. Sonó otra vez. No había nombre en la pantalla.

—¿Sí? —dije al fin. —Soy Pol.

El nombre me atravesó. No respondí. Podíamos habernos cruzado en la acera hacía cinco minutos.

—Álex —añadió—. Estoy abajo.

Apoyé la espalda contra la pared. Sudor frío en la nuca. No estaba preparado para verlo.

—Sube.

Colgué. Tardé en abrir la puerta. No por miedo a él, sino por miedo a lo que traía consigo. Escuché sus pasos. Cincuenta y un escalones. El terrazo de los ochenta, viejo y cansado, amplificaba cada pisada. Un sonido icónico, pesado, que hoy me pareció una amenaza.

Llamaron. Abrí. Pol estaba allí. Inmóvil. No dio un paso adelante.

—No vengo por el procedimiento —dijo—. Ni por el caso. —Respiró hondo. —Vengo a pedirte perdón. Por lo que te han hecho. Por dejar que te destrozaran sin tener nada claro.

Se apoyó en el marco de la puerta, marcando el límite. —En parte es culpa mía. No puedo vivir con eso.

Sacó el móvil y anotó algo en un papel. Me lo tendió. —Mi número personal. Si necesitas algo... o si ves algo, llámame.

Asentí. Mi mano rozó la suya al coger el papel. —Lo siento, Álex.

No entró. Se quedó un segundo esperando algo que no llegó. Luego, dio un paso atrás. Cerré la puerta despacio. Me apoyé en la

madera. El silencio volvió, pero ya estaba infectado.

Escuché el camino inverso. Uno, dos, tres... Conté cada uno de los cincuenta y un escalones. Un descenso rítmico. Una cuenta atrás hacia el portal. El portazo metálico de la calle —hierro contra hierro — puso fin al domingo.

Era mediodía. El Mercedes de Pol se deslizaba por calles que empezaban a vaciarse. En la distancia, los semáforos dibujaban un río de sangre sobre el asfalto. Algún claxon solitario. Un grito en un balcón.

Madrid continuaba, indiferente. Ignoraba que bajo sus pies se gestaba una tormenta. Que un asesino caminaba entre ellos. Alguien que, según los informes, ya estaba capturado. Alguien que, según los ojos de Álex, esperaba en la oscuridad del lunes.

Sala operativa – Canillas

El olor a café quemado de la máquina de pasillo le dio la bienvenida al salir del ascensor. Nada más abrirse las puertas, Pol notó que el ritmo de la sala de investigación no era el habitual. Había un murmullo eléctrico, de esos que solo ocurren cuando hay una redada importante o un escándalo interno.

Todo el mundo le seguía con la vista mientras caminaba hacia su puesto. Silvia, que se graduó un puesto por encima de él en la Academia y con quien compartió algo más que apuntes durante un año, se bloqueó el paso con el móvil en la mano.

—Oye, Pol. ¿No te has enterado? Eres famoso, tío —dijo con una sonrisa que bailaba entre la envidia y la diversión—. Eres trending topic.

Pol frunció el ceño y miró la pantalla del dispositivo. Allí estaba él, en alta resolución, escoltando a Latorre. La foto era impecable, casi publicitaria. Los comentarios debajo eran un campo de minas: "Más que policía, debería ser modelo", "Venga a detenerme, agente, soy toda suya".

Acababan de reducir su carrera a una cara bonita. Miles de likes convirtiendo una detención seria en un chiste erótico.

—Casals, no sé qué has hecho, pero felicidades —la voz de Roldán llegó desde la mesa de al lado, cargada de una ironía ácida —. De aquí a la televisión. Si necesitas un representante, avísame.

—Es solo un vídeo, Roldán. No tiene importancia —respondió Pol, intentando mantener la voz firme mientras dejaba el maletín en la mesa.

—Pues el Comisario no opina lo mismo. Quiere verte. Ahora. — Roldán señaló con el mentón hacia el despacho del fondo—. Parece que tu club de fans ha llegado hasta el Ministerio.

Pol dejó el vaso de café de Starbucks, aún caliente, sobre la mesa. El despacho del comisario lo esperaba como una jaula de cristal.

—Buenos días, señor Aramburu —saludó Pol, llevándose la mano a la frente de forma instintiva.

—Siéntese —ordenó el comisario sin levantar la vista del folio que firmaba con trazos agresivos—. ¿Ha visto las noticias?

—Señor, me acabo de enterar. No entiendo cómo ha podido pasar, yo solo estaba…

—No se excuse, Casals —le cortó Aramburu, clavando por fin sus ojos en él—. Vamos a usar esto a nuestro favor. A la gente le gusta su cara; a nosotros nos gusta lavar la imagen de este cuerpo.

Pol sintió un nudo en el estómago.

—¿Se acuerda de que le propuse llevar el caso? —Aramburu se reclinó en su silla de cuero, que crujió bajo su peso—. Desde arriba me han pedido que, desde hoy, usted sea la cara visible. Publicaremos una nota de prensa oficial: el Inspector Casals lidera la investigación. Espero que no tenga nada que objetar.

El comisario volvió a su posición original, apoyando los puños sobre la mesa. No era una pregunta, era una sentencia.

—Señor… yo… yo esperaba ascender por méritos, no por ser un cartel publicitario —logró decir Pol, sintiendo cómo su moralidad chocaba de frente con el deber.

—Si fuera por mí, habría quitado al inútil de Roldán hace tiempo, pero es el mejor perro de presa que tenemos —admitió Aramburu con una mueca de resignación—. Hágalo por su padre, Pol. Dele un motivo para estar orgulloso de este cuerpo, aunque sea desde la distancia.

Pol salió del despacho justo cuando Aramburu levantaba el auricular. No hubo despedida. La orden estaba dada antes de que él hubiera aceptado; el sistema siempre iba tres pasos por delante de la moral.

Al cruzar la sala, notó que el murmullo de antes se había transformado en un silencio expectante. Roldán, recostado en su silla con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, hizo un aspaviento exagerado desde su mesa.

—Casals, el detenido quiere confesar —soltó Roldán, saboreando cada palabra como si fuera un triunfo personal—. Nos vemos en la quinta.

La quinta planta. El sótano emocional de la comisaría, donde el olor a sudor rancio y pintura desconchada lo impregnaba todo. Al parecer, el lunes menos lunes de su vida acababa de coger una fuerza que amenazaba con llevárselo por delante.

La quinta

Pol entró más tarde que Roldán a la sala contigua a donde estaba Latorre.

Un funcionario se dirigió a Pol.

—Felicidades, inspector jefe.

Roldán lo miro con el ceño fruncido.

—Gracias, agente —dijo Pol dudando de si responder o no.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Roldán con cierto nerviosismo.

—El jefe me ha puesto a cargo del caso por ser la cara bonita del cuerpo. No pude negarme. Tampoco es que quiera.

Roldán apartó la vista.

No respondió. Eso le había dolido.

—Está bien. Entremos —dijo Roldán, con tono cabreado y hostil.

La sala estaba fría. Más fría que la anterior vez.

El detenido lucía cansado, casi sin vida. Con ganas de escapar de esa pesadilla.

—Buenos días. Nos han hecho saber que tiene intención de confesar —dijo Pol, poniendo un boli sobre un papel esperando una firma.

—Sí. Yo no maté a nadie…nunca lo he hecho y nunca lo haré. Soy médico, no un asesino —dijo entre sollozos y mirando a los inspectores.

—Ya, bueno. Las pruebas dicen otra cosa. Vaya al grano, señor Latorre —espetó Roldán, aún enfadado.

Pol lo miró de reojo.

—Mi cliente no tiene que ir a ningún grano, inspector —dijo el abogado con firmeza—. Acabamos de recibir el volcado de las cámaras de seguridad de su domicilio. El registro horario confirma que el doctor Latorre entró en su portal a las diez de la noche y no volvió a salir hasta la mañana siguiente. Es materialmente imposible que estuviera en el lugar del crimen a la hora del deceso de Julián Paredes.

Roldán se quedó lívido. Pol, sin embargo, ni siquiera se inmutó; ya lo sospechaba.

—Las cámaras lo sitúan en su casa, pero no explican por qué tiene las manos llenas de fármacos robados, ¿verdad? —continuó Pol, manteniendo el control—. Hablemos del Valium, Latorre.

—Robé el Valium porque tengo a un familiar de mi país natal aquí de manera irregular. Al no tener acceso a la sanidad, no puede tratarse. El Valium es lo único que calma Status Epilepticus.

—¿Status qué? —repitió Roldán con un bufido de desprecio—. No me venga con palabrejas. Robó fármacos del hospital, punto. Eso es un delito contra la salud pública aquí y en la China.

Latorre bajó la cabeza, las lágrimas goteaban sobre la mesa de metal. Pol vio cómo le temblaban las manos. El médico no mentía; el miedo de un hijo no se puede fingir tan bien bajo los focos de la quinta.

—El Status Epilepticus es una emergencia, Roldán —soltó Pol, con una voz calmada pero tan afilada que cortó el aire—. Son ataques epilépticos que no cesan. Si no se cortan con diazepam, el cerebro se fríe. Se muere.

Roldán se quedó callado, descolocado por la precisión técnica de Pol. El silencio en la sala se volvió pesado.

—Usted no es un asesino, Latorre —continuó Pol, inclinándose hacia delante, ignorando por completo la presencia física de Roldán —. Usted es un hombre desesperado. Pero necesitamos saber quién le facilitó el acceso a la zona de seguridad. El Valium de grado hospitalario no se saca con una tarjeta de residente.

—Yo… —Latorre dudó, mirando a Roldán con pavor.

—No lo mires a él —ordenó Pol. No fue un grito, fue un latigazo —. Mírame a mí. Yo llevo este caso ahora. Si colaboras y me das el nombre de quien te abrió esa puerta, me encargaré personalmente de que la fiscalía entienda que esto fue una cuestión de necesidad humanitaria.

Roldán golpeó la mesa, dispuesto a estallar, pero Pol no se inmutó. Ni siquiera parpadeó.

—¡Casals, no puedes prometer eso! —rugió Roldán.

Pol se giró lentamente. La mirada que le dedicó no era la del "poli guapo" de las redes, era la de un Inspector jefe que acababa de encontrar su sitio.

—Puedo y lo acabo de hacer —dijo Pol, con una frialdad que dejó a Roldán mudo—. Si tienes algún problema, mi despacho está al final del pasillo, junto al del Comisario. Pero aquí dentro, el que marca el ritmo soy yo.

Pol volvió a mirar al detenido, que lo observaba como si fuera un salvador.

—Dígame el nombre, Latorre. Saquemos a su madre de esto.

Roldán se levantó de sopetón y salió de la sala descargando toda su rabia en un portazo que hizo vibrar el cristal de seguridad. El estruendo dejó un silencio denso en la sala, solo roto por la respiración entrecortada de Latorre.

—Se llama Margarita Vargas —susurró el médico, como si el portazo le hubiera dado el empujón final—. Está en mi segunda residencia en Galapagar. En la colonia de la Navata. Le puedo dar la dirección exacta.

Pol asintió, anotando el nombre en su cuaderno con trazos firmes.

—Escúcheme bien, Latorre. Esto es lo que hay sobre la mesa —Pol se inclinó, bajando el tono para que solo el médico pudiera oírle —. Usted firma aquí: confiesa el robo de los viales y el delito contra la salud pública. Acepta la inhabilitación inmediata del Colegio de Médicos. Su carrera en España se ha terminado hoy.

Latorre tragó saliva, mirando el papel como si fuera su propia sentencia de muerte.

—¿Y mi madre? —susurró con los ojos empañados.

—A cambio, yo redactaré el informe de colaboración activa. Especificaré que el robo fue por necesidad extrema y que no hubo lucro. Eso le garantiza una pena menor a dos años; no entrará en prisión. Y mientras usted esté bajo custodia, yo me encargaré de que su madre sea trasladada a una unidad de cuidados paliativos. Recibirá el tratamiento completo.

Latorre, con la mano temblorosa y el peso del mundo sobre los hombros, cogió el bolígrafo y firmó. Pol recogió el papel. El lunes acababa de empezar de verdad.

Fuentes de la Jefatura Superior de Policía confirman que el doctor Latorre ha sido puesto en libertad hace escasos minutos.

Aunque se le imputa un delito contra la salud pública por el robo sistemático de fármacos —al parecer para tratar de forma ilegal a un familiar—, su coartada para la noche del asesinato de Julián Serna es, según el nuevo Inspector jefe del caso, 'plausible'. La noticia ha caído como un jarro de agua fría: mientras el inspector Pol Casals se convierte en el rostro más buscado de las redes, el asesino que aterroriza las noches de Madrid sigue, oficialmente, suelto.

@JusticiaReal: "Increíble. Nos venden a un modelo con placa y a la primera de cambio suelta al asesino. ¿A qué jugamos, @policia?"

@MadridSeguro: "Latorre roba fármacos y se va a su casa. El asesino sigue en la calle. Casals, dedícate a las pasarelas y deja de jugar con nuestras vidas."

@CriticaSocial: "La sanidad colapsada y un médico tiene que robar Valium para salvar a su madre. Y mientras, el sistema premia al poli guapo que no sabe ni por dónde le da el aire. Vergüenza."

La opinión pública no quería justicia; quería un culpable. En menos de seis horas, Pol Casals había pasado de ser el "agente modelo" a ser el rostro de la incompetencia policial. Los programas de debate ya no hablaban del robo de fármacos ni de la coartada de las cámaras; solo hablaban de un cuerpo una vez más pisoteado y de un asesino que, gracias a la "benevolencia" de un inspector novato, seguía acechando las noches de Madrid.

Pol sentía ese vacío en el pecho mientras conducía. No tenían lo que querían. Y él, ahora, solo tenía una dirección posible.

Parque de Berlín

Era la segunda vez que venía a ese parque en dos días. No porque me gustara, sino porque no podía ir más lejos. Aún no. Tenía la mirada fija en el oso. Símbolo de la ciudad. Un animal que pelea, que resiste, pero que se vuelve frágil cuando hiberna. Eso necesitaba yo. Hibernar.

Samantha apareció a lo lejos con su caminar rítmico. Traía dos vasos de café en las manos. Supo cuál era el mío antes incluso de tenderlo.

—Café con leche. Fuerte. De almendras —dijo, intentando forzar una normalidad que no existía. —Gracias —respondí en voz baja.

Se sentó a mi lado con cuidado, como si temiera invadir mi espacio. Dejó el bolso en el banco y me miró de frente, sin pestañear.

—Quiero ayudar de alguna manera —soltó de pronto—. En cierta parte, me siento responsable de todo esto.

—Ya hay gente que se está encargando de eso, Sam. No metas más leña al fuego. Bastante tenemos ya con lo que ha pasado.

Samantha dio una palmada contra su muslo, frustrada. El gesto me recordó a las tardes de tensión en la oficina, cuando los expedientes de Extranjería se acumulaban y el sistema se colgaba.

—Te lo digo en serio, Álex. He estado buscando posibles conexiones con las víctimas en la oficina. He entrado en la base de datos del Ministerio.

La miré de reojo. Los dos sabíamos que rastrear archivos fuera de protocolo era jugar con fuego, especialmente trabajando donde trabajábamos.

—¿Y? —pregunté, incapaz de frenar la curiosidad.

—Nada. Absolutamente nada. No hay un nexo común evidente entre ellos. Lo único extraño es que el último, Julián Paredes, tenía pendiente la resolución de la nacionalidad desde hacía semanas. El expediente estaba bloqueado por una incidencia técnica que no tiene sentido.

—Vale, pero… no sé. No quiero saber nada más del caso. De verdad, Sam. Solo quiero que mi cabeza deje de proyectar esas

imágenes.

Samantha se resignó. Entendió que yo estaba lo suficientemente cargado y que no me convenía seguir escarbando en la herida abierta. El silencio volvió a nosotros, solo interrumpido por el sonido del tráfico lejano de Madrid.

—Lo siento —susurró—. Es que… me siento culpable y quiero ayudar. Siento que, si encuentro el porqué, podré compensar esa llamada.

Me dio la mano. Sus dedos estaban fríos, contrastando con el calor del café que aún sostenía con la otra. En ese gesto recordé por qué compartíamos despacho en el Ministerio: los dos éramos especialistas en buscar errores en la vida de los demás para darles un papel legal en este país. Ahora, el error era yo.

—No me debes nada, Sam —dije, apretando su mano levemente —. Solo quédate aquí un rato. Sin hablar de expedientes. Sin hablar de muertos.

Nos terminamos el café sin hablar más. Solo mirando al oso, quien parecía que era el único que podía sonreír en todo Madrid.

Esa sonrisa de piedra, impasible al paso de los coches y a las tragedias de los que nos sentábamos a sus pies, se convirtió en mi único refugio durante aquellos minutos.

Rincón de Juanpe

Pol no solía beber allí. La luz pesaba. Las caras eran demasiado conocidas. Las preguntas se quedaban dentro. Pero esa noche no tenía fuerzas para ir más lejos.

El bar estaba a media luz. Uniformes desabrochados. Corbatas flojas. Risas cortas que morían rápido. En la televisión, un partido sin sonido. Pol ocupaba un taburete al fondo, de espaldas a la barra. El hielo de su vaso se había convertido en agua.

No recordaba la última vez que había pedido un güisqui.

Roldán estaba a dos mesas. Rodeado de agentes. Hablaba. Gesticulaba. Reía con esa facilidad que Pol envidiaba y despreciaba a partes iguales. En algún momento, las miradas se cruzaron.

Roldán no sonrió. Tampoco apartó la vista.

Pol bebió un trago largo. El alcohol le quemó la garganta. No estaba acostumbrado. Había cometido un error. No uno técnico, de esos que se corrigen en el juzgado. Uno de los que no aparecen en los informes.

Había encerrado a un inocente creyendo que hacía lo correcto. Eso era lo que escocía.

Pidió otro sin mirar al camarero. El móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó con desgana.

Álex. El nombre le resultó extraño fuera de un expediente. Abrió el mensaje.

No sé si debería escribirte, pero… ¿estás bien?

Pol se quedó mirando la pantalla. El ruido del bar continuó. Las risas. El tintineo de los vasos. El partido mudo. No supo qué decir.

Apoyó el móvil boca abajo sobre la barra. Bebió. Entendió algo que no le enseñaron en la academia: no existe un protocolo para pedir perdón cuando ya es tarde.

Sostuvo el teléfono otra vez. Tecleó despacio. Borró. Volvió a escribir. Al final, dejó solo una frase:

¿Podríamos vernos?

No explicó nada. No pidió permiso. Envió el mensaje y soltó el móvil como si quemara.

Roldán seguía allí, bajo la luz mortecina. Volvió a mirarlo. Esta vez Pol no sostuvo la mirada. Pagó, se puso la chaqueta y se levantó.

Sintió los ojos de Roldán clavados en su nuca mientras cruzaba el umbral. El inspector lo observaba con el ceño fruncido, intuyendo que Pol no solo estaba saliendo del bar.

Estaba saliendo del redil.

Sofá de Álex

Estaba en el sofá cuando vibró el móvil. Lo supe antes de mirarlo. Ese tipo de presentimiento que no tiene lógica, pero acierta.

Pol Casals.

Leí el mensaje. Dos veces.

¿Podríamos vernos?

El pecho se me cerró. No quería verlo. Y, al mismo tiempo, me aterraba seguir solo. Pensé en ignorarlo. Pensé en dormir. Mis dedos no esperaron a que mi cabeza decidiera.

Sí. Ven si quieres.

Me arrepentí antes de soltar el móvil. Ya era tarde.

Pasaron treinta y cinco minutos. Mi corazón golpeaba contra las costillas como si quisiera huir. Cuando sonó el timbre, la culpa ya me llegaba al cuello.

Abrí. Pol estaba desarmado. El pelo revuelto. La chaqueta mal puesta. Ojos de alguien que ya no tiene donde apoyarse.

—Gracias —dijo—. No sabía a quién más…

No terminó la frase. Se sentó en el borde del sofá, rígido, sin quitarse la chaqueta.

—No sé por dónde seguir —soltó al cabo de un momento—. Este caso… No sé si valgo para esto.

No hablaba el detective. Hablaba un hombre a punto de rendirse.

—He visto cosas con lo del nuevo sospechoso —dije, desviando la vista hacia la mesa—. Supongo que una investigación es así. —No es solo eso. Es como si el asesino supiera dónde voy. Qué hago. Qué pienso. Todo el tiempo. —Se llevó las manos a la cara, resignado—. Le hemos arruinado la vida a otra familia. —Como me la hicisteis a mí.

La frase flotó en el aire. Sentí cómo terminaba de romper lo poco que quedaba de él.

—¿Y si no lo encontramos nunca? —preguntó Pol—. ¿Y si sigue matando? —Siempre aparece —dije—. Tarda. Duele. Pero siempre aparece.

Me miró. No era una mirada de policía; era la de un náufrago.

—Creo que eres buen detective —añadí—. Aunque ahora no lo veas.

No sé por qué lo dije. No sé si fue el cansancio. O la forma en que me miraba, como si yo fuera la única pared firme en una casa que se derrumba.

Pol se inclinó y me besó.

Fue un choque breve. Torpe. Sin dirección. Me quedé helado, con el aire retenido en la garganta. Él se apartó casi de inmediato.

—Lo siento —dijo—. No sé por qué…

Ya estaba de pie. Manoteó las llaves. La chaqueta. El móvil.

—No debería haber venido.

No supe qué contestar. Mi voz se había quedado atrapada en ese beso sin sentido. Abrió la puerta, dudó un segundo y se marchó.

Me quedé solo. El silencio volvió a ocupar su sitio, más pesado que antes. Entendí que hay errores que no se pueden corregir. Y que ahora, además de un caso, compartíamos una herida.

***

Samantha me llamó a las seis de la mañana mientras estaba sentado en el borde de la cama, con los pies en el suelo y la vista fija en la ventana.

No dije nada cuando contesté. Ella tampoco. Solo nos escuchábamos respirar el uno al otro.

Pasó un minuto largo.

—Ha vuelto —dije al fin.

Samantha no se movió.

—¿Cuándo?

—Esta noche. O esta madrugada. No sé.

—¿Qué viste?

No era una pregunta. Era una forma de abrir la puerta sin forzarla.

Cerré los ojos un segundo. El pasillo volvió. La forma de caminar. Esa precisión sin prisa que no se improvisa.

—Un hotel. Una suite. Un hombre muerto en un escritorio. —Hice una pausa—. Y quien lo hizo.

Samantha se tensó apenas.

—¿Viste la cara?

—No. —Negué despacio—. Pero lo vi moverse. —Busqué las palabras—. Hay algo en cómo ocupa el espacio. Como si supiera exactamente cuánto sitio necesita. Sin prisa. Sin dudas. Como alguien que ha hecho esto antes y sabe que no va a cometer errores.

Samantha abrió la aplicación de notas de su teléfono.

—¿Algo más?

—El reloj. Las 0:31. Y una mano con guante oscuro. La izquierda. En ella había algo que brillaba, un reloj quizá, no lo sé.

Lo anotó todo sin decir nada. Cuando terminó, se quedó mirando la pantalla un segundo.

—Álex.

—No.

—Solo escúchame.

—He dicho que no.

—No voy a llamar a nadie —dije—. No después de lo que pasó.

Samantha colgó. No insistió.

Me quedé mirando la ventana con el teléfono en la mano. Fuera, Madrid empezaba a moverse.

No le había pedido que no hiciera nada con lo que le había contado.

TERCER ACTO

Hechos

El tercer inocente

Madrid arrancaba la semana con su rutina habitual: atascos interminables, bocinas impacientes, gente caminando deprisa con ese miedo cotidiano a llegar tarde.

Pero a dos calles del Retiro todo parecía apagarse en silencio.

Las sirenas de los coches policiales y de la ambulancia rebotaban entre las fachadas elegantes de uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad. Tras el cordón, algunos vecinos se agolpaban con el móvil en alto, grabando sin decir nada, como si asistieran a un espectáculo ajeno, algo que no les correspondía comprender.

El Mercedes de Pol se detuvo frente a la cinta policial.

Aún no había prensa.

La fachada hizo que levantara la vista. Siempre le había llamado la atención aquel edificio. El nivel de cuidado en cada baldosa, cada columna, cada corte en la pared era milimétrico, casi obsesivo.

Dentro, todo era diseño y control.

Blancos, grises, negros. Una recepción moderna, aséptica, que resultaba incómoda en contraste con el exterior. Superficies impecables. Espacios pensados para no dejar huella.

—Inspectores, buenos días —saludó Silvia al acercarse—. La víctima está arriba. Suite presidencial.

—¿Has entrado ya? —preguntó Roldán marcando terreno.

—No. Estaba esperándoles y acordonando la zona.

El ascensor subió hasta el ático sin el menor ruido, sin una vibración, sin una queja. Al salir, dos agentes custodiaban la puerta.

La habitación estaba ordenada en exceso. No limpia: ordenada. Como si alguien hubiera decidido con calma qué debía quedar a la vista y qué no. La moqueta amortiguaba los pasos. Las cortinas, corridas a medias, dejaban pasar una luz gris, indefinida, que no terminaba de ser ni día ni noche.

El hotel estaba en pleno centro, pero allí arriba no se oía Madrid. Solo el zumbido constante del aire acondicionado.

El cuerpo yacía sobre un escritorio, con la cabeza apoyada en la mesa y la mirada perdida en una esquina, con una mano colgando hacia el suelo. No había signos de lucha. Ningún objeto fuera de lugar. El vaso que yacía en una mesita auxiliar, intacto, sin terminar.

Silvia se había quedado quieta desde que entraron. Tenía los ojos fijos en el cuerpo. Los labios apretados. Una palidez que no era de luz fría sino de algo más profundo.

Pol lo notó, pero no dijo nada. Siguió con el agente.

—¿Cámaras?

—En los pasillos, ascensores y accesos. Dentro de la habitación no.

Cuando se giró para darle la orden de las grabaciones, Silvia ya no estaba.

Roldán lo observó salir detrás de ella con una media sonrisa que no llegó a hacerse del todo.

La encontró en el baño del pasillo, con las manos apoyadas en el lavabo y el grifo abierto. No vomitaba ya. Solo respiraba.

Pol cerró la puerta despacio.

Ella no se giró. Solo dijo:

—Es el primero.

Pol tardó un segundo en responder.

—¿El primero?

—De verdad. —Levantó la vista al espejo—. He visto fotos. Informes. Escenas reconstruidas. Pero así...

No terminó la frase.

Pol se acercó despacio y le apartó el mechón que le caía por la cara. Sin hacer ruido.

—Siempre hay uno —dijo—. Y no todos lo llevamos igual.

Silvia se enjuagó la boca. Se irguió. Comprobó su reflejo como si necesitara confirmar que seguía siendo ella.

—No se lo digas a Roldán —dijo.

—Ya lo sabe —respondió Pol.

—Mejor todavía. —Se giró hacia la puerta—. Que piense que me ha ganado algo.

En el pasillo, el silencio resultaba incómodo para aquella hora. Un empleado del hotel aguardaba a unos metros, con la

espalda recta y las manos cruzadas. No miraba hacia la habitación. Miraba al suelo.

—¿Registro de accesos? —preguntó Pol.

—Lo estamos revisando, señor.

Volvió al interior.

Roldán seguía junto a la ventana. Esta vez sí se giró.

—No perdamos tiempo —dijo—. Aquí no hay nada personal.

Pol sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—Eso lo decidiremos luego.

Se acercó despacio al cuerpo. La alfombra estaba intacta. No había huellas visibles ni marcas evidentes. El cuerpo parecía colocado, no abandonado. Como si alguien hubiera corregido el gesto final.

Miró alrededor.

La habitación era de alta gama. Excesivamente cara como para improvisar nada. Líneas rectas, superficies limpias, olor neutro. Un espacio diseñado para que nada dejara rastro.

—¿Identificación? —preguntó Pol.

Uno de los agentes consultó una tableta.

—Nombre confirmado. Javier Montero. Cincuenta y ocho años. El número dos de una aseguradora.

Pol asintió despacio.

—¿Cuál?

El agente dudó un instante.

—SegurNova.

El silencio fue inmediato.

Pol giró la cabeza.

Roldán seguía junto a la ventana. No se había movido, pero algo en su postura había cambiado. Apenas perceptible. Los hombros tensos. La mandíbula rígida. Miraba el cristal como si no estuviera viendo la ciudad, sino otra cosa.

—¿Te suena? —preguntó Pol, con tono neutro.

Roldán tardó un segundo más de lo habitual en responder.

—A todo el mundo le suenan las aseguradoras —dijo al fin.

No era una respuesta. Era una forma de cerrar el tema.

—No parece un crimen —comentó alguien a la espalda de Pol.

Él no respondió.

Horas después, en una sala del hotel habilitada como centro de trabajo, revisaron un primer volcado rápido de las imágenes.

No las de la habitación.

Las de los pasillos.

El técnico avanzó el vídeo. Normal. Más despacio. Atrás.

No se veía un rostro. No se distinguía un cuerpo completo. Solo una silueta cruzando el plano durante unos segundos. Oscura. Recta. Sin prisa. La forma de caminar era firme, casi indiferente.

—¿Eso es todo? —preguntó Pol.

—Es lo único claro —respondió el técnico—. Las cámaras del ala oeste estuvieron fuera de servicio quince minutos.

—¿Motivo?

—Mantenimiento programado.

Roldán soltó una risa breve, seca.

—Siempre pasa algo —dijo.

Volvieron a ver la imagen.

La silueta entraba en el plano.

La silueta salía.

Nada más.

—Aquí hay algo —dijo Silvia desde el fondo de la habitación.

Estaba agachada junto a una estantería baja, apartando un libro caído.

En el suelo, casi oculto por la sombra del mueble, había un reloj. Un Patek Philippe.

Dorado. Pesado. Sin correa.

—¿Es de la víctima? —preguntó Pol.

Silvia negó despacio.

—No estaba en la muñeca.

Pol lo observó unos segundos.

—Que lo embolsen y lo marquen como prueba.

Silvia cerró la bolsa con cuidado y la dejó sobre la mesa.

Nadie dijo nada.

La suite volvió a quedar en silencio, como si nada hubiera ocurrido allí.

Pol miró una última vez el reloj. Seguía funcionando.

Luego salió.

La imagen

La sala de informática estaba en penumbra cuando Pol entró.

Varias pantallas encendidas, el zumbido constante de los servidores, técnicos moviéndose sin alzar mucho la voz. Nada parecía urgente y, sin embargo, todo lo era. Silvia estaba frente a una de las pantallas, inmóvil, con los brazos cruzados.

—Es esto —dijo sin girarse.

En la imagen, granulada y ligeramente torcida, una figura cruzaba el plano durante apenas unos segundos. No se veía el rostro. Tampoco el cuerpo entero. Solo una silueta oscura avanzando por el pasillo del hotel.

—Ponlo otra vez —dijo Pol.

La grabación volvió a empezar.

La figura aparecía desde un lateral del encuadre, caminaba recta, sin acelerar el paso, y desaparecía por el otro extremo. No miraba alrededor. No dudaba. No corregía la trayectoria.

—No corre —apuntó uno de los técnicos.

—No lo necesita —respondió Pol.

Observó la imagen con atención. La silueta evitaba ciertos tramos del pasillo. No se detenía frente a las puertas. No pasaba por debajo de los focos más directos. Avanzaba por la zona de sombra, como si conociera de antemano qué partes del recorrido quedaban fuera del ángulo de las cámaras.

—Sabe dónde están —dijo Silvia.

Pol asintió.

—Y sabe dónde no estar.

Pidió que retrocedieran unos segundos. Luego otros más. Volvió a avanzar la imagen fotograma a fotograma. No había gestos innecesarios. No había nervios. Cada movimiento parecía calculado.

—No improvisa —dijo uno de los técnicos—. Esto está pensado.

—Pensado y repetido —corrigió Pol.

La palabra quedó flotando en el aire sin que nadie la discutiera.

El comisario apareció en la puerta sin anunciarse. Observó la pantalla unos segundos antes de hablar.

—¿Eso es todo lo que tenemos?

—Es lo que hay —respondió Pol—. No es mucho, pero dice cosas.

—¿Qué cosas?

Pol no apartó la vista de la imagen.

—Tres: sabe lo que hace, no deja nada al azar y que conoce los espacios.

El comisario asintió lentamente.

—¿Es suficiente?

—Para entender cómo actúa, sí —dijo Pol—. Para saber quién es, no.

El comisario se cruzó de brazos.

—Filtrad la imagen.

Pol giró la cabeza.

—¿A la prensa?

—A la prensa —repitió—. Que se hable de una figura. De alguien que se mueve con seguridad. Que circule.

—Eso puede alertarlo —dijo Silvia.

—Eso es lo que quiero —respondió el comisario—. Quiero saber si comete un error cuando sabe que lo están mirando.

Se giró hacia la puerta.

—No digáis nada más. Que la imagen haga su trabajo.

Salió sin esperar respuesta.

Pol volvió a fijarse en la pantalla.

La silueta avanzaba sin prisa, sin miedo, como si aquel pasillo le perteneciera.

—No está huyendo —dijo en voz baja.

—No —respondió Silvia—. Está pasando.

Pol apagó la pantalla.

Y por primera vez desde que empezó el caso, tuvo la certeza de que no estaban persiguiendo a alguien desordenado, ni impulsivo, ni torpe.

Estaban siguiendo a alguien que sabía exactamente lo que hacía.

Lo que no puedo contar

No tenía claro qué era exactamente lo que había visto la noche anterior.

Solo sabía que no podía contarlo otra vez.

Había sido tan real como las otras. Quizá un poco más.

No por lo que ocurrió, sino por lo que quedó después.

Ese brillo.

Esa luz fuera de lugar.

Como un faro encendido en mitad de la niebla, señalando algo que aún no sabía nombrar.

Me daba miedo abrir las redes sociales o encender la televisión.

No por lo que pudieran decir, sino por confirmar que no había sido solo mío.

Puse el móvil en modo avión.

La cafetera resonaba en la cocina mientras preparaba el primer café del día. El sonido me pareció alto en el silencio del piso. Me apoyé en la encimera, esperando a que terminara, observando cómo el vapor subía despacio, sin prisa.

Intenté no pensar.

No en la habitación. No en el hombre. Ni siquiera en la hora.

El café cayó en la taza. Oscuro. Espeso. Normal.

Todo parecía normal.

Di un sorbo y noté el pulso acelerado en la garganta. No estaba nervioso. Estaba alerta. Como si el cuerpo hubiera decidido no bajar la guardia por su cuenta.

Me vestí sin mirarme al espejo.

Cogí las llaves. La cartera. El portátil.

Antes de salir, dudé un segundo frente a la puerta.

No recordaba la última vez que me había sentido tan observado sin que hubiera nadie.

En la calle, el ruido volvió de golpe. Coches. Voces. Pasos. La gente caminaba deprisa, cada uno atrapado en su propia urgencia.

Yo no.

En el metro noté las miradas. O quizá las imaginé. Nadie decía nada, pero tenía la sensación constante de estar fuera de sitio, como

si llevara algo escrito en la cara que los demás podían leer.

En la oficina fue peor.

Algunos levantaron la vista cuando entré. Otros hicieron como que no me habían visto. Nadie preguntó cómo estaba. Nadie mencionó nada. El silencio era una forma de distancia que ya conocía bien.

Entré en el despacho de mi jefe sin sentarme.

—Necesito unos días —dije—. No estoy bien.

No pidió explicaciones. Asintió despacio, con esa mezcla de incomodidad y alivio que aparece cuando el problema deja de ser tuyo.

—Tómate el tiempo que necesites.

Salí sin darle las gracias.

En el pasillo saqué el móvil del bolsillo. Seguía en modo avión. Dudé unos segundos antes de desactivarlo.

Las notificaciones entraron todas a la vez.

Mensajes.

Alertas.

Titulares.

Uno de ellos se quedó fijo en la pantalla.

No tuve que abrirlo para saberlo.

La postura.

El café me revolvió el estómago.

Guardé el móvil.

Di media vuelta.

Y supe, sin necesidad de pensarlo más, que tenía que ir a ver a Pol.

En serie

La sala de autopsias siempre dejaba a Pol con un mal sabor de boca.

El olor a formol mezclado con lejía era difícil de asumir, incluso para alguien que llevaba años entrando y saliendo de lugares peores. El cuerpo nunca terminaba de acostumbrarse.

Era la tercera vez que estaba allí en cinco días.

Tres vidas arrebatadas.

David los esperaba junto a la mesa de metal, el cuerpo cubierto hasta el cuello. Llevaba los guantes puestos y tenía una expresión más cansada de lo habitual.

—Hola, chicos —dijo, dejando el bisturí a un lado—. Justo acabo de cerrarlo.

—Joder, David —gruñó Roldán—. No seas tan gráfico.

Pol soltó una risa breve, incómoda. Nadie estaba para bromas.

David asintió y volvió al tono profesional.

—Vamos al grano. El cuerpo presenta signos de defensa aquí y aquí —señaló dos hematomas en el brazo izquierdo—. No muchos, pero los suficientes.

Pol frunció el ceño.

—¿Intentó resistirse?

—Sí —respondió David—. Pero no durante mucho tiempo.

Roldán levantó la cabeza.

—Explícate.

David señaló el brazo, cerca del pliegue del codo.

—Aquí hay un pinchazo reciente. No es médico. Es forzado.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Benzodiacepinas.

Pol respiró hondo.

—¿Como en el anterior?

—Igual —dijo David—. Misma sustancia, misma pauta. No hay variación.

Roldán cerró los ojos un instante.

—Entonces no son casos aislados.

—No —confirmó David—. Es la misma persona.

El silencio se instaló en la sala.

—Tenemos un asesino en serie —dijo Pol—. Ya no hay discusión.

David asintió.

—Y eso cambia el marco del caso.

Roldán apoyó las manos sobre la mesa.

—La presión va a ser inmediata.

—Ya lo está siendo —respondió David—. La prensa ha empezado a llamar esta mañana.

Pol levantó la vista.

—¿Con qué nombre?

David se quitó los guantes con calma.

—El asesino que duerme.

A Pol no le gustó.

—No ayuda.

—No —admitió David—. Pero tranquiliza. Hace pensar que no puede pasarle a cualquiera.

Pol miró el cuerpo una última vez.

Sabía que esa idea no iba a durar.

Salieron de la sala sin decir nada.

El pasillo estaba frío, muy bien iluminado, con ese blanco que no favorece a nadie. El suelo brillaba como recién fregado, pero el olor seguía ahí. Siempre seguía ahí.

Caminaron juntos hasta el ascensor.

—El nombre no me gusta —dijo Pol, rompiendo el silencio—. "El asesino que duerme".

Roldán esbozó una mueca que no llegó a ser sonrisa.

—A la prensa le encanta —respondió—. Suena inofensivo.

—No lo es.

—Claro que no —dijo Roldán—. Pero tranquiliza.

Miró al frente.

—La gente duerme mejor cuando cree que el monstruo también lo hace.

Pol lo observó de reojo.

—No es un monstruo —dijo—. Es alguien que decide.

Roldán asintió despacio.

—Por eso el nombre funciona. Convierte decisiones en cuentos.

Hizo una pausa.

—Y mientras tanto, nadie mira de verdad.

El ascensor llegó con un timbrazo seco. Las puertas se abrieron.

Antes de entrar, Roldán añadió:

—Dormir siempre ha sido una buena forma de no hacerse responsable de nada.

Las puertas se cerraron.

Pol se apoyó en la pared metálica mientras el ascensor descendía con un zumbido constante. Dejó que el ruido le llenara la cabeza.

Tres muertos.

Tres escenas distintas.

Todo controlado. Sin flecos. Casi perfecto.

No había arrebatos. No había improvisación. Todo parecía pensado para que resultara inevitable, como si la violencia fuera solo el último paso de algo decidido mucho antes.

Eso era lo que más le inquietaba.

No el cómo.

El cuándo.

El asesino sabía esperar.

Pensó en la primera escena. En la postura. En el tiempo exacto.

Luego en la segunda. En la calma. En la forma de tocar el cuerpo sin prisa.

Y ahora esto.

No había errores.

Solo elecciones.

El ascensor se detuvo con un golpe seco. El pasillo del sótano estaba vacío, inmóvil, con esa luz que no cambia nunca. Caminaron hacia la salida sin hablar.

Pol repasó mentalmente lo que tenía.

Lo que no tenía.

Y lo que no encajaba.

El reloj.

Demasiado expuesto para ser un descuido y limpio para ser casual. No era una pista. Era una declaración. Alguien quería que lo encontraran. No para que lo siguieran, sino para que supieran que iba por delante.

Eso tampoco era nuevo.

Había visto esa misma sensación en los ojos de Álex. No soberbia. No miedo puro. Algo más incómodo. Como si supiera cosas que no quería saber. Como si cargara con algo que nadie le había pedido.

Álex no encajaba en el caso.

Y, aun así, el caso parecía girar alrededor de él.

—Tenemos que acotar —dijo Pol al fin—. No por perfiles. Por vínculos.

Roldán asintió sin mirarlo.

—Gente con acceso —continuó Pol—. A sedantes, a información, a tiempo. A lugares donde nadie hace preguntas que no debe.

—Y motivos —añadió Roldán.

Pol tardó un segundo más de lo habitual en responder.

—No siempre —dijo—. A veces basta con convencerse de que se tiene razón.

Roldán no contestó.

Ya fuera, el aire frío les golpeó la cara. Pol se quedó mirando la calle unos segundos antes de ir hacia el coche. Pensó en Álex otra vez. En cómo había dicho tengo miedo de dormir. No como una metáfora. Como un hecho.

Había algo ahí.

Algo que aún no sabía cómo usar.

Pero tenía clara una cosa: cuando alguien tiene tanto miedo de cerrar los ojos, no suele estar inventando nada.

Y eso, le gustara o no, lo iba a meter más hondo en el caso.

Expuesto

Salí a la calle sin rumbo durante unos minutos. El cuerpo necesitaba moverse, aunque la cabeza no supiera adónde ir. Antes de bajar al metro me puse una gorra. No suelo llevarlas. Siempre me han parecido ajenas, como si estuviera disfrazándome. Y, además, creo que me quedan mal.

Aun así, me la ajusté y bajé la visera.

El andén estaba lleno. Demasiado. Cuando llegó el tren me metí en el vagón y me apoyé junto a la puerta, intentando no tocar a nadie. El aire estaba cargado, espeso, con ese olor a ropa húmeda y cansancio acumulado que no se va ni con las ventanas abiertas.

A mi izquierda, dos hombres hablaban sin bajar la voz.

—Dicen que es el tercero ya.

—Sí. Un directivo, por lo visto.

No los miré. No hacía falta.

Más adelante, un par de chavales tenían el móvil en alto, pasando titulares con el dedo. Fotos borrosas. Fachadas reconocibles. Cintas policiales. El mismo nombre repetido una y otra vez.

El asesino que duerme.

Sentí un vuelco en el estómago. No por el crimen, sino por la forma de decirlo. Por lo fácil que parecía pronunciarlo. Como si ponerle un nombre fuera una manera de mantenerlo lejos.

Bajé la cabeza un poco más. La gorra me ayudaba a eso. A no cruzar miradas. A fingir que solo estaba cansado.

En la siguiente parada cambié de vagón. No sirvió de nada. Las pantallas seguían ahí. Los comentarios también. Una mujer enseñaba una imagen a su acompañante, ampliándola con dos dedos.

—Mira, aquí encontraron el cuerpo.

Aparté la vista. El pulso empezó a acelerarse. Las manos me sudaban. Esa sensación previa, conocida, de que algo se estaba saliendo de sitio. La respiración corta. El pensamiento dando vueltas sobre lo mismo.

No era solo lo que decían.

Era que lo que decían encajaba bastante.

Bajé dos paradas antes de la mía. Subí las escaleras casi corriendo y salí a la calle con la sensación absurda de que todo el mundo sabía algo que yo no debía saber.

Caminé un rato sin mirar atrás. A mitad de manzana me detuve. Saqué el móvil y lo sostuve unos segundos sin desbloquearlo. No tenía a quién llamar. No de verdad.

Pensé en Pol.

No como inspector.

Como la única persona que no me había mirado como si estuviera exagerando.

Marqué su número.

—¿Alex? —contestó enseguida.

—Tengo que verte —dije—. Ahora.

—¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

—Lo he visto otra vez —respondí—. Y ya no puedo guardármelo.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Dónde estás?

Miré alrededor. La calle. Las luces. Gente pasando sin verme.

—Cerca de casa —dije—. Pero no quiero entrar.

—Te mando ubicación —respondió—. Ven.

Colgué antes de arrepentirme.

Mientras caminaba, entendí algo que me dio más miedo que la visión: no estaba llamando porque tuviera pruebas. Estaba llamando porque ya no confiaba en nadie más.

Refugio

La calle donde vivía Pol era tranquila incluso para esa hora. Pinar del Rey tenía ese tipo de silencio que no es ausencia de ruido, sino acuerdo tácito. Coches aparcados, adosados discretos y luces cálidas que no molestaban a nadie. Un barrio donde las cosas no pasan. Y, cuando pasan, no se comentan.

Caminé despacio por la acera, con la gorra calada más de lo habitual. No porque creyera que alguien me iba a reconocer allí, sino porque el gesto me ayudaba a bajar la cabeza. A no sentirme tan expuesto.

Las ventanas estaban cerradas en su mayoría. En algunas se veía la televisión encendida, sombras moviéndose con normalidad. Vida ordenada. Rutinas intactas. Todo lo contrario, a lo que llevaba encima.

Me detuve frente al portón y miré el número para asegurarme. No había prisa. Tampoco ganas de tocar el timbre. Pensé en dar media vuelta. No por valentía, sino por agotamiento.

Su casa pertenecía a un residencial cerrado, de esos con setos bien cuidados y suelo siempre limpio. Pulsé el botón del telefonillo y el sonido retumbó fuerte en la calle vacía.

Un segundo después, su voz.

—Ya voy.

Nada más.

Me quedé allí de pie, sin saber qué hacer con las manos. Miré el reflejo de la pantalla del móvil. La gorra seguía calada. Me la ajusté por pura inercia. El silencio volvió a instalarse, espeso, solo roto por algún coche lejano.

Pensé en irme.

No lo hice.

Escuché pasos al otro lado, primero apagados, luego más claros. La puerta se abrió y Pol apareció en el marco, todavía con ropa de casa. Una camiseta de entrenar ajustada, oscura, marcando unos hombros que no recordaba tan anchos. El cuerpo de alguien que se cuida porque lo necesita, no por vanidad. Pantalón cómodo. Zapatillas.

Me quedé mirándolo más tiempo del normal.

No por deseo.

Por contraste.

Parecía anclado a algo sólido. Presente. Real. Todo lo que yo no estaba siendo en ese momento.

—Pasa —dijo, apartándose.

Crucé el umbral sin responder. El gesto fue torpe, como si el cuerpo llegara con retraso a la decisión. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, el ruido sonó definitivo.

Definitivo de más para ser solo una visita.

Pol me observó un segundo más, evaluando sin invadir.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

Y esa vez no intenté corregirme.

La casa estaba en calma cuando entré. No había ruidos innecesarios ni movimiento, solo ese fondo constante que tienen los sitios habitados de verdad. La planta baja era amplia, limpia, sin exceso de nada. Muebles claros, líneas sencillas, todo en su sitio. No había decoración superflua ni rastros de prisa.

Sentí algo parecido a alivio. Breve. Casi incómodo.

Sonaba música baja desde algún punto de la casa. Tardé un segundo en reconocerla.

I want to know what love is.

No sabía si estaba puesta a propósito o si simplemente había quedado ahí, sonando sin que nadie le prestara atención. En cualquier caso, encajaba bastante bien para ser casual.

Pol dejó las llaves en una bandeja junto a la entrada. Al lado estaba la placa, apoyada sin cuidado, como si fuera una más. Metal apagado. Uso diario.

La miré un segundo más de lo necesario.

No me incomodó. Me tranquilizó.

Y eso me inquietó todavía más.

Seguridad, pensé. O algo que se le parecía en demasía.

Pol pasó de largo, sin darse cuenta de que yo seguía allí, mirando. Se movía por la casa con naturalidad, como si el espacio le devolviera algo que fuera suyo.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó desde la cocina—. Agua, cerveza, lo que sea.

Me quedé de pie, sin saber muy bien dónde ponerme.

—Lo que tengas —dije.

No porque lo quisiera. Porque decir que no me habría exigido más energía de la que tenía.

Me senté en el sofá mientras él abría la nevera. El tejido estaba frío, firme. Me apoyé hacia atrás y dejé caer la cabeza unos segundos. El cuerpo respondió antes que la cabeza, soltándose apenas.

Pol volvió con un vaso y me lo tendió sin decir nada. Lo acepté y di un sorbo pequeño. No tenía sed, pero el gesto ayudaba. Anclaba.

La música seguía ahí, discreta, sin imponerse.

—Puedes dejar la gorra si quieres —dijo Pol—. Aquí no hace falta.

Me la quité despacio y la dejé a mi lado.

Por primera vez en todo el día, el pecho dejó de dolerme un poco.

Pol se sentó a mi lado con un té helado. La música seguía sonando como un hilo que no se acaba. Cruzó las piernas y se recostó en el sillón.

Pasaron unos largos segundos incómodos. Quizás más de los que yo creía.

—No sé por donde empezar—lo dije mirando al suelo con la vista perdida en la baldosa.

Pol asintió despacio.

—No pasa nada —dijo—. No hay prisa.

Tragué saliva.

—He ido a la oficina a pedir unos días libres. Todo el mundo me miraba, Pol. Nunca me había sentido así. Perseguido.

No respondió. Ni un gesto.

—Luego, en el metro… —seguí—. Esos chavales hablando del crimen. Las fotos circulando como si nada.

Esta vez sí me miró. No como policía. Como alguien que estaba escuchando de verdad.

—Por eso estoy aquí.

Pol se inclinó un poco hacia delante.

—Cuéntame lo que puedas —dijo—. Lo demás, si hace falta, vendrá después.

Me llevé las manos a la cabeza, intentando no romper a llorar.

—Me llevé las manos a la cabeza y me quedé así un momento, respirando como podía. El impulso de venirme abajo estaba ahí, claro. Fuerte. Insistente. Pero no le dejé pasar.

No todavía.

—No quería llamarte —dije al fin, con la voz más baja de lo que esperaba—. He estado todo el día luchando contra mí mismo para llegar a casa, pero no pude.

Pol no respondió. Seguía ahí, inclinado hacia delante, sin meter prisa, sin buscarme los ojos.

—He intentado hacer vida normal —continué—. Trabajar. Comer. Volver a casa. Como si nada de esto estuviera pasando.

Negué despacio.

—Pero no puedo. No hoy.

Me solté las manos y las dejé caer sobre las rodillas. Me temblaban un poco. No las escondí.

—Anoche volvió a pasar.

Pol alzó apenas la cabeza, lo justo para indicarme que estaba ahí.

—No como antes —seguí—. Fue… más claro. Más cerca.

Tragué saliva.

—Y no dije nada. A propósito.

Eso sí lo miró.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque ya sé lo que pasa cuando hablo. Porque tengo miedo de que vuelva a costarme todo.

Hice una pausa.

—Porque tengo miedo de no poder soportarlo otra vez.

El silencio se instaló entre los dos. Esta vez no pesaba. Sostenía.

—Pero hoy —añadí— me he dado cuenta de algo.

Pol esperó.

—No quiero seguir viviendo así. Esperando a que pase. Esperando a despertarme peor.

Levanté la vista por primera vez.

—No quiero ser solo el tipo al que le ocurre esto.

Pol asintió despacio.

—Y no lo eres —dijo—. Estás aquí.

Respiré hondo. No porque me calmara, sino porque lo necesitaba para seguir.

—No sé ayudarte como necesitas —continué—. No sé qué hacer con lo que veo.

Negué otra vez.

—Pero sí sé que no puedo hacerlo solo.

Pol no dudó.

—No tienes que hacerlo —respondió—. No aquí.

Esa frase no me arregló nada.

Pero me dio algo a lo que agarrarme.

Y por primera vez desde que todo empezó, no me sentí una carga.

Me sentí presente.

Respiré hondo antes de seguir. No porque estuviera listo, sino porque no quería echarme atrás.

—Puedo intentar describirlo —dije—. Por si te sirve.

Pol no respondió de inmediato. Asintió despacio, como dando permiso.

—No fue confuso —continué—. Eso es lo que más me asusta.

Bajé la mirada un segundo.

—No había caos. Todo estaba… decidido.

Me obligué a seguir.

—Era un despacho. Ordenado. Llevado al límite. El tipo estaba sentado, con la cabeza apoyada en la mesa. Como si se hubiera rendido antes de que pasara nada.

Pol no apartó los ojos de mí.

—No vi la cara —añadí—. Ni falta que hacía.

Tragué saliva.

—Pero vi las manos. Guantes. Oscuros. Y… una calma que no encajaba con lo que estaba ocurriendo.

Me detuve un instante. Noté cómo el pecho empezaba a cerrarse otra vez.

—No había prisa —seguí—. Ninguna.

Negué con la cabeza.

—No era alguien perdiendo el control. Era alguien ejecutando algo que ya había decidido.

Pol tomó aire con cuidado, como si no quisiera romper nada.

—¿Algo más? —preguntó.

Asentí, pero no respondí de inmediato.

—Había… un brillo —dije al final—. Algo amarillo. Un destello breve.

Me encogí de hombros.

—No sé qué era. No quiero inventar.

El silencio volvió a caer. Esta vez más denso.

Me llevé una mano al pecho, sin darme cuenta.

—No puedo seguir —dije—. Ahora no.

Pol no insistió.

—Está bien —respondió—. Has hecho suficiente.

Negué.

—No —corregí—. He hecho lo que he podido.

Me apoyé hacia atrás en el sofá y cerré los ojos un segundo. El cuerpo empezaba a pasar factura. El pulso alto. La cabeza embotada.

—Lo siento —murmuré—. No quería quedarme a medias.

—No te has quedado a medias —dijo Pol—. Te has quedado en pie.

Abrí los ojos y lo miré.

No sabía si era verdad.

Pero por primera vez, quise creerlo.

Pol se levantó despacio y dejó el vaso en la mesa.

—Quédate —dijo—. Esta noche.

Abrí los ojos y lo miré.

—No quiero molestarte —respondí casi por inercia.

Negó con la cabeza.

—No molestas.

Hizo una pausa breve.

—Y no es una invitación rara. Tengo una habitación libre. Mi hermano se queda ahí cuando viene. Puedes dormir tranquilo. O intentarlo, al menos.

La idea me golpeó más de lo que esperaba. No porque fuera extraordinaria, sino porque sonaba sencilla. Posible.

—No tienes que hacerlo —dije.

—Lo sé —respondió—. Por eso lo estoy haciendo.

Me pasé una mano por la cara, cansado.

—Tengo miedo de dormir —admití—. De cerrar los ojos y que vuelva a pasar.

Pol no lo pensó más de lo necesario.

—Aquí no tienes que demostrar nada —dijo—. Si te despiertas, me llamas. Si no duermes, no duermes. No pasa nada.

Asentí despacio. El cuerpo empezó a aflojar antes que la cabeza.

—Gracias.

Se hizo un silencio breve. Distinto a los otros. Menos cargado.

Pol carraspeó.

—Y, Alex… —empezó.

Levanté la vista.

—Lo del otro día.

Esperé.

—No fue profesional —dijo—. Ni justo contigo.

Se encogió ligeramente de hombros.

—No estaba en un buen sitio.

Negué despacio.

—No hace falta que te disculpes —dije—. Pasó y ya está.

Me miró, como calibrando la respuesta.

—No fue un error —añadí—. Pero ahora mismo… no es lo importante.

Pol asintió. No insistió.

—De acuerdo.

Se levantó y señaló el pasillo.

—La habitación está en la planta de arriba. Acabo de cambiar las sábanas. Si necesitas algo, estoy en la otra.

Me incorporé con algo de torpeza. El cansancio empezaba a ganar terreno.

—Pol.

Se giró.

—Gracias —repetí—. De verdad.

No sonrió. No hacía falta.

—Descansa —dijo—. Mañana vemos todo con más luz.

Mientras caminaba hacia la habitación, entendí algo que me dio una calma extraña: por primera vez en mucho tiempo, no estaba huyendo de la noche.

La estaba atravesando acompañado.

Pol se quedó un momento en el pasillo después de dejarlo en la habitación. Escuchó cómo Alex se movía dentro, pasos cortos, indecisos. El sonido de la cama al hundirse con cuidado. Luego, nada.

Entró en la habitación de invitados y cerró la puerta con suavidad.

No era un cuarto que usara mucho. Lo mantenía limpio por costumbre, no por nostalgia. La cama estaba hecha, las persianas a medio bajar, una lámpara pequeña encendida en la mesilla. Todo en orden.

Se sentó en el borde de la cama y dejó caer los hombros. Por primera vez en horas, el cuerpo empezó a pasarle factura. La conversación seguía repitiéndosele en la cabeza, no por lo que Alex había dicho, sino por lo que había callado.

Pensó en la forma en que había evitado algunos detalles. En cómo se había detenido justo antes de cruzar una línea. No era confusión. Era elección.

Se pasó una mano por la cara y suspiró.

No debería haberle ofrecido quedarse. Eso era lo que decía la parte más racional de su cabeza. Policía. Inspector. Límites claros.

Pero también sabía que dejarlo ir habría sido una forma de abandonarlo. Y eso, esta vez, no se le había hecho soportable.

Se levantó y apagó la luz. Se quedó unos segundos a oscuras, escuchando la casa. El silencio ya no era el mismo. Había alguien más respirando bajo ese techo.

Y, contra todo pronóstico, eso no le molestaba.

Se metió en la cama sin desvestirse del todo y se quedó mirando al techo. No pensó en el caso. No pensó en Roldán. Pensó en algo mucho más incómodo: que había empezado a importarle alguien al que, en teoría, no debería acercarse.

Cerró los ojos.

El descanso no llegó de inmediato, pero tampoco el ruido.

Y, para esa noche, fue suficiente.

Me tumbé boca arriba y me quedé mirando el techo. La habitación era ajena, pero no incómoda. Olía a limpio. A nada en concreto. Cerré los ojos un segundo y la conversación volvió sola, sin pedir permiso.

No lo que habíamos dicho.

Cómo.

La forma en que Pol había escuchado. Sin corregirme. Sin adelantarse. Sin ese gesto automático de quien ya ha tomado una decisión. Pensé en su voz cuando me dijo que podía quedarme. No sonó a obligación. Tampoco a lástima.

Sonó a normalidad.

El móvil vibró sobre la mesilla. Lo miré antes de cogerlo.

Samantha.

Contesté.

—Hola —dije, en voz baja.

—¿Estás bien? —preguntó enseguida.

—Sí… —respondí—. Bueno. Más o menos.

Me incorporé un poco y bajé aún más la voz, sin saber muy bien por qué.

—Habla normal —dijo—. ¿Dónde estás?

Dudé un segundo. No lo suficiente para mentir.

—En casa de Pol.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Del inspector? —preguntó.

—Sí.

Respiró hondo antes de volver a hablar.

—Alex… ¿estás seguro de que es buena idea?

—Ahora mismo sí —respondí—. No podía estar solo.

—Ya —dijo—. Pero sigue siendo policía.

—Lo sé.

—Y tú sigues siendo… tú —añadió—. Con todo lo que te ha pasado.

Apoyé la espalda en el cabecero.

—No estoy haciendo nada raro, Sam —dije—. Solo… estoy aquí.

No respondió enseguida.

—¿Te está ayudando? —preguntó al final.

—Sí.

Esta vez no dudé.

—Vale —dijo—. Solo… ten cuidado. No quiero que te vuelvan a meter en algo que no puedas controlar.

Miré la puerta cerrada de la habitación.

—Yo tampoco.

—Háblame bajo, entonces —añadió—. No me gusta pensar que te oyen todo.

—No pasa nada —dije—. Está dormido. O eso creo.

Sonrió al otro lado. Lo noté en la voz.

—Me alegra que no estés solo —dijo—. Aunque no sea conmigo.

—A mí también —respondí—. Y no es poco.

Nos quedamos en silencio unos segundos más, compartiendo algo que ya no era lo mismo, pero tampoco estaba roto.

—Llámame mañana —dijo—. ¿Sí?

—Sí.

Colgué y dejé el móvil en la mesilla. Volví a tumbarme. El cuerpo estaba cansado, pero la cabeza un poco menos ruidosa.

Pensé en Pol otra vez. En que no había hecho nada extraordinario. Solo estar.

Y bastó para que el sueño empezara a acercarse sin miedo.

Me desperté de golpe, con el cuerpo en tensión, como si hubiera llegado tarde a algo importante. El corazón me latía rápido, desacompasado. Me quedé quieto, escuchando.

Nada.

Ni pasillos.

Ni cuchillos.

Ni destellos.

Solo el zumbido lejano de la ciudad y el sonido amortiguado de una casa dormida.

Me giré despacio y miré la hora. Las tres y algo. Algo pronto para sentirse descansado. Bastante tarde para volver a dormirse sin pensar.

Esperé.

El miedo no llegó.

Y eso fue lo más raro de todo.

Cerré los ojos un momento más, casi desconfiando, como si aquello fuera una tregua mal concedida. No vi nada. No sentí nada. El cuerpo seguía alerta, pero la cabeza estaba en silencio.

Pensé en Pol, al otro lado del pasillo. En que no estaba solo bajo ese techo. No como otras noches.

Volví a tumbarme. No dormí de inmediato, pero tampoco entré en pánico. Me limité a respirar, contando, dejando que el cansancio hiciera su trabajo.

Cuando desperté de nuevo, la casa ya estaba en movimiento.

Pol estaba en la cocina cuando bajé. La luz de la mañana entraba sin fuerza por la ventana. Tenía una taza de café en la mano y el portátil abierto sobre la mesa. No parecía sorprendido de verme.

—Buenos días —dijo.

Asentí.

—¿Has dormido?

—Lo suficiente —respondí.

No era mentira.

Me acerqué despacio. No por cautela, sino por inercia. En la pantalla había un correo abierto. Asunto corto. Muy concreto para no llamar la atención.

Reloj Dorado sustraído. Denuncia.

No debería haber mirado.

Lo hice igual.

—¿Eso es del caso? —pregunté.

Pol siguió la dirección de mi mirada y asintió.

—Sí. Una pieza que apareció en la escena. Estoy intentando ver de dónde sale.

Se quedó mirando la pantalla un segundo más, como si no terminara de encajarle.

—No sé si tiene relación directa o es solo ruido —añadió—. Pero no me gusta dejar cabos sueltos.

Tragué saliva.

—Pol…

Me miró.

—Anoche —dije despacio—. En lo que vi.

Hice una pausa.

—Había algo así.

Frunció el ceño.

—¿El reloj?

Asentí.

—No lo vi en el suelo —añadí—. Lo vi puesto.

Pol no habló de inmediato. Cerró el portátil con cuidado, como si el gesto necesitara precisión.

—¿Estás seguro?

—Lo suficiente —respondí—. No era un detalle suelto. Destacaba en exceso.

Se apoyó en la encimera y se pasó la mano por la barbilla.

—Vale —dijo al fin—. Entonces esto no es ruido.

Me miró otra vez.

—Gracias por decírmelo.

No sonó a interrogatorio.

Sonó a confianza. Aquello que veía podía servir para algo más que asustarme.

El timbre sonó una sola vez.

Pol dejó la taza en la encimera y miró hacia el salón.

—Debe de ser Roldán.

No parecía preocupado. Tampoco incómodo. Abrió la puerta sin pensarlo.

Roldán entró como quien conoce el terreno. Se quitó la chaqueta, avanzó un par de pasos… y entonces vio a Alex sentado en el sofá.

Se quedó quieto.

No fue una reacción exagerada. Solo ese gesto mínimo que delata que algo no estaba donde esperaba encontrarlo.

—Hola —dijo Pol.

Roldán asintió, sin apartar del todo la vista de Alex. Luego, casi por inercia, miró hacia la habitación de invitados, justo al lado del salón. La puerta estaba abierta.

La camiseta de Pol colgaba del respaldo de una silla. El pantalón estaba tirado sobre la cama, arrugado, como si alguien se lo hubiera quitado con prisa o sin demasiada atención. Las zapatillas, desparejadas, junto a la pared.

Roldán volvió a mirar a Pol.

—¿Interrumpo algo?

—No —respondió—. Alex se quedó a dormir.

Roldán no sonrió. Tampoco frunció el ceño esta vez. Solo asintió despacio, como quien toma nota mental de algo.

—Ya veo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—¿Hablamos un momento?

Pol lo siguió, dejando a Alex solo en el salón. No cerró la puerta. No hizo falta.

—No voy a preguntarte qué haces en tu casa —dijo Roldán en voz baja—. No es asunto mío.

Pol apoyó la espalda en la pared.

—Entonces…

—Pero no te confundas —lo cortó—. Ese chico estuvo detenido. Está ligado al caso. Y tú eres el inspector.

—Ya no es sospechoso.

—Eso no borra nada —replicó Roldán—. Y menos para según quién.

Se inclinó un poco hacia él.

—Haz lo que quieras. Solo ve con cuidado.

Pol sostuvo la mirada.

—Lo sé.

Roldán se enderezó y regresó al salón.

Alex seguía sentado, rígido, con las manos entrelazadas.

—No es personal —le dijo Roldán—. Pero este no es el mejor sitio para estar mucho tiempo.

Alex no respondió.

—Vámonos a comisaría. Te espero en el coche. No tardes —dijo, llevándose una mano a la cara sin mirarlo.

Cuando la puerta se cerró, el silencio se quedó suspendido en la casa.

Pol tardó unos segundos en volver al salón.

—Lo siento —dijo.

Alex negó despacio.

—No pasa nada.

Pero los dos sabían que algo acababa de cambiar.

Pol se quedó quieto unos segundos, escuchando cómo la puerta del portal se cerraba al fondo. Luego volvió al salón. Alex seguía en el sofá, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si no supiera si levantarse o quedarse.

—¿Todo bien? —preguntó.

Pol tardó en responder. Se pasó una mano por la nuca y dejó escapar el aire despacio.

—Sí… —dijo—. Bueno. Más o menos.

Se apoyó en el respaldo de la silla, de pie.

—Quizá debería haberte dicho que no salieras —añadió—. O que te quedaras en la habitación. Algo así.

Alex lo miró, sorprendido.

—¿Por qué?

Pol dudó.

—Porque no era justo ponerte ahí delante —respondió—. No pensé que… —negó con la cabeza—. No pensé que te incomodaría.

Alex se quedó callado un segundo.

—No me incomodó —dijo al final—. Me puso nervioso. No es lo mismo.

Pol alzó la vista.

—Lo siento.

No sonó a fórmula. Sonó torpe. Humana.

Alex negó despacio.

—No tienes que pedirme perdón —dijo—. Yo acepté quedarme.

Se hizo un silencio corto.

—Además —añadió—, esconderme habría sido peor.

Pol esbozó una sonrisa mínima, casi imperceptible.

—Sí —dijo—. Supongo que sí.

Alex se levantó despacio.

—Ve a comisaría —añadió—. Yo estaré bien.

Pol lo miró como si fuera a decir algo más. No lo hizo.

—Te escribo luego —dijo.

Alex asintió.

Cuando Pol cogió las llaves, la placa quedó un segundo sobre la mesa antes de guardarla. Alex la vio. No dijo nada.

La puerta se cerró.

Alex se quedó solo en el salón, con la sensación incómoda de haber cruzado una línea invisible… y de no saber si quería volver atrás.

El faro

La comisaría olía a café recalentado y a bollería industrial.

Era un olor habitual, casi tranquilizador, pero esa mañana no ayudaba.

El ambiente estaba tenso. Nadie hablaba más de lo necesario. Las pantallas encendidas escupían titulares y notificaciones sin descanso. El caso no avanzaba y la presión empezaba a notarse en cada gesto.

La imagen del cuerpo estaba en caída libre.

Y fuera, en redes, no daban tregua.

@JusticiaESP

Un asesino en serie en plena capital y nadie hace nada. ¿Hasta cuándo? ¿Es España segura?

@JJ8928

El policía es guapo y tal, pero parece que no resuelve una mierda.

La mesa de Pol estaba exactamente igual que el día anterior. Ordenada en exceso para lo que tenía encima.

A la derecha, el portafolio del caso, cada vez más grueso.

A la izquierda, una foto de su graduación con sus padres. Todos sonriendo, todavía convencidos de que las cosas funcionaban como debían.

El monitor seguía encendido. El logo del cuerpo ocupaba la pantalla junto a su nombre:

INS. CASALS, POL — 25/01/95.

Se sentó y apoyó los antebrazos en la mesa.

Pensó en lo que Alex le había dicho del reloj. No en el objeto. En el detalle. Pol pensó de nuevo en lo que le había dicho del reloj.

Pol volvió a abrir el correo.

Leyó de nuevo la denuncia y, esta vez, no la cerró. Se levantó sin apagar la pantalla y cruzó la comisaría hasta el área de pruebas. No dio explicaciones. Nadie se las pidió.

El reloj estaba en una bandeja metálica, dentro de una bolsa transparente. Un Patek Philippe de oro, pesado, intacto. No parecía

fuera de lugar. Y eso lo hacía peor.

Pidió unos guantes y lo sacó con cuidado. Giró la muñeca y buscó el grabado.

Número de serie. Claro. Nítido.

Lo comparó con el documento en el móvil.

Era el mismo.

Se quedó mirándolo un segundo más largo de lo necesario. Pensó en lo que Alex había dicho. En el destello. En que no había hablado de un objeto, sino de algo que destacaba donde no debía.

Dejó el reloj en su sitio y regresó a su mesa.

Imprimió la denuncia.

El sonido de la impresora rompió el murmullo de la sala.

—¿Qué imprimes?

La voz de Roldán sonó a su espalda.

Pol giró la silla despacio.

—Nada importante —dijo—. Una denuncia antigua.

Roldán se acercó un poco más, lo justo para ver la carpeta cerrada.

—¿Tiene que ver con el caso?

—No directamente.

Roldán lo observó un segundo. No insistió.

—Yo tampoco tengo nada nuevo —dijo—. Todo limpio. Insoportable.

—Eso mismo pensaba —respondió Pol.

Roldán asintió.

—Avísame si ves algo distinto.

—Lo haré.

Cuando se fue, Pol volvió a abrir la carpeta.

El papel seguía ahí. Y ya no podía fingir que Alex se hubiera equivocado.

No soy el único

Recogí la casa de Pol como si fuera la mía.

La ropa tirada por el suelo. Las camas sin hacer. Todo devuelto al orden al que él parecía necesitar volver.

Antes de irme, dejé una nota sobre la mesa.

Gracias por confiar. Por creerme. Por verme como algo más que un sospechoso.

Te he dejado todo recogido.

Álex.

Caminé hacia casa sin prisa, dejando que el ruido de la calle me acompañara sin entrar del todo. No iba pensando en el caso. O no solo en el caso. Iba pensando en mí.

En cómo, desde que todo había empezado, la palabra loco había aparecido demasiadas veces, aunque nadie la hubiera dicho en voz alta. En las miradas. En las pausas. En la forma en que algunos decidían no creerme.

No me sentía maldito. Tampoco elegido.

Eso habría sido más fácil.

Lo que sentía era algo más incómodo: la posibilidad de que hubiera una explicación que nadie quisiera escuchar. Que no fuera un castigo ni un don, sino otra cosa. Algo que aún no sabíamos nombrar.

Me negaba a aceptar que ver lo que iba a pasar me convirtiera en culpable de ello.

Me negaba a pensar que el problema fuera yo.

Subí las escaleras de casa con esa idea fija, casi obstinada. Si esto había ocurrido antes, si alguien más había pasado por algo parecido, tenía que haber quedado algún rastro. Un artículo. Un expediente. Una historia mal contada.

No buscaba consuelo, pero tampoco buscaba estar solo.

Entré en mi piso y fui directo al ordenador sin quitarme la chaqueta.

Al buscar en el navegador apareció una referencia que no esperaba.

Alemania Occidental. Finales de los años setenta.

No era un artículo completo, sino una mención cruzada en un foro antiguo y un recorte digitalizado de un periódico local. El texto estaba mal escaneado, con letras comidas por el tiempo. Cerré el portátil.

Bavaria, diciembre del 78.

El frío entraba por debajo de la puerta.

No era un frío de ventana abierta ni de calefacción rota. Era el frío específico de los edificios que no se construyeron para que nadie se quedara mucho tiempo dentro. Paredes de piedra. Suelos de piedra. El aire moviéndose despacio, sin calentarse nunca del todo.

Heinrich Traum llevaba trescientos diecisiete días contando las grietas del techo.

No porque no tuviera otra cosa que hacer. Sino porque las grietas no cambiaban. Y en un sitio donde todo dependía de decisiones que otros tomaban por él, las grietas eran lo único que seguía siendo suyo.

Cuarenta y tres.

Siempre cuarenta y tres.

Había llegado en enero con la convicción de que aquello duraría poco. Que bastaba con explicarlo bien. Con encontrar las palabras correctas. Con que alguien, en algún punto del proceso, decidiera escuchar antes de concluir.

Nadie lo hizo.

No por maldad. Eso era lo que más le costaba aceptar. No había nadie malo en aquella historia. Solo gente que había decidido que era más fácil cerrar que entender. Que la verdad, si llegaba en el orden equivocado, era un problema de procedimiento y no de justicia.

Él había ido a la policía porque creyó que eso era lo que se hacía.

Había descrito el despacho. La posición del cuerpo. El objeto fuera de lugar. El tipo de silencio que deja alguien que ha decidido no resistirse.

Lo había dicho todo antes de que encontraran el cadáver.

Y eso, en lugar de absolverlo, lo había condenado.

Conocimiento previo, decía el informe. Como si saber algo antes de tiempo fuera en sí mismo un crimen. Como si la única forma legítima de conocer un asesinato fuera haberlo cometido.

Cerró los ojos.

El sueño volvía cada noche, aunque ya no lo contaba. Había aprendido eso al menos: que hay cosas que es mejor no decir. Que la verdad, pronunciada en voz alta, puede convertirse en una condena más rápido que una mentira bien construida.

Los pasos del pasillo llegaron amortiguados, como siempre. Un guardia. Dos. El tintineo de las llaves contra el cinturón, ese sonido que ya no lo sobresaltaba.

Luego nada.

Traum abrió los ojos.

En la celda de al lado, alguien tosía. Lo había oído durante semanas. Ya no sabía si el hombre tosía porque estaba enfermo o porque era la única forma que le quedaba de confirmar que seguía existiendo.

Entendía los dos motivos.

Fue un preso el que se lo dijo.

No con intención. Solo hablando, como se habla cuando no hay nada más que hacer. Un hombre mayor, con los dientes rotos y las manos de alguien que había trabajado toda su vida con ellas, que había llegado a la celda de Traum una tarde sin motivo aparente y se había quedado apoyado en el marco de la puerta.

—Han encontrado otro —dijo.

Traum no levantó la vista del suelo.

—¿Otro qué?

—Otro muerto. Como el tuyo. El mismo... —el hombre buscó la palabra— el mismo estilo.

El silencio duró varios segundos.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. Lo he oído esta mañana. Un guardia hablando con otro.

Traum no respondió.

El hombre se quedó un momento más, como esperando algo. Luego se fue sin decir nada más.

No durmió esa noche.

No por el sueño. El sueño ya no llegaba cuando él quería ni se iba cuando lo necesitaba. No durmió porque había algo en esa frase que no paraba de girar.

Otro muerto. Como el tuyo.

No como el que él había cometido. Sino como el que había visto. Como el que había intentado evitar yendo a la policía con todo lo que sabía, con toda la precisión que tenía, con toda la buena fe que un hombre puede llevar encima.

Lo sabían.

No todos, quizás. Pero alguien sabía. Alguien había escuchado lo del nuevo muerto y lo había conectado con el caso cerrado y había decidido no decir nada. Porque abrir eso ahora significaba admitir un error. Y los errores, en según qué instituciones, no se admiten. Se archivan.

Traum se sentó en el borde del catre.

Las grietas del techo seguían siendo cuarenta y tres.

Pensó en su madre. En cómo olía la cocina de su casa en invierno. En el sonido específico que hacía la puerta al cerrarse cuando llegaba tarde, ese golpe seco que significaba que ya estaba dentro, que ya estaba a salvo.

Llevaba trescientos diecisiete días sin estar a salvo.

Y ahora sabía que no había un número al que llegar donde eso fuera a cambiar.

El sistema no iba a moverse. No porque no pudiera. Sino porque no quería. Porque moverlo significaba reconocer que se había equivocado, y los sistemas no se equivocan. Los sistemas archivan. Los sistemas concluyen. Los sistemas producen documentos con sellos y firmas que dicen caso cerrado y eso es lo que son: cerrados.

Aunque afuera siguiera pasando.

Aunque la misma sombra siguiera caminando por las mismas calles.

Aunque hubiera otro muerto con el mismo estilo.

Traum apoyó la espalda en la pared fría.

Pensó en la última vez que había dormido sin ver nada. No recordaba cuándo había sido. Quizás antes de todo esto. Quizás en

otro tiempo, cuando el sueño era solo descanso y no una puerta que se abría sola hacia sitios donde no quería ir.

Cerró los ojos.

Esta vez no vio nada.

Solo el frío.

Y las cuarenta y tres grietas esperándolo al otro lado.

Volví a abrir el portátil.

Lo leí dos veces. Luego una tercera.

Un hombre había denunciado un asesinato con detalles concretos. No había estado allí. No podía haberlos sabido. Aun así, insistió. Con una convicción que incomodó a quienes lo escuchaban.

La policía lo detuvo por incoherencias en el relato. Por la forma en que hablaba. Por no saber explicar lo que sabía.

No encontraron el cuerpo hasta días después.

Cuando lo hicieron, todo coincidía.

Eso no lo liberó.

El informe judicial hablaba de conocimiento ilícito, de alteración psíquica, de riesgo social. No discutían si había matado. Discutían si era peligroso. Fue condenado a cadena perpetua. El caso se cerró rápido y apresurado.

Años más tarde —no quedaba claro cuántos— apareció el verdadero asesino. Una confesión tardía, incompleta. El hombre ya estaba en prisión por otro delito. Se suicidó antes de declarar formalmente.

El condenado nunca llegó a saberlo.

Murió en su celda pocos meses después, según una nota marginal del archivo. No especificaba la causa. Tampoco hacía falta.

El proceso nunca se reabrió.

El documento terminaba con una frase seca, administrativa, casi ofensiva: caso archivado por interés público.

Cerré el enlace con cuidado, como si pudiera romperse.

No había justicia en aquella historia.

No había reparación.

Solo silencio.

Entendí entonces que no bastaba con tener razón. Que llegar antes que los hechos podían ser peor que llegar tarde. Y que, a veces, el sistema no castiga al culpable, sino al que no encaja.

Me recosté en la silla y dejé que el aire saliera despacio.

No estaba loco.

Pero tampoco estaba a salvo.

Pensé en Pol.

Pensé en Roldán.

Pensé en lo fácil que era torcer una historia cuando ya estaba decidida.

Y supe, con una claridad incómoda, que hablar no siempre salva.

A veces, solo señala al siguiente.

Denuncia

Pol estaba a punto de salir de comisaría.

La media mañana se había levantado gris, con un frío bajo y persistente. De esos que no se nota al principio, pero se te mete en los huesos y no se va.

Se ajustó la gabardina negra, de corte italiano, antes de cruzar la puerta. En una mano llevaba una carpeta. En la portada, escrito a rotulador, un código: D25-1995-A01.

No parecía gran cosa.

Pero ahora mismo era lo único que tenía.

Antes de subir al coche, el móvil vibró.

Hijo, en unos días vamos a Madrid. Tu madre tiene una reunión de la junta y yo la acompaño. Te aviso. Besos.

Pol frunció el ceño. Sabía que no era el mejor momento. Y su padre también.

No contestó.

Se subió al Mercedes y arrancó. Marcó la dirección del antiguo dueño del Patek sin pensarlo más. No esperaba que la verdad se le presentara sola.

Iba a buscarla.

La dirección lo llevó hasta una urbanización de Montepríncipe. La finca era exactamente como esperaba. Calles amplias, silencio artificial y cámaras visibles en cada acceso.

Le abrió un hombre de unos cincuenta años. Camisa clara, vaqueros caros. Mirada alerta, de las que no se relajan del todo ni en casa.

—¿Sí?

Pol mostró la placa.

—Policía. Necesito hacerle unas preguntas sobre un robo que denunció hace unas semanas.

El hombre lo miró un segundo más de lo normal.

—Ya —dijo al fin—. Pase.

Entraron al salón. Todo estaba ordenado, casi impersonal. Pol no se sentó.

—El reloj —empezó—. Un Patek
de oro. ¿Cuándo fue la última vez que recuerda haberlo visto?

—La noche anterior —respondió—. Estaba en la mesilla.

—¿Notó algo fuera de lo normal al día siguiente? —continuó Pol —. ¿Puertas abiertas? ¿Cajones movidos? ¿Alguna cerradura forzada?

El hombre negó con la cabeza.

—Nada. Todo estaba como siempre. Por eso tardé en darme cuenta.

Pol asintió.

—¿Tiene alarma?

—Sí. No saltó.

—¿Y ventanas?

—Cerradas.

Pol tomó nota mentalmente. Limpio y calculado en exceso.

—¿Alguien más tiene acceso a la casa? —preguntó—. Servicio, familiares, amigos.

—Solo yo y mi mujer. Y llevamos semanas fuera casi todo el día.

Pol levantó la vista.

—¿Recuerda haber oído algo esa noche? ¿Un ruido, un golpe, algo que no encajara?

El hombre dudó.

—No —dijo al final—. Dormí toda la noche.

Pol lo observó un instante más.

—¿Se encontró algo fuera de lugar, aunque no pareciera importante? —insistió—. Un objeto movido, una puerta que no cerraba igual.

El hombre frunció el ceño, pensativo.

—No —repitió—. Eso es lo que más me inquietó. No faltaba nada más. Solo el reloj.

Hubo un breve silencio.

—Usted es el inspector Casals, ¿verdad? —preguntó de pronto.

Pol sostuvo la mirada.

—Sí.

—Le he visto en la tele. En redes. Por lo del médico.

No lo dijo con rabia. Lo dijo con distancia.

—Estoy aquí por el robo —respondió Pol—. No por ese caso.

—Lo sé —dijo el hombre—. Pero conocía al médico. Y no fue fácil verlo pasar por todo eso.

Pol respiró hondo.

—Mi trabajo no es caer bien —dijo—. Es investigar. Incluso cuando incomoda.

El hombre apretó los labios y asintió despacio.

—He visto cámaras en la entrada. ¿Podría revisar las grabaciones?

—No las almaceno yo —respondió el hombre—. Es una empresa privada. Seguridad externa. Ellos las guardan en remoto.

—Entonces necesitaré que las solicite —dijo Pol—. Desde la noche anterior al robo hasta la mañana siguiente.

No sonrió. Tampoco hizo el gesto de acompañarlo a la puerta.

—Es todo de momento. Gracias por su tiempo —dijo Pol, ofreciéndole la mano.

El hombre la miró un segundo.

—No se lo tome a mal, inspector —dijo al fin—. Pero no voy a estrechar la mano de alguien que todavía no ha encontrado al verdadero asesino.

Pol retiró la mano sin decir nada.

Cuando Pol salió de la casa, tenía la sensación clara de que nadie había entrado a robar.

Habían pasado a dejar algo.

Pol se subió al coche sin mirar atrás.

Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y se quedó unos segundos con las manos apoyadas en el volante. No pensó en el hombre. Tampoco en la mano retirada. Pensó en el reloj. En lo poco que había encajado todo desde el principio.

Arrancó.

El trayecto de vuelta a comisaría fue rápido. Raro para esa hora. El tráfico no ayudaba a distraerse y la radio hablaba de lo mismo que llevaba días oyendo. Apagó el sonido antes de que mencionaran otra vez el caso.

Necesitaba ver esas grabaciones.

***

No sabía si llamarle o no.

Tuve el móvil en la mano varios minutos, mirando la pantalla apagada como si fuera a decidir por mí. No quería molestar. Tampoco quería quedarme solo con todo lo que llevaba encima.

Al final marqué.

Contestó a la tercera señal.

—¿Sí?

Reconocí el ruido de fondo antes que su voz. El motor. El intermitente. Pol conduciendo.

—Soy yo —dije—. Perdona, no sabía si…

—Tranquilo —respondió—. Dime.

Me quedé en silencio un segundo, buscando cómo empezar.

—Necesitaba hablar contigo —admití—. Nada urgente. Solo… saber cómo estabas.

Noté cómo soltaba el aire al otro lado.

—Bien —dijo—. O lo más parecido a eso.

Asentí, aunque no podía verme.

—Quería preguntarte si… si estabas mejor después de lo de esta mañana. Lo de Roldán, digo. No quería incomodarte.

—No lo hiciste —respondió sin dudar—. Y no, no fue agradable, pero ya pasará.

No sonaba convencido. Yo tampoco lo estaba.

—Siento haberte metido en esa situación —añadí—. En tu casa. Con él delante.

—Alex —me interrumpió—. No fue culpa tuya.

Escuché cómo reducía una marcha.

—¿Tú estás bien? —preguntó.

La pregunta me pilló a contrapié.

—Más o menos —dije—. Mejor que ayer. Peor que mañana, supongo.

Soltó una breve risa por la nariz.

—Eso suena a progreso.

—O a costumbre —respondí.

Hubo un silencio cómodo. De esos que no piden ser llenados.

—Gracias por llamar —dijo al final—. De verdad.

—Gracias por contestar —respondí.

Colgué sin alargarlo más. Dejé el móvil sobre la mesa y me di cuenta de que, por primera vez en todo el día, la presión en el pecho había bajado un poco.

No mucho.

Pero lo suficiente.

Pol llegó a comisaría poco antes de las cinco.

Apenas había dejado las llaves sobre la mesa cuando una voz lo llamó desde el fondo del pasillo.

—Casals. En mi despacho. Ahora.

No levantó la vista. Cogió la carpeta y caminó sin prisa.

El comisario estaba de pie, apoyado en el escritorio. No le ofreció asiento. Tampoco parecía enfadado. Eso era peor.

—Cierra —dijo.

Pol obedeció.

—Me han dicho que tienes a un antiguo sospechoso entrando y saliendo de tu casa —continuó—. Y que Roldán no está especialmente tranquilo con eso.

Pol sostuvo la mirada.

—No es sospechoso —respondió—. Y no estaba declarando.

El comisario suspiró despacio.

—No estoy aquí para discutir tecnicismos. Estoy aquí para advertirte.

Se incorporó un poco más.

—Sabes cómo funciona esto. Las formas importan. Y ahora mismo no estamos para dar munición a nadie.

Pol asintió una vez.

—Lo sé.

Hubo un silencio breve.

—Tu padre no se habría permitido algo así —añadió el comisario, midiendo las palabras—. Y créeme cuando te digo que le tengo respeto.

Pol no respondió.

—Por eso voy a dejarlo estar —continuó—. De momento. Pero mantén distancia. Por tu bien.

Asintió de nuevo.

—¿Algo más? —preguntó.

El comisario negó con la cabeza.

—Vuelve al trabajo.

Pol salió sin decir nada.

Al llegar a su mesa, el icono del correo parpadeaba.

Tres archivos nuevos.

Empresa de seguridad privada.

Abrió el mensaje.

Adjuntamos las grabaciones solicitadas correspondientes a los días indicados.

Tres vídeos.

Pol cerró el correo un segundo y respiró hondo.

Luego se levantó, cogió el portátil y se dirigió a Criminalística.

Esta vez, no quería testigos.

Era el mismo.

Allí abajo el aire era distinto.

Más frío. Más limpio.

Pantallas encendidas, luces blancas, voces bajas. Nadie levantó la vista cuando Pol entró con el portátil bajo el brazo. Aquel lugar funcionaba al margen del resto del edificio, como si el tiempo tuviera otra densidad.

Reconoció a Gerard enseguida. Estaba inclinado sobre una mesa, concentrado, con la misma expresión seria de cuando compartían apuntes en la facultad. Derecho, criminología, cafés largos y planes que luego no se cumplieron del todo.

—Gerard.

Levantó la cabeza.

—Casals —dijo—. Pensaba que te habías pasado definitivamente al otro lado.

Pol esbozó una sonrisa mínima.

—Casi. Necesito un favor.

Gerard miró el portátil.

—Eso nunca es buena señal.

—No puede esperar.

Dudó un segundo. Luego señaló una mesa libre.

—Cinco minutos.

Pol apoyó el portátil y abrió los archivos.

—Cámaras de seguridad —dijo—. Un robo. Limpio.

Gerard negó con la cabeza antes incluso de sentarse.

—Eso no existe.

Conectó el portátil a su equipo principal. Tres pantallas se encendieron a la vez. Bajó las luces sin decir nada y empezó a ajustar parámetros. Brillo. Contraste. Reducción de ruido. Filtros que convertían sombras en volúmenes.

La imagen apareció granulada al principio.

Luego, la figura entró en plano.

Pol no dijo nada.

Había visto esa forma de moverse antes. No en ese lugar, no con ese encuadre, pero sí con la misma economía de gestos. El mismo

paso firme. Ni rápido ni lento. La postura recta. El cuerpo ligeramente girado para no enfrentarse de lleno a la cámara.

Gerard fue el primero en romper el silencio.

—No improvisa —murmuró—. Sabe dónde está cada punto ciego.

Pol se inclinó hacia delante.

—¿Hora?

—Madrugada.

—¿Alarma?

—No saltó.

Gerard pausó el vídeo y aplicó otro filtro. El contorno se definió mejor. Seguía sin haber rostro, pero ya no era solo una sombra. Hombros anchos. Espalda recta. La caída de la ropa era funcional, no casual.

—Esto no es un robo —dijo—. Es una visita.

Pol notó cómo algo encajaba del todo.

No era la imagen.

Era el comportamiento.

—Haz una captura —pidió—. Ese fotograma.

Gerard obedeció sin preguntar.

—¿Te la imprimo?

—Sí. Y mándamela también al correo.

Guardó el archivo con un nombre neutro y lo envió. La impresora empezó a trabajar con su zumbido constante.

Pol observó la silueta una vez más en la pantalla.

No sabía por qué, pero tenía la certeza de estar mirando la misma forma que había cruzado el pasillo del hotel. No una cara. No una identidad. Una manera de estar en los sitios.

Cuando Gerard le tendió la hoja impresa, Pol la dobló con cuidado y la guardó en la carpeta.

Esa silueta no iba a quedarse en Criminalística.

Iba a acompañarlo.

Pol llamó una sola vez antes de entrar.

El despacho del comisario estaba en penumbra, con las persianas a medio bajar. Roldán ya estaba allí, de pie, brazos cruzados,

mirando por la ventana como si no tuviera nada que hacer con aquello.

Se giró cuando Pol cerró la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Desde cuándo investigas por tu cuenta?

Pol dejó la carpeta sobre la mesa.

—Desde que el caso lo pide.

El comisario no levantó la voz. Abrió la carpeta, sacó la hoja impresa y la observó en silencio.

La silueta.

—¿De dónde sale? —preguntó.

—Del robo del reloj —respondió Pol—. Criminalística ha limpiado la imagen.

Roldán dio un paso al frente. —¿Sin decírmelo? —preguntó Roldán.

—No había tiempo —respondió Pol—. Y no es una decisión operativa. Es contexto.

El comisario levantó una mano.

—Basta.

Pol sacó la segunda fotografía y la dejó junto a la primera, sobre la mesa.

No dijo nada más.

El comisario observó ambas imágenes en silencio. Las ladeó ligeramente, una junto a la otra. La postura. El ángulo del cuerpo. La forma de ocupar el espacio.

—No es una cara —dijo al fin—. Pero es algo.

Dejó las hojas sobre la mesa.

—Y ahora mismo, algo es mejor que nada.

Roldán frunció el ceño.

—¿Qué piensa hacer?

—Pasarla a prensa.

Pol levantó la vista.

—¿Cómo?

—La presión nos está asfixiando —continuó el comisario—. La primera imagen no ha sido suficiente. Necesitan ver avance. Necesitan creer que lo estamos acotando.

Se acercó a la ventana.

—Una silueta. La primera imagen del asesino. Es lo que quieren.

Roldán negó despacio.

—Eso no lo acerca. Lo convierte en símbolo.

—O lo pone nervioso —respondió el comisario—. Y ambas cosas nos sirven.

Regresó a la mesa.

—Autorizo la difusión. Sin datos técnicos. Sin horarios. Solo la imagen.

Pol no dijo nada.

Roldán tampoco.

Reconocimiento

Estaba sentado en el sofá, con el portátil abierto sobre las rodillas y el móvil apoyado a un lado, boca arriba.

Llevaba más de una hora leyendo lo mismo. El caso alemán. Los informes incompletos. Las frases mal traducidas. Los silencios más elocuentes que los datos.

Alemania Occidental. Años sesenta.

Un hombre que habló antes de tiempo.

Un sistema que decidió que era más fácil callarlo que escucharlo.

Pasé de pestaña sin pensar.

El móvil vibró.

No lo cogí de inmediato.

Sentí ese aviso sordo en el estómago, como cuando sabes que algo va a doler antes de que ocurra. La notificación brillaba en la pantalla, insistente.

Última hora.

La imagen tardó un segundo en cargar.

Ese segundo fue suficiente para que el frío me subiera por la espalda como una descarga lenta, precisa. No fue miedo inmediato. Fue algo peor.

Reconocimiento.

La silueta ocupaba el centro de la pantalla. Oscura. Limpia. Sin rostro. El cuerpo recto, los hombros anchos, la forma exacta de colocarse frente a la cámara. La postura que no duda. Que no se esconde. Que no corre.

No tuve que comparar nada.

Era eso.

Lo que veo cuando cierro los ojos.

Lo que camina en mis visiones.

La misma presencia sin cara, sin nombre, sin culpa visible.

Se me erizó la piel de los brazos. Sentí cómo el estómago se me cerraba de golpe, como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Bajé el móvil despacio, como si pudiera romperse.

En la televisión, sin sonido, repetían la imagen desde otro ángulo. El mismo cuerpo. La misma sombra.

EL ASESINO SIN ROSTRO, decía el rótulo.

Tragué saliva.

Durante un instante pensé que iba a vomitar. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, intentando respirar despacio. El aire entraba, pero no terminaba de llegar.

Cerré los ojos.

Esta vez no vi sangre.

No vi un cuerpo.

Vi una cara.

Muy cerca.

Cercana más de la cuenta.

El pulso se me disparó. Abrí los ojos de golpe y me llevé la mano al pecho, como si pudiera frenar el corazón con los dedos.

Tenía miedo. Mucho.

Pero debajo de ese miedo había algo más.

Algo que llevaba días creciendo y que ya no podía ignorar.

Ganas de saber.

De entender.

De dejar de ser solo el que ve y empezar a ser el que hace algo con ello.

Pensé en el hombre alemán. En cómo llegó antes que los hechos y pagó por ello. En cómo el sistema lo trituró por no encajar. Sentí el vértigo de saber que podía acabar igual.

Y aun así…Aun así, no quise apartar la mirada.

Si aquello iba a arrastrarme, prefería mirarlo de frente.

Si iba a convertirme en mártir, no sería en silencio.

Y si había una mínima posibilidad de ser algo más que la víctima de todo esto, iba a agarrarla.

Cogí el móvil con manos temblorosas. Busqué el nombre de Pol sin pensarlo. Lo tenía memorizado, como se memorizan las salidas de emergencia.

Marqué.

Porque ya no era solo miedo.

Era decisión.

Y esta vez no quería huir.

Estaba en la cocina, cortando algo sin prestar atención. Cebolla, creo. El sonido del cuchillo contra la tabla me ayudaba a no pensar. El aceite empezaba a calentarse en la sartén y el extractor hacía ese ruido constante que tapa los pensamientos más insistentes.

Cuando el viejo telefonillo sonó di un pequeño respingo.

El sonido atravesó la cocina como un golpe seco.

Apagué el fuego y me limpié las manos en el pantalón antes de acercarme.

—¿Sí?

Hubo un segundo de silencio.

—Soy Pol.

No pregunté cómo había llegado tan rápido. No pregunté nada.

—Sube —dije.

Colgué y me quedé quieto unos segundos, escuchando mis propios pasos resonar en la casa mientras iba hacia el salón. Me apoyé en la encimera, respiré hondo. El olor de la cebolla empezaba a ser asfixiante y fuerte.

Escuché sus pasos en la escalera. Firmes. Reconocibles. Cuando llamó a la puerta, abrí casi al instante.

Pol estaba allí, con la chaqueta puesta, el gesto serio. No parecía alterado. Pero sí atento, como si me estuviera midiendo sin querer.

—¿Estás bien? —preguntó nada más verme.

Asentí despacio.

—Sí —dije—. O lo suficiente.

Entró y cerró la puerta detrás de él. El piso estaba en silencio. Sumamente tranquilo para todo lo que llevaba encima.

—He visto la imagen —añadió—. La de la silueta.

Me apoyé en la pared del pasillo.

—Yo también.

Se quedó callado, esperando.

—Me dio miedo —continué—. No voy a mentirte. Fue como… como ver algo que ya conoces, pero no quieres reconocer.

Pol frunció ligeramente el ceño.

—¿Y ahora?

Levanté la vista.

—Ahora quiero ayudar —dije—. De verdad. No porque crea que puedo con esto, sino porque no puedo seguir fingiendo que no está pasando.

Se acercó un poco más, sin invadir.

—Alex, esto no es un juego —dijo—. Ni una deuda. No tienes que demostrar nada.

—No lo hago por ti —respondí—. Lo hago porque, por primera vez, siento que no solo estoy reaccionando. Siento que puedo entender algo. Seguirlo.

Pol me observó unos segundos. No como inspector. Como alguien que intenta decidir hasta dónde llega.

—Si te implicas —dijo al fin—, no habrá marcha atrás.

Asentí.

—Ya lo sé.

Desde la cocina llegó un olor a quemado. Ambos miramos hacia allí casi al mismo tiempo.

—La cena —murmuré.

Pol relajó un poco los hombros.

—Puedo esperar.

Apagué el fuego y abrí la ventana. El aire frío entró de golpe, despejándome un poco.

Cuando volví al salón, Pol seguía de pie, mirándolo todo sin mirarlo.

—Entonces —dijo—, empezamos despacio. Sin forzar nada. Y me dices cuándo paras.

—Y tú me escuchas cuando diga que no puedo —añadí.

Asintió.

No hubo promesas.

No hizo falta.

Solo supe que, por primera vez desde que todo empezó, no estaba solo en la habitación.

La pista

Pol llegó a comisaría cuando todavía no había movimiento real.

Luces encendidas, pasillos en silencio y el café recién hecho sin nadie alrededor. Dejó la chaqueta en la silla y abrió la carpeta del reloj sin sentarse.

Pol estaba de pie cuando Roldán se detuvo frente a su mesa. No se sentó. No lo invitó a hacerlo.

—Así que has decidido madrugar —dijo Roldán—. Sin decir nada.

Pol cerró la carpeta con calma.

—No sabía que necesitara permiso para trabajar.

Roldán esbozó una sonrisa mínima. No llegó a los ojos.

—No te hagas el listo, Casals. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Pol sostuvo la mirada.

—Tenía una idea. Quería comprobarla antes de traerla aquí.

—¿Y desde cuándo trabajas solo? —preguntó Roldán—. Pensaba que este caso lo llevábamos juntos.

—Lo llevamos —respondió Pol—. Pero alguien tenía que moverse.

Roldán apoyó las manos en la mesa, inclinándose lo justo para invadir espacio sin tocarlo.

—No eres el único con iniciativa —dijo—. Pero hay una diferencia entre iniciativa y desorden.

—¿Desorden? —repitió Pol.

—Sí —continuó Roldán—. Ir por libre. Tomar decisiones sin informar. Eso crea ruido. Y ahora mismo no necesitamos ruido.

Pol respiró hondo antes de contestar.

—Lo que no necesitamos es quedarnos quietos esperando a que algo caiga del cielo.

Roldán lo observó unos segundos, evaluándolo como si no lo hubiera hecho ya cien veces.

—¿Qué sabes? —preguntó al fin.

—Aún nada demostrable —admitió Pol—. Pero el robo del reloj no fue casual. Y la zona no es tan hermética como parece.

—¿Has estado allí?

—He pasado esta mañana —respondió—. Y quiero volver. Con más calma. Ver entradas, rutinas, gente que siempre está, pero nadie mira.

Roldán se irguió despacio.

—¿Y pensabas hacerlo sin mí?

—Pensaba hacerlo rápido —dijo Pol—. Antes de que todo se contaminara.

Roldán soltó una breve risa seca.

—Te estás viniendo arriba, Casals.

Pol no retrocedió.

—Estoy haciendo mi trabajo.

El silencio entre ambos se tensó un poco más de lo necesario.

—No olvides una cosa —dijo Roldán, bajando la voz—. Este caso sigue siendo mío.

—Nunca he dicho lo contrario —respondió Pol—. Pero no voy a frenar porque alguien se sienta desplazado.

Por primera vez, algo se movió en la expresión de Roldán. Apenas un gesto. Suficiente.

—Vamos juntos —dijo—. Si alguien ha visto algo, quiero oírlo yo también.

Pol asintió.

—Perfecto.

Roldán cogió su abrigo.

—Y la próxima vez —añadió mientras se dirigía a la puerta—, hablamos antes.

Pol recogió la carpeta y lo siguió.

—La próxima vez —dijo—, espero tener algo que merezca la conversación.

Salieron sin mirar atrás. Ambos convencidos de llevar las riendas.

Solo uno de ellos sabía de verdad hacia dónde iban.

La zona estaba despierta, pero contenida. Nada de prisas. Nada de ruido innecesario.

A esa hora había gente paseando perros pequeños, de esos que no ladran y parecen más un complemento que una mascota. Al verlos bajar del coche y distinguir las placas, algunos cruzaban la

calle sin disimular. Otros fingían hablar por el móvil. Nadie se quedaba mirando tanto tiempo.

—Aquí la policía no entra a menudo —murmuró Pol.

—Y cuando entra, se nota —respondió Roldán.

Caminaron despacio, sin prisa. Pol observaba más de lo que preguntaba. Entradas limpias. Portales cerrados. Jardines cuidados al milímetro. Un orden fuera de toda medida, pensado para que nadie viera nada.

Frente al chalé del robo, justo al otro lado de la calle, había una urbanización cerrada. Setos altos, una garita discreta y una barrera levantada a medias. Dentro, un guardia de seguridad apoyado en la caseta, café en mano, miraba una pantalla sin prestar mucho interés.

Roldán fue directo.

—Buenos días —dijo, mostrando la placa—. Policía Nacional.

El guardia enderezó la espalda al instante.

—Buenos días, agentes.

—Queríamos hacerle unas preguntas —continuó Roldán—. La noche del robo de ese chalé —señaló con la cabeza—. ¿Estaba usted de servicio?

—Sí, señor.

Pol dio un paso adelante.

—¿Las cámaras estaban operativas?

El guardia asintió sin dudar.

—Sí. Aquí no se apagan nunca. Grabaron toda la noche.

Roldán intercambió una mirada rápida con Pol.

—¿Y han revisado las imágenes?

—Solo lo justo —respondió el guardia—. No vimos nada raro, pero… —dudó—. Tampoco sabíamos exactamente qué buscar.

—¿Dónde se almacenan las grabaciones? —preguntó Pol.

—En la central —respondió—. No aquí. La empresa tiene un centro de control. Allí está todo.

—¿Podríamos verlas? —preguntó Roldán.

—Claro —dijo el guardia—. Tendrían que acompañarme o llamar para que nos den acceso.

Pol miró de nuevo la urbanización. La posición de las cámaras. El ángulo. El cruce exacto frente al chalé.

No era la cámara que esperaba.

Era mejor.

—Vamos —dijo—. Nos acompaña.

El guardia asintió y dejó el café en la garita.

Mientras cruzaban la calle, Pol tuvo la sensación incómoda de que estaban a punto de confirmar algo que ninguno de los dos había dicho en voz alta.

Y que, una vez visto, ya no habría forma de dejar de verlo.

La central de seguridad estaba a pocos minutos en coche.

Un edificio anodino, sin rótulos llamativos, pensado para no llamar la atención. Dentro, luz blanca constante, aire frío y filas de monitores mostrando vidas ajenas en tiempo real.

Un técnico los recibió sin hacer muchas preguntas. Roldán habló primero. Placa. Motivo. Acceso.

—Aquí —dijo el hombre al cabo de unos segundos—. Esta es la franja que nos pidieron.

Las imágenes avanzaban a velocidad normal. Portales cerrados. Coches entrando y saliendo. Sombras largas de madrugada.

Pol se inclinó hacia la pantalla.

—Un poco antes —pidió.

El técnico retrocedió.

Todo seguía en orden.

—Ahora avanza —dijo Pol.

El vídeo dio un pequeño salto.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó.

El técnico frunció el ceño.

—Nada… —tecleó—. Bueno, en realidad…

Ampliaron la línea de tiempo.

Entre las 02:08 y las 02:19, la imagen estaba en negro.

—¿Corte? —preguntó Roldán.

—Interrupción de señal —respondió el técnico—. Muy limpia. Sin alarma. El sistema se reconectó solo.

Pol no apartaba la vista de la pantalla.

—¿Eso es habitual?

—No —admitió el hombre—. Puede pasar por mantenimiento, pero no estaba programado.

—¿Y quedó registrado como incidencia? —preguntó Pol.

El técnico dudó.

—No como fallo crítico. Solo como microcorte.

Roldán cruzó los brazos.

—Justo en el margen del robo.

El técnico asintió.

—Exactamente.

Pol apoyó las manos en la mesa.

—¿Puede alguien provocar eso desde fuera?

—Con conocimientos —respondió—. Y acceso previo al sistema. O sabiendo exactamente qué tocar.

El silencio se hizo incómodo.

—Es más listo de lo que pensábamos —murmuró Pol—. No entra a ciegas. Limpia el terreno antes.

Roldán dio un paso atrás.

—O es una casualidad —dijo—. No podemos construir una teoría solo con esto.

Pol giró la cabeza.

—No es casualidad.

—Es un callejón sin salida —replicó Roldán—. Aquí no hay imagen. No hay rastro. No hay nada más que rascar.

Pol no se movió.

—Siempre hay algo más —dijo—. Incidencias previas. Accesos antiguos. Quién instaló el sistema. Quién lo mantiene.

Roldán lo miró con expresión cerrada.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo—. Esto ya está quemado.

Pol sostuvo la mirada.

—Yo no lo creo.

Roldán se giró hacia el técnico.

—Gracias por su colaboración. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto.

El hombre asintió, incómodo.

Pol no insistió. No allí. Pero mientras salían de la sala, su cabeza ya estaba en otro sitio, repasando nombres, contratos, accesos.

El asesino no solo iba un paso por delante. Elegía cuándo dejar que los siguieran.

Y Roldán, por primera vez, parecía querer cambiar de camino.

Interludio

La casa estaba en silencio, pero no era un silencio cómodo.

Era de esos que se cuelan por las rendijas, que no te dejan pensar en otra cosa.

Me movía de una habitación a otra sin hacer nada en concreto. Abría cajones. Los cerraba. Me sentaba. Me levantaba. Como si el cuerpo buscara una salida que no estaba ahí.

Pensé en Pol. En esa mañana. En lo poco que me había contado. En lo mucho que no me había dicho.

El móvil vibró sobre la mesa.

Pol: ¿Todo bien?

Me quedé mirando la pantalla unos segundos antes de responder.

Yo: Sí. Aquí. Pensando.

Tardó en contestar.

Pol: Si necesitas algo, dime.

No supe qué decirle.

No quería cargarlo. Tampoco quería quedarme fuera.

Antes de decidir, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Samantha.

—¿Estás ocupado? —preguntó nada más descolgar.

—No —mentí—. Bueno… en casa.

—Te noto raro desde hace días —dijo—. Vente a almorzar conmigo. Te hará bien salir.

Miré alrededor. La casa seguía igual. El silencio también.

—Vale —dije—. Dame veinte minutos.

Colgué y apoyé el móvil en la mesa.

No sabía si iba a despejarme.

Pero sabía que quedarme allí no iba a ayudar a nadie.

Ni a Pol.

Ni a mí.

Cogí las llaves y salí, con la sensación persistente de que algo se estaba moviendo, aunque yo aún no pudiera verlo.

Nos sentamos en una terraza discreta, de esas que no destacan en nada, pero funcionan para desaparecer un rato. El ruido del

tráfico quedaba amortiguado por las conversaciones ajenas y el tintinear constante de cubiertos. Vida normal. Gente normal.

Justo lo que no tenía dentro.

En menos de veinticuatro horas habían pasado demasiadas cosas.

La noche en casa de Pol, el mal rato con el otro inspector, y esa sensación constante de ir siempre un paso por detrás de lo que estaba ocurriendo.

Todo seguía su curso. Yo no.

Samantha pidió por los dos sin preguntarme. Lo hizo como antes, como si nada hubiera cambiado. Me alivió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Te noto cansado —dijo cuando el camarero se fue—. No cansado de dormir mal. Cansado de cargar cosas.

Bajé la mirada al vaso de agua.

—Estoy intentando entender lo que me pasa —respondí—. Y no sentir que estoy solo en esto.

No insistió. Nunca lo hacía cuando sabía que iba a hablar.

Le conté lo del caso de Alemania. Por encima. Sin fechas exactas ni nombres. Lo suficiente para que entendiera el fondo: alguien que vio antes, habló antes y pagó por ello.

—¿Y lo han enterrado así, sin más? —preguntó.

—Por interés público —dije—. Eso ponía.

Samantha apretó los labios.

—Siempre hay una frase bonita para no asumir responsabilidades.

Asentí.

—Pol lo ha leído también —añadí—. No juntos. Pero lo sabe.

Levantó la vista al instante.

—Álex…

—No es lo que crees —me adelanté—. No me está usando. Y yo no estoy buscando nada raro ahí.

—No me preocupa eso —dijo—. Me preocupa que confíes en alguien que forma parte del mismo sistema que casi te rompe.

—Lo sé —respondí—. Pero también es el único que me ha escuchado sin intentar meterme en una caja.

Samantha suspiró y miró alrededor, como si necesitara comprobar que nadie estaba prestando atención.

—No creo que sea malo —dijo al final—. Pero sí creo que es peligroso para ti. No por él. Por todo lo que arrastra.

—Ya estoy dentro —admití—. Aunque intente salir.

Mientras caminaba de vuelta, pensé en Pol sin querer.

No en lo que hacía ni en el caso, sino en la forma en que me había mirado la noche anterior.

No como a un problema que resolver, ni como a alguien frágil.

Como si yo todavía tuviera algo que decir antes de que todo terminara.

Me asustó comprobar cuánto necesitaba eso.

Desconexión

La comisaría estaba más viva a esa hora. Teléfonos sonando, teclados golpeados sin ritmo y voces cruzándose en los pasillos. Nada caótico. Solo lleno en abundancia.

Pol y Roldán caminaban juntos cuando un inspector los interceptó cerca del mostrador.

—¿Alguna novedad? —preguntó—. La prensa está apretando otra vez.

Roldán respondió antes que Pol.

—Estamos siguiendo una pista —dijo—. Nada sólido aún.

—¿Pero hay algo? —insistió el inspector.

Pol asintió levemente.

—Lo justo para no descartarlo —respondió—. Pero todavía no para enseñarlo.

El inspector torció el gesto, como si no le convenciera, pero no insistió.

—Avisad cuando tengáis algo que se pueda contar —dijo antes de marcharse.

Roldán esperó a que se alejara.

—Cada vez hay más ojos puestos encima —comentó—. No conviene dar pasos en falso.

—Ni quedarse quietos —replicó Pol.

Antes de que Roldán respondiera, el móvil de Pol vibró en el bolsillo. Miró la pantalla.

Antonio.

Se apartó un poco y contestó.

—¿Qué tal?

—Estoy llegando —dijo la voz al otro lado—. Diez minutos y estoy ahí. Dejamos a la familia en el aeropuerto y damos una vuelta. Te vendrá bien salir un rato.

Pol miró alrededor. La comisaría seguía igual. El caso también.

—Vale —respondió—. Te espero fuera.

Colgó y guardó el móvil.

—¿Te vas? —preguntó Roldán.

—Un rato —dijo Pol—. Despejarme un poco.

Roldán lo observó con atención.

—No es mal momento para desconectar —dijo—. Pero no te alejes demasiado.

Pol asintió.

—Solo dar una vuelta.

Se separaron sin decir nada más.

Pol salió a la calle con la sensación extraña de estar haciendo algo permitido…

pero no del todo correcto.

Como si el caso, por primera vez, siguiera avanzando sin él.

Antonio aparcó en doble fila frente a la comisaría. Bajó la ventanilla antes incluso de detener el coche del todo.

—¡Eh! —dijo sonriendo—. Pensé que no saldrías nunca de ahí.

Pol respondió con una media sonrisa cansada y se acercó. Antonio salió del coche y lo abrazó con un golpe seco en la espalda, de esos que no piden permiso.

—Un par de días sin vernos y ya pareces otro —añadió.

—Algunos más que un par. Han sido largos —respondió Pol.

Del asiento trasero asomaron dos cabezas casi al mismo tiempo.

—¡Pol! —gritó el mayor.

Pol se inclinó para saludarlos, uno por uno, con esa facilidad que tienen algunos para bajar el tono sin esfuerzo. Luego levantó la vista.

La mujer de Antonio lo observaba desde el otro lado del coche. Sonrió al verle.

—Gracias por venir —dijo ella—. Nos quedamos más tranquilos sabiendo que los niños te ven antes de irnos.

—Disfrutad del viaje —respondió Pol—. Yo me encargo de que vuelva entero.

Antonio soltó una risa breve.

—Eso espero.

Se repartieron besos rápidos, mochilas, instrucciones de última hora. Normalidad. Rutina. Cosas pequeñas que no dejan rastro.

Cuando el coche arrancó camino del aeropuerto, Pol se quedó unos segundos mirando cómo se alejaba. Luego dio media vuelta y subió al asiento del copiloto del coche de Antonio.

Desde una de las ventanas de la comisaría, Roldán los observaba.

No escuchaba nada.

No necesitaba hacerlo.

Vio a Pol relajarse por primera vez en días. El gesto más suelto. La risa breve. El cuerpo fuera de alerta.

Tranquilo.

Roldán se apoyó en el marco de la ventana, con la vista fija en el coche que se perdía entre el tráfico.

La tranquilidad siempre era un buen disfraz.

Y, a veces, el mejor punto de mira.

Se apartó del cristal y volvió al interior, dejando atrás la escena como quien cierra una puerta que no piensa volver a abrir.

Caminaron un rato sin hablar del caso. Antonio iba señalando cosas sin importancia: un bar nuevo, una obra interminable, el tráfico imposible de la zona centro. Pol asentía, pero estaba en otra parte.

—¿Y cómo va todo eso? —preguntó Antonio al fin—. Lo del asesino.

Pol tardó un segundo en responder.

—Lento —dijo—. Muy controlado. No deja errores. Y cuando parece que lo tenemos, desaparece.

—Eso es lo que más jode —comentó Antonio—. Sentir que alguien te está midiendo.

Pol asintió.

—Exactamente eso.

Caminaron unos metros más.

—Te noto distinto —añadió Antonio—. No solo cansado. Distinto de verdad.

Pol resopló.

—Gracias por el diagnóstico.

—No me quites mérito —respondió—. Te conozco desde hace años.

Pol dudó. Bajó la mirada un instante.

—Hay una persona —dijo—. Por el caso.

Antonio lo miró sin sorpresa, como si ya lo estuviera esperando.

—Siempre hay una persona.

—No es eso —aclaró Pol—. No es alguien del trabajo. Ni alguien… habitual.

—Ajá.

Pol se detuvo.

—No me mires así.

Antonio sonrió.

—¿Así cómo?

—Como si ya supieras por dónde voy.

Antonio dio un par de pasos más y luego se giró hacia él.

—Pol —dijo—. No me digas que a mi amigo le está removiendo el chico que encerraste.

—No —negó Pol, más brusco de lo necesario—. No me gusta.

—No he dicho eso —respondió Antonio—. He dicho que te remueve.

Pol apretó la mandíbula.

—No voy por ahí —insistió—. Ya sabes que no.

Antonio ladeó la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó—. Porque recuerdo perfectamente a ese "no voy por ahí" con el del gimnasio. El de las mañanas. El que no existió, según tú.

Pol cerró los ojos un segundo.

—Eso fue hace años.

—Y no pasó nada —añadió Antonio—. Pero te costó admitirlo lo mismo que ahora.

Pol negó con la cabeza.

—No es lo mismo.

—Nunca lo es —respondió—. Hasta que lo es.

Pol respiró hondo.

—No me atrae —dijo—. Me importa. Me escucha. No me mira como si yo fuera el que tiene todas las respuestas.

Antonio lo observó con atención, sin bromas esta vez.

—Eso engancha más que el deseo —dijo—. Porque te hace sentir necesario.

Pol no respondió.

—Solo te digo una cosa —añadió Antonio mientras reanudaban la marcha—. No te mientas para estar más cómodo. Al final eso siempre sale caro.

Siguieron caminando en silencio.

Pol sabía que su amigo no le estaba diciendo qué hacer.

Solo estaba señalando algo que él llevaba rato esquivando.

Antonio lo dejó frente al portal y esperó a que Pol bajara del coche.

—Llámame cuando llegues —dijo—. Aunque sea para decir que estás bien.

Pol asintió.

—Gracias por hoy.

Antonio sonrió, de esa forma que no pide explicaciones.

—Para eso están los amigos.

El coche se alejó y Pol se quedó quieto con las manos en los bolsillos. La casa estaba en silencio de más. Entró, dejó las llaves en la mesa y no encendió ninguna luz.

Sacó el móvil.

No pensó qué escribir.

Pol: necesito verte.

La respuesta llegó casi al instante.

Alex: ¿Ahora?

Pol: sí.

No hubo más mensajes.

Me quedé de pie en el salón, sin saber muy bien qué hacer con las manos. El silencio de la casa se volvió expectante, como si supiera que algo estaba a punto de romperse o de encajar.

Cuando llamaron al timbre, abrí casi al instante.

Pol estaba ahí. De pie. Con esa expresión que no le había visto nunca. No cansancio. No tensión. Algo más desnudo.

No dijo nada.

Entró y me besó.

Así.

Sin aviso.

Sin disculpa.

Fue un beso firme, decidido, como si llevara horas conteniéndose. Me quedé quieto un segundo, sorprendido por la claridad del gesto, y luego respondí. No porque lo hubiera planeado. Porque tenía sentido.

Se apartó lo justo para apoyar la frente en la mía.

—Lo necesitaba —dijo.

No pregunté qué.

No hizo falta.

—Pasa —le dije—. Estás temblando.

Cerré la puerta detrás de nosotros. El ruido del portal quedó fuera, lejos. Dentro, el silencio era distinto. No apretaba.

Pol respiró hondo, como si acabara de soltar algo que llevaba tiempo sujetando.

Lo miré y entendí que no era solo el caso.

Ni la presión.

Ni el error.

Era el momento en el que había dejado de aguantar solo.

No dijimos nada más.

Y por primera vez desde que todo empezó, no pensé en lo que vendría después.

—Vete —le dije—. Descansa.

Me miró como si no quisiera hacerlo.

—Te escribo cuando llegue —dijo.

Asentí.

Lo vi marcharse desde el marco de la puerta. No encendí la luz hasta que escuché sus pasos perderse por la escalera.

Cerré despacio.

La casa volvió a quedarse en silencio, pero ya no era el mismo silencio de antes.

Esta vez tenía forma.

ACTO FINAL

Personas

Pol

Pol llevaba despierto desde las cinco.

No por el caso. No por nada concreto. Solo esa forma de despertar que tienen los cuerpos cuando llevan demasiados días aguantando: de golpe, en silencio, con la certeza inmediata de que el descanso ya no va a volver.

Se quedó tumbado un rato mirando el techo. La habitación estaba a oscuras, pero ya no era de noche. Ese gris previo que no es ni una cosa ni la otra. Pensó en levantarse. No lo hizo. Pensó en cerrar los ojos. Tampoco.

Al final se incorporó porque el cuerpo tomó la decisión por él.

En el baño evitó mirarse al espejo más de lo necesario. Había algo en su propio reflejo últimamente que no reconocía. No la cara. La expresión. Esa mezcla de cansancio y algo más difícil de nombrar que llevaba instalada desde la muerte de Antonio y que no se iba ni durmiendo ni trabajando.

La cafetera automática empezó a trabajar en cuanto la pulsó. El sonido llenó la cocina, familiar, constante. Pol apoyó las manos en la encimera y esperó sin moverse.

Hacía frío. Un frío limpio, doméstico, que no molestaba pero que estaba.

Siempre el mismo café: solo, dos cargas, abundante sacarina.

Mientras esperaba cogió el móvil de la encimera.

Notificaciones. Demasiadas para esa hora.

Varios mensajes de Álex. Dos de Antonio. Uno de su padre.

Los de Antonio los abrió sin pensar, por inercia. El último era de la noche anterior, tarde.

Oye, mañana quedamos. Tengo algo que contarte. Nada urgente, pero quiero que lo sepas tú primero.

Pol lo releyó una vez.

Luego lo cerró sin responder.

Lo haría después. Antonio siempre decía que tenía algo que contar y luego resultaba ser alguna historia del trabajo o un plan para el fin de semana. Era así. Siempre había sido así.

Dejó el teléfono boca abajo sobre la encimera.

El café cayó en la taza, lento, constante.

Pol lo cogió con las dos manos, como si necesitara el calor, y bebió de pie sin moverse del sitio. No tenía hambre. Tampoco ganas de sentarse. El cuerpo estaba allí, aunque la cabeza seguía en otro sitio, dando vueltas a cosas que no avanzaban.

Antonio.

El caso.

Álex.

Roldán.

Dio otro sorbo.

El móvil vibró boca abajo sobre la encimera. Lo ignoró. Volvió a vibrar. Luego otra vez.

Pol frunció el ceño y lo cogió.

Roldán.

Tres llamadas perdidas. Las tres de los últimos veinte minutos.

Y un mensaje.

Lo abrió.

Solo había una dirección.

La de Antonio.

Pol tardó un segundo en leerla. Luego otro en entenderla. Luego dejó la taza sobre la encimera sin mirar dónde la ponía y fue al dormitorio a coger la chaqueta.

No pensó en nada concreto mientras se vestía.

Solo que tenía que llegar.

Álex

Me desperté de golpe.

El cuerpo reaccionó antes que la cabeza, como si hubiera sido arrancado de un sitio al que no debía volver. El corazón me golpeaba con fuerza, desacompasado. La habitación estaba a oscuras, en silencio, exactamente igual que cuando me había acostado.

Pero yo no.

La imagen seguía ahí.

Un baño amplio. Limpio en exceso con intención. Un reloj que marcaba las once y veintiuno de la noche. La luz blanca, dura, reflejada en un espejo empañado por un vapor que ya no existía. Frente al lavabo, un hombre inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en la cerámica. Los nudillos blancos. Los hombros tensos.

No sabía quién era.

Solo sabía que estaba vivo en ese momento.

Sus ojos, abiertos de más, miraban el espejo sin mirarse. Buscaban algo detrás. Algo que ya estaba ahí, cerca.

La mano apareció primero. Sujetándole el pelo desde atrás, tirando de la cabeza con un cuidado inquietante, como si temiera romper algo delicado. El cuchillo descansaba sobre la garganta, exacto, preciso. No había temblor. No había prisa.

El reflejo mostró entonces el rostro del que sostenía el arma.

Y algo dentro de mí se contrajo.

No era un desconocido.

Era una cara que había visto muchas veces. En contextos distintos. En lugares donde debía inspirar confianza. Una expresión serena, casi profesional. Los ojos atentos, concentrados, como si estuviera resolviendo un problema.

No pude ponerle nombre.

Eso fue lo peor.

El corte llegó sin violencia. Limpio. La sangre empezó a caer despacio, espesa, real, marcando el blanco del lavabo con una calma insoportable. El hombre intentó emitir un sonido, pero solo salió un gorgoteo breve, ahogado.

El que estaba detrás no apartó la mirada.

Observaba el reflejo.

Se observaba a sí mismo.

Ajustó el agarre. Inclinó un poco más la cabeza de la víctima, buscando el ángulo exacto. No había ira. No había castigo. Solo atención.

Entonces, desde el espejo, levantó la vista.

Y me miró.

Desperté con un jadeo seco, como si acabara de salir a la superficie después de ahogarme.

Me incorporé de golpe. Las sábanas estaban empapadas. Tenía las manos rígidas, clavadas en el colchón. El corazón seguía golpeando sin ritmo.

—No… —murmuré—. No, no…

La habitación volvió a tomar forma poco a poco. La oscuridad. El silencio. Todo en su sitio.

Excepto yo.

Me llevé las manos a la cara, presioné con fuerza, como si pudiera borrar la imagen a base de insistir. La cara seguía ahí. Flotando. Sin nombre.

Familiar.

Innecesariamente cercana.

No sabía a quién había visto morir. No sabía quién era el hombre del cuchillo.

Pero supe, con una certeza que me heló por dentro, que cuando esa cara tuviera un nombre, ya no habría vuelta atrás.

Y tuve miedo.

No del asesino.

De reconocerlo.

Antonio

Pol condujo por inercia hasta la casa de Antonio. El trayecto eran treinta y nueve minutos exactos. Aunque a él se le hicieron eternos. Todavía no entendía porque Roldán le había mandado esa dirección.

Eso le ponía nervioso a cada metro que recorría.

Al llegar había un cordón policial extenso y una cinta amarilla que rodeaba el chalé como si fuera una herida. Estaban los coches de Aramburu, Silvia y Roldán.

El que más le extrañó fue el del comisario. Nunca aparecía en una escena del crimen.

A no ser que fuera muy importante.

Pol bajó del coche sin apagarlo si quiera con la gabardina desabrochada, el pelo revuelto y la placa colgando del cuello y la cara de alguien que sabía que ya había llegado tarde.

Dentro, Roldán estaba en el pasillo hablando con unos agentes mientras Pol recorrió la casa hasta llegar al baño donde yacían unos focos apuntando hacia adentro.

El comisario paró en seco a Pol, como si fuera un placaje.

—Pol, no. No es el momento. No entres.

Pol lo miró con cara de angustia y desesperación. No entendía nada. Apartó al comisario con un leve empujón y ahí estaba. Antonio. Su amigo.

Estaba sentado en el borde de la bañera, la espalda apoyada contra las baldosas blancas ahora salpicadas de rojo oscuro. Los focos de la científica lo iluminaban sin piedad, convirtiendo cada detalle en una herida expuesta.

El cuello era una línea limpia y profunda de oreja a oreja. Un tajo único, preciso, que había seccionado arterias y tráquea sin titubeos. La sangre había descendido en dos regueros gruesos por el pecho, empapando la camisa blanca hasta convertirla en un trapo marrón oscuro. Aún goteaba despacio hacia el desagüe, un ritmo lento y constante.

Pero fueron los ojos los que le cortaron la respiración a Pol.

Dos huecos negros, irregulares, con los bordes desgarrados. Los globos oculares habían sido extraídos con fuerza bruta; quedaban

solo jirones de nervios ópticos colgando como hilos húmedos y rojos. Los párpados caídos sobre el vacío daban a la cara de Antonio un aspecto de máscara rota, desprovista de cualquier rastro de la persona que había sido.

Pol sintió un vacío en el estómago. Dio un paso atrás involuntario y chocó con el marco de la puerta. El pitido en los oídos se hizo ensordecedor.

Desde el pasillo, Roldán observaba en silencio.

Estaba de pie junto a uno de los agentes de científica, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, la postura relajada pero atenta. No se acercó. No dijo nada. Solo miró la escena con esa calma profesional que siempre lo caracterizaba: ni un gesto de horror, ni un respingo, ni una palabra de consuelo. Como si estuviera catalogando un expediente más.

Pol levantó la vista hacia él. Sus ojos se cruzaron un instante.

Roldán sostuvo la mirada sin parpadear. No había compasión en su expresión. Tampoco sorpresa. Solo una quietud absoluta que, en ese momento, a Pol le resultó… fuera de lugar.

El comisario volvió a sujetarlo por el brazo, esta vez con más firmeza.

—Pol, fuera. No puedes estar aquí ahora.

Pol no se movió al principio. Seguía mirando las cuencas vacías, el tajo perfecto, la sangre que seguía goteando.

—Era mi amigo —murmuró, casi para sí mismo. La voz le salió quebrada, irreconocible.

Roldán dio un paso mínimo hacia adelante, pero no entró en el baño. Se limitó a hablar en voz baja, neutra:

—Vamos a pillarlo, Pol. Paso a paso.

No había calidez en el tono. Solo procedimiento.

Pol sintió un escalofrío que no supo explicar. Asintió mecánicamente, dejó que el comisario lo guiara hacia fuera. Al pasar junto a Roldán, notó el olor de su colonia —la misma de siempre— mezclado con el hedor metálico de la escena.

Y por primera vez, esa familiaridad le resultó ligeramente repulsiva.

Los dos inspectores

Pol llegó a casa con Roldán unos minutos después. No hablaron durante el trayecto. Tampoco al entrar. La puerta se cerró detrás de ellos con un sonido seco, definitivo para un día que todavía no había terminado de romperse.

Pol dejó las llaves sobre la consola sin cuidado. La chaqueta cayó sobre el respaldo de una silla. Se quedó de pie en medio del salón, mirando el suelo como si el parqué pudiera explicarle algo.

Roldán fue el primero en moverse. Se apoyó en la pared junto a la ventana, manos en los bolsillos, postura relajada pero atenta. No dijo nada al principio.

—No tienes que decir nada —murmuró al fin, voz baja—. No ahora.

Pol negó despacio con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Estaba bien. Joder, estaba bien.

Roldán guardó silencio. Solo asintió una vez, muy despacio.

Pol soltó una risa breve, rota.

—Siempre digo eso. A las familias. A los compañeros. Y ahora no me sirve de nada.

El timbre sonó.

Ambos se giraron al mismo tiempo.

Pol tardó unos segundos en reaccionar. Caminó hasta la puerta como si arrastrara cadenas. Abrió.

Álex estaba al otro lado. Cara pálida, ojos enrojecidos, ropa arrugada. No parecía haber dormido.

—Pol —dijo—. Necesito hablar contigo.

Pol asintió y se apartó.

—Pasa.

Álex entró y se detuvo al ver a Roldán apoyado en la pared del salón. No dijo nada. No preguntó. Solo se tensó un instante, como si notara algo en el aire que no podía nombrar.

—¿Todo bien? —preguntó Álex, mirando a Pol—. Te he llamado antes.

Pol cerró la puerta con cuidado.

—Ha pasado algo —dijo—. Han encontrado a Antonio. Está muerto.

Alex se quedó quieto. El vacío le subió por el pecho.

—¿Cómo…?

—Está muerto —repitió Pol, sin entonación. No hacía falta.

Alex tragó saliva.

—Pol… por eso he venido.

Roldán no se movió de su sitio. Seguía con las manos en los bolsillos, mirada fija en el suelo, como si estuviera dando espacio a la conversación. Pero escuchaba cada palabra.

—He tenido otra visión —dijo Álex, bajando la voz—. Esta vez fue distinta. No eran símbolos ni sangre. Vi una cara.

Pol cerró los ojos con fuerza.

—No ahora, Alex.

—Pol, por favor. No fue como las otras. Era alguien real. Cercano. Una cara que he visto muchas veces. En sitios donde debería sentirme seguro.

Pol levantó la cabeza de golpe. La voz le salió áspera.

—Basta.

Álex dio un paso adelante.

—No sabía quién era al principio. Pero era… era alguien que conozco. Alguien que estaba allí.

Pol se levantó del sofá de golpe. Las manos le temblaban.

—Mi amigo está muerto —dijo, la voz quebrándose—. Acabo de verlo. Degollado. Sin ojos. No voy a escuchar más historias esta noche. No puedo.

Alex palideció más.

—No es una historia. Es lo mismo de siempre. Igual que antes. Igual que cuando nadie me creyó.

Pol negó con la cabeza, una y otra vez.

—Vete —dijo—. Por favor. No hagas esto ahora.

Alex se quedó quieto unos segundos. Miró de reojo hacia Roldán. El inspector seguía en la misma postura: inmóvil, silencioso, escuchando sin aparentar interés. Sus ojos no se habían movido del suelo.

—Vale —murmuró Álex al fin.

Cogió su abrigo y salió sin mirar atrás.

La puerta se cerró.

Roldán esperó unos segundos antes de hablar.

—Lo siento —dijo, voz baja y controlada—. Ha sido demasiado para él. Y para ti.

Pol no respondió. Se dejó caer de nuevo en el sofá, con la mirada perdida.

Roldán se puso la chaqueta despacio.

—Descansa —añadió—. Mañana será otro día.

Cuando se fue, la casa volvió a quedarse en silencio.

Pol no sabía que acababa de rechazar la única advertencia que podía haber cambiado las cosas.

Y Roldán, al cruzar el umbral, supo que el tiempo se había estrechado. Álex había visto una cara. Y tarde o temprano, esa cara tendría nombre.

Consecuencias para Pol

Salí del portal sin saber adónde iba ni dónde estaba.

No porque no tuviera casa, sino porque no quería llegar a ella.

Me quedé quieto en la acera, mirando un pájaro posado en lo alto de una farola, ajeno a todo lo demás. A lo que había sucedido. A mí.

Lo había dicho.

Esta vez lo había dicho bien.

Y, aun así, no había servido de nada.

***

Pol se levantó del sofá sin saber muy bien cuándo había decidido hacerlo.

No fue una elección consciente. Fue el cuerpo. Las manos buscando algo que hacer porque quedarse quieto empezaba a doler más.

Cogió la chaqueta. Las llaves. La placa. El arma.

Las dejó sobre la mesa un segundo, como si dudara del orden. Al final se guardó la placa en el bolsillo interior y el arma en la cintura. No se puso la chaqueta oficial. No quería parecerlo.

Antes de salir miró el salón una última vez. El sitio donde se había sentado. El vacío que había quedado después.

Cerró la puerta con cuidado.

En la calle el aire estaba frío, claro. Demasiado limpio para lo que llevaba encima. Caminó hasta el coche con la cabeza baja, evitando mirar a los pocos transeúntes que pasaban sin saber nada.

Arrancó.

Durante los primeros minutos no pensó en nada concreto. Solo condujo. Semáforos. Cruces. El sol reflejándose en los cristales de los edificios.

Luego llegaron las preguntas.

¿Quién?

La descartó enseguida. No tenía sentido plantearla así. No era un desconocido cualquiera. No había sido al azar. Antonio no era una víctima más.

¿Por qué?

Ahí sí se quedó atrapado.

Repasó mentalmente la tarde anterior. El paseo. La conversación banal. La forma en que Antonio había hablado de sus hijos. De las vacaciones. De lo cansado que estaba últimamente.

Nada encajaba.

Y, aun así, algo le rozaba por dentro. Una sensación incómoda, antigua. Como cuando sabes que has pasado por alto un detalle y todavía no sabes cuál.

Pol apretó el volante.

No quiso pensar en Álex. En lo que había dicho. En cómo lo había mirado antes de irse. Esa idea le molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

No ahora, se dijo.

Giró hacia la urbanización donde vivía Antonio. Las calles estaban activas. Gente paseando, coches saliendo de los garajes. Una normalidad ofensiva.

Aparcó lejos, por inercia profesional, aunque no estaba allí como inspector.

Bajó del coche y se quedó quieto en el último momento antes de avanzar.

Por primera vez desde que llevaba placa, no tenía claro qué buscaba.

Solo entender cómo alguien podía desaparecer así.

Y por qué, de repente, ya no estaba seguro de querer aceptar la versión oficial.

La casa estaba acordonada.

Dos agentes charlando en voz baja junto al seto, como si aquello fuera una rutina más. Pol caminó directo hacia ellos.

—Inspector Casals —dijo, mostrando la placa casi sin mirarlos.

Ninguno preguntó nada. La reconocieron. Apartaron la cinta.

Entró.

El interior estaba en silencio. Más espeso que el de una casa vacía. Como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo sin apagarlo del todo.

Fue directo al baño.

La escena estaba limpia, pero no como debería. El cuerpo ya no estaba. Solo quedaban restos: marcas de sangre en el lavabo que aún no se habían limpiado, la cortina arrancada, salpicaduras oscuras en las baldosas.

Pol se quedó quieto, de pie, intentando recomponer lo que ya no estaba allí.

Antonio sentado. La cabeza inclinada. El cuello expuesto. El corte. Las cuencas vacías.

No vio el cuchillo, pero lo imaginó. No vio la mano, pero la sintió firme. Demasiado firme.

Intentó pensar como inspector. Secuencia. Tiempo. Motivo.

No pudo.

El aire empezó a faltarle sin previo aviso. Un nudo seco le subió desde el estómago hasta la garganta. Se giró y caminó rápido hacia la cocina, sin mirar nada más.

No llegó al fregadero.

Se apoyó en la encimera y vomitó. Violento. Amargo.

Todo lo que no había dicho desde que se lo comunicaron.

Se quedó doblado unos segundos, respirando mal, con las manos temblándole.

—Pol.

La voz le llegó amortiguada, como desde otra habitación.

Silvia estaba en la puerta. No llevaba guantes. No llevaba carpeta. Solo una expresión cansada y algo roto en los ojos.

No dijo nada más.

Se acercó despacio y lo rodeó con los brazos, firme, sin cuidado profesional. Como se abraza a alguien que no necesita preguntas.

Pol apoyó la frente en su hombro.

—No lo entiendo —dijo, casi sin voz—. No tiene sentido.

Silvia no lo contradijo.

—A veces no lo tiene —respondió—. Y aun así pasa.

Se quedaron así unos segundos. El tiempo justo. Ni más, ni menos.

Cuando se separaron, Silvia lo miró de frente.

—No estabas preparado para ver esto —dijo—. Nadie lo estaría.

Pol se pasó la mano por la cara, intentando recomponerse.

—Gracias —murmuró.

Silvia asintió, pero no sonrió.

—No estás solo en esto —añadió—. Aunque ahora te hagan sentir lo contrario.

Pol no respondió.

Pero por primera vez desde que había entrado en la casa, el silencio dejó de ser completamente insoportable.

Salieron juntos. La cinta volvió a cerrarse tras ellos con un roce seco. Caminaron en silencio hasta los coches.

Silvia se apoyó en el suyo, cruzó los brazos y lo miró sin dureza, pero sin rodeos.

—Sé que te van a apartar del caso.

Pol no fingió sorpresa. Bajó la vista un segundo.

—Entonces también sabes que no debería haber entrado ahí.

—Lo sé —respondió ella—. Y también sé que, si lo notifico, te quitan la placa. Como mínimo.

El silencio se tensó entre los dos.

—No lo voy a hacer —añadió Silvia.

Pol levantó la cabeza.

—Gracias.

No fue un gracias solemne. Fue cansado. Desnudo.

Silvia asintió despacio.

—No lo hago por ti —dijo—. Lo hago porque esto ya no va solo de procedimientos.

Pol apoyó la espalda en el coche, todavía pálido.

—No puedo pensar con claridad —admitió—. No ahora.

—No tienes que hacerlo —respondió ella—. Para eso estoy yo.

Hubo un breve silencio, más calmado.

—Desde lo del médico —continuó Silvia—, el comisario me dio orden de moverme en paralelo. No soy inspectora de calle como tal. Estoy vinculada a Asuntos Internos.

Pol frunció el ceño.

—Cuando me equivoqué.

—Desde que vimos que algo no encajaba —corrigió ella—. Casualidades seguidas. Escenas demasiado ordenadas. Prisa por archivar y pasar página.

Pol apretó la mandíbula.

—¿Y Roldán?

Silvia no respondió de inmediato.

—No te fíes de nadie solo porque haya estado a tu lado —dijo al final—. Ni siquiera de los que parecen más sólidos.

Pol la miró. Entendió que no era una frase al azar.

—Si encuentro algo —añadió ella—, serás el primero en saberlo. Aunque oficialmente no estés en el caso.

Pol asintió.

—Ten cuidado —le dijo—. Esto no es un juego.

Silvia esbozó una media sonrisa cansada.

—Nunca lo es.

Se separaron sin más palabras.

Pol se quedó mirando cómo ella se alejaba.

Por primera vez desde que todo había empezado, no se sintió completamente solo.

Y eso, lejos de tranquilizarlo, le dio aún más miedo.

El eco de Álex

No vi nada. Y, aun así, el cuerpo no dejó de avisarme de que algo había pasado.

Estaba en casa, sentado en el borde de la cama, con los zapatos puestos sin saber por qué. Como si fuera a salir. Como si ya hubiera salido y hubiese vuelto sin darme cuenta.

Pensé en Pol.

En su cara cuando me cerró la puerta. En la forma en que me había mirado antes, como si no supiera qué hacer conmigo ni consigo mismo. No era rechazo. Era miedo.

El mismo miedo que yo llevaba arrastrando desde el principio.

Desde la primera vez, cuando solo fueron números y una hora exacta.

Desde la segunda, cuando ya hubo un lugar.

Desde la tercera, cuando entendí que no era casualidad.

Horas. Lugares. Hechos.

Personas.

El orden se me repetía en la cabeza como una lista que nadie había escrito, pero que yo conocía bien.

Me levanté y fui hasta la ventana. La calle seguía igual que siempre. Gente pasando. Un repartidor discutiendo por el móvil. Un perro tirando de la correa.

Nada encajaba con la presión que sentía en el pecho.

Pensé en el caso de Alemania. En aquel hombre que habló antes de tiempo. Que dijo la verdad sin pruebas y pagó por ello toda su vida.

No quería acabar así.

Pero tampoco podía quedarme quieto.

Volví a sentarme. Abrí el portátil. Cerré el portátil. Cogí el móvil y lo dejé sobre la mesa boca abajo.

Sabía que si escribía a Pol lo haría mal. Desde el miedo. Desde la urgencia. Y eso nunca ayuda.

Intenté pensar como él. Como policía. Como alguien que cree en procesos.

¿Qué haría yo si no tuviera esto dentro?

Miré la hora sin querer. El gesto automático que había aprendido a odiar.

No pasó nada.

Eso fue lo peor.

Porque cuando no pasa nada, la cabeza se llena de ruido.

Respiré hondo. Una vez. Dos.

No estaba loco.

No era una maldición.

Tenía que haber una forma de ayudar sin romperlo todo.

Y aunque todavía no sabía cuál, entendí algo con una claridad incómoda:

Esta vez no podía limitarme a ver.

Tenía que aguantar.

Esperar.

Y, cuando tocara, hablar.

Aunque me costara todo.

La grieta racional de Pol

Pol llevaba más de una hora sentado frente al portátil cuando se dio cuenta de que el café se había quedado frío.

No le importó. Tampoco recordaba haberlo preparado.

La pantalla iluminaba el salón con una luz blanca, clínica, que hacía que todo pareciera más ordenado de lo que estaba. El resto de la casa seguía igual que la había dejado al salir aquella mañana: cojines fuera de sitio, la chaqueta tirada sobre la silla, las llaves donde no tocaban.

Antonio aparecía en la pantalla en una fotografía corporativa. Traje oscuro. Sonrisa medida. El tipo de sonrisa que no se concede sin pensarlo antes.

Pol no estaba revisando el caso.

Se lo repitió varias veces.

No había informes abiertos. No había diligencias. No había nada oficial. Solo pestañas del navegador abiertas una tras otra, como si cada clic fuera una forma de retrasar algo que no quería admitir.

Antonio Torres Pérez.

Director ejecutivo.

Consejero.

Firmante.

No "amigo". Eso no aparecía en ningún sitio.

Pol fue pasando documentos sin un orden claro. Artículos económicos. Comunicados internos. Entrevistas antiguas. Nada llamativo. Nada ilegal. Nada que justificara una muerte.

Y, ante todo esto, algo no encajaba.

Antonio no decidía poco. Decidía mucho. Era su trabajo. Su nombre aparecía siempre al final de los comunicados difíciles. En los "no". En las negativas. En los recortes.

Pol cerró los ojos un segundo.

Pensó en la tarde anterior. En el paseo. En cómo Antonio había hablado de su trabajo sin orgullo, casi con cansancio. Como si llevara tiempo sosteniendo algo que pesaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Volvió a la pantalla.

Una aseguradora.

El nombre le sonó familiar, aunque no supo decir por qué. No se detuvo demasiado. No quería forzar asociaciones. Solo leyó. Solo absorbió.

Esa empresa aseguraba convenios públicos. Entre ellos, varios cuerpos oficiales. Entre ellos, una comisaría concreta.

Pol se tensó apenas. Un gesto mínimo. Casi imperceptible.

No profundizó.

No quería convertir aquello en una teoría. Todavía no.

Se levantó y caminó por el salón sin rumbo, como si el cuerpo necesitara moverse para no quedarse atrapado en la cabeza. Pensó en todas las veces que había defendido a Antonio en conversaciones informales. En cómo lo había presentado a otros como "uno de los buenos".

La palabra le molestó ahora.

Volvió a sentarse. Cambió de pestaña.

Buscó enemigos. Demandas. Conflictos públicos. Protestas. Nada serio. Nada que gritara venganza.

Y eso, lejos de tranquilizarlo, lo inquietó más.

Porque los crímenes que había visto no eran explosivos. No eran caóticos. Eran contenidos. Precisos. Como si alguien hubiera esperado mucho tiempo para hacerlos.

Pol cerró el portátil despacio.

Se pasó las manos por la cara y apoyó los codos en las rodillas.

No tenía una respuesta.

Pero tenía una grieta.

Y una intuición que empezaba a dolerle en lo más profundo como para seguir ignorándola.

Antonio no había muerto por azar.

Y si eso era cierto, entonces el resto tampoco lo había hecho.

Pol se quedó allí sentado, en silencio, aceptando por primera vez que el caso no se estaba rompiendo.

Se estaba ordenando.

Aunque no le gustara la forma que empezaba a tomar.

El contrapunto humano de Álex

No estaba buscando respuestas.

Me repetí eso varias veces mientras abría el portátil. No quería volver a ese lugar mental donde todo encajaba demasiado bien y, por tanto, daba miedo. Solo necesitaba ordenar ideas. Ponerlas en fila. Como quien limpia una mesa para poder respirar.

Empecé por lo evidente. Fechas. Horas. Lo que ya sabía.

2:51

1:41

0:31

Las escribí sin pensar más de la cuenta. Tres líneas. Nada más.

No añadí la cuarta. No quería.

Me levanté a por agua. Volví. Miré la pantalla como si no fuera mía. Como si alguien más hubiera dejado aquello ahí.

No era un patrón matemático. No era una secuencia perfecta. No había nada místico en ello. Pero, el descenso estaba ahí. Lento. Controlado.

Cerré el documento.

No iba a hacer eso otra vez.

Pensé en Pol. En la forma en que había intentado sostenerse delante de mí sin conseguirlo del todo. En cómo había escuchado sin interrumpir. Eso no lo hacía alguien que no estuviera acostumbrado a cargar con cosas pesadas.

Me pregunté si él estaría haciendo lo mismo. Revisando. Pensando. Dudando.

Abrí el navegador y busqué artículos antiguos. No sobre asesinatos. Sobre errores. Casos mal cerrados. Gente que vio antes de tiempo y pagó por ello.

Volví, sin querer, al caso de Alemania. A la frase final del archivo: interés público.

La cerré de golpe.

No quería convertirme en eso.

Me apoyé en el respaldo de la silla y dejé caer la cabeza hacia atrás. El techo seguía ahí. Blanco. Inofensivo. Como siempre.

No vi nada.

Eso me tranquilizó y me inquietó a partes iguales.

Porque empezaba a entender que esto no iba de ver.

Iba de resistir.

De no decirlo todo sumamente pronto.

De no forzar conexiones solo para dejar de sentir miedo.

Apagué el portátil.

Había algo ahí. Lo sabía. Pero aún no era el momento.

Y, por primera vez desde que todo empezó, acepté que esperar también podía ser una forma de ayudar.

Aunque doliera.

El filo invisible de Silvia

Silvia llevaba horas en comisaría cuando se dio cuenta de que ya no quedaba casi nadie.

El zumbido de los fluorescentes era lo único que quedaba vivo.

Tenía expedientes abiertos. No todos del caso. Algunos antiguos. Otros irrelevantes a simple vista.

Pero Silvia no buscaba culpables. Buscaba repeticiones.

Primera víctima.

Releyó el informe. Lugar, hora, causa. Todo correcto. Absurdamente correcto.

Lo que le interesaba estaba en los márgenes: movimientos previos, contactos recientes.

Un nombre apareció más de una vez.

Javier Roldán.

No era sospechoso. No oficialmente.

Anotó el dato sin comentario.

Segunda víctima.

Conflicto laboral días antes. Discusión subida de tono. Testigo: "hombre mayor, trajeado, muy seguro de sí mismo".

No había denuncia. Pero Roldán había estado allí esa mañana.

Silvia apoyó la espalda. Cruzó los brazos. Miró al techo.

No estaba buscando a Roldán.

Pero Roldán empezaba a aparecer solo.

Se levantó. Caminó por el pasillo sin prisa. El despacho de Roldán estaba entreabierto. Él revisaba papeles.

—Javier —dijo apoyándose en el marco—. ¿Tienes un minuto?

Roldán levantó la vista. Sonrió de forma automática.

—Claro. ¿Qué pasa?

Silvia entró y cerró la puerta con suavidad. No se sentó.

—Estoy revisando el primer caso por orden del comisario.

He visto que estuviste en el café de la esquina el mismo día. A doscientos metros del portal. A la hora aproximada.

Roldán dejó el bolígrafo. Tranquilo.

—Sí. Tomé un café. Hablé con ella.

Silvia inclinó la cabeza.

—En el informe no aparece.

—No todo aparece en los informes —respondió él—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Silvia sostuvo la mirada.

—También hay una mención tuya en el entorno de la segunda víctima. Discusión previa. El testigo te describió con bastante precisión.

Roldán se recostó en la silla. Cruzó los brazos.

—¿Desde cuándo eres Asuntos Internos?

La frase cayó seca. Sin alzar la voz.

—Desde que me pidieron revisar todo sin dar nada por sentado —respondió ella.

Silvia sacó el móvil. Lo puso boca abajo sobre la mesa, sin mostrar nada.

—Tengo una captura de cámara municipal. Tú caminando por la calle lateral. Solo. Sin uniforme.

Roldán no se inmutó.

—Vivo a quince minutos andando. Paso por allí casi todas las noches. Compro tabaco, fumo un cigarro, pienso en Diego… Es rutina.

Silvia no contestó inmediatamente.

—Cuando alguien dice "es rutina" con tanta tranquilidad —dijo al fin—, suele ser porque ya tiene la respuesta preparada.

Roldán sonrió, pero ya no era la misma sonrisa.

—O porque es verdad.

Silvia abrió la puerta.

—Solo quería que lo supieras. Por si alguien más ve esa grabación antes que yo.

Salió sin mirar atrás.

De vuelta a su mesa abrió una carpeta nueva. Sin nombre. Sin título.

Dentro empezó a guardar capturas, horarios, coincidencias. No eran pruebas. Eran hilos.

Cerró la carpeta y apagó el monitor.

No tenía nada que entregar.

Aún.

Pero cuando alguien no se altera ante las preguntas difíciles, no siempre es inocencia.

A veces es práctica.

Silvia se levantó. Apagó la luz del despacho.

La tarde cayó sin hacer ruido.

***

Pol estaba en casa, sentado en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá. No había encendido la televisión. Tampoco música. Solo el sonido lejano de coches pasando y algún portazo aislado en el edificio de enfrente.

Había dejado el móvil boca abajo sobre la mesa.

No por disciplina. Por cansancio.

Pensó en Antonio otra vez. En una imagen concreta: los dos riéndose por una tontería sin importancia, meses atrás, en una terraza cualquiera. Recordó la facilidad con la que había dado por sentado que aquello seguiría ahí. Que las personas permanecen si nadie las empuja.

Se levantó y fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua. Lo bebió despacio, como si eso pudiera devolverle algo parecido al control.

Todo parecía en orden.

Bastante.

Las luces funcionaban. El reloj marcaba la hora correcta. No había llamadas perdidas nuevas. Ningún mensaje urgente. Nada que exigiera una reacción inmediata.

Se permitió pensar, por primera vez en todo el día, que quizá el golpe más duro ya había pasado.

Que mañana podría levantarse y empezar a recomponer las cosas con la cabeza fría. Hablar con quien hiciera falta. Volver a mirar el caso con distancia.

Se apoyó en la encimera y cerró los ojos un segundo.

En otro punto de la ciudad, Alex estaba sentado en su habitación con la ventana abierta, dejando que entrara el aire de la noche. No hacía nada en concreto. Solo respiraba. Como si el cuerpo necesitara comprobar que seguía funcionando.

Pensó en escribirle a Pol.

No lo hizo.

Pensó en todo lo que no había dicho.

Tampoco.

Y, sin ponerse de acuerdo, ambos tuvieron la misma sensación incómoda, casi imperceptible: que esa calma no era descanso.

Era espera.

Como el silencio justo antes de que algo se rompa del todo.

Y aunque ninguno supo explicarlo en ese momento, los dos entendieron —cada uno a su manera— que lo peor no había terminado.

Solo había aprendido a quedarse quieto.

Desgaste mental de Álex

No dormí.

No porque tuviera miedo de cerrar los ojos, sino porque no había nada que apagar. El cuerpo estaba cansado, pero la cabeza seguía funcionando con una lucidez cruel, como si alguien hubiera encendido todas las luces de golpe y se hubiera ido.

Me levanté antes de que amaneciera del todo. La casa estaba en silencio, ese silencio que no calma, solo amplifica. Me preparé un café sin ganas y lo dejé a medias sobre la encimera. Abrí el portátil.

No buscaba nada concreto.

Eso me repetía mientras empezaba a escribir palabras sueltas en el buscador. Nombres. Fechas. Lugares. Todo lo que había ido quedando suspendido en mi cabeza sin orden ni jerarquía.

La muerte de Diego.

El nombre apareció con demasiada facilidad. Como si hubiera estado esperando a que lo llamara.

Leí artículos antiguos. Breves. Mal escritos. Notas de agencia. Un accidente de tráfico. Un agente en acto de servicio. Una carretera secundaria. Nada que sobresaliera. Nada que pidiera ser recordado.

Y, aun así, algo me incomodaba.

No era lo que decían. Era cómo lo decían.

Pasé de un enlace a otro sin darme cuenta del tiempo. Me fijé en los detalles que nadie suele leer: quién firmaba los comunicados, qué palabras se repetían, cuáles evitaban. Accidente. Fatalidad. Sin indicios. Siempre lo mismo.

Cerré una pestaña y abrí otra.

Pensé en Pol. En su forma de hablar de Antonio. En la manera en que había intentado sostener la conversación conmigo sin venirse abajo. Pensé en Roldán, aunque no quise admitirlo.

El móvil vibró sobre la mesa.

Samantha.

Lo miré unos segundos antes de cogerlo.

—¿Has dormido? —preguntó sin saludar.

Negué, aunque sabía que no podía verme.

—No.

Suspiró al otro lado.

—Alex… ven a verme. No puedes quedarte ahí solo dando vueltas.

—Estoy bien —mentí—. Solo estoy intentando entender.

—Eso no es entender —respondió—. Eso es obsesionarte.

Me quedé en silencio.

—Me estás asustando —añadió—. No por lo que ves. Por cómo te estás metiendo en ello.

—No puedo parar, Sam —dije al final—. Si paro, siento que todo se me cae encima.

—Y si sigues, también —replicó—. No eres el responsable de arreglar nada.

Cerré los ojos.

—No quiero acabar como ese hombre de Alemania.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Entonces frena —dijo ella, más suave—. Ahora. Antes de que cruces una línea que no puedas deshacer.

Miré la pantalla del portátil. Las pestañas abiertas. Las palabras subrayadas. Los nombres que ya empezaban a mezclarse.

—Ven —repitió—. Come algo. Habla conmigo. Lo demás puede esperar.

Quise decirle que no. Que necesitaba seguir. Que estaba cerca de algo.

No lo hice.

Apagué el portátil.

—Voy —dije.

Colgué sin añadir nada más.

Mientras me ponía la chaqueta, pensé que quizá Samantha tenía razón. Que tal vez lo que necesitaba no era una respuesta, sino un límite.

Pero incluso mientras cerraba la puerta detrás de mí, supe que aquello no había terminado.

Solo había encontrado otra forma de esconderse.

El piso de Samantha olía a café recién hecho y a colonia limpia. Era un olor conocido, doméstico, de esos que te recuerdan que hay sitios donde el mundo no está roto del todo.

Me senté en la cocina mientras ella se movía de un lado a otro con una naturalidad que envidiaba. No me preguntó nada al principio. Me puso una taza delante y esperó.

—Estás agotado —dijo al cabo de un rato—. No físicamente.

Asentí sin mirarla.

—No puedes seguir así, Alex. Te estás encerrando.

—No es encierro —respondí—. Es protección.

Samantha apoyó las manos en la encimera y me miró de frente.

—¿Protección de qué? ¿De equivocarte o de tener razón?

No supe contestar.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, menos tenso que otros, pero igual de pesado.

—Ven conmigo al trabajo —propuso de repente—. Te vendrá bien salir. Ver gente normal. Pensar en otra cosa.

Negué casi antes de que terminara la frase.

—No puedo.

—Alex…

—No puedo pasar por ahí —insistí—. No ahora. No con todo esto encima. No quiero que me miren. No quiero que me reconozcan. No quiero explicarme.

Ella suspiró, vencida pero no enfadada.

—Vale. Pero prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—Que no vas a seguir buscando hoy. Que vas a dejarlo estar. Al menos unas horas.

Miré la taza. El café ya estaba frío.

—Lo intentaré.

Sabía que no era una promesa sólida. Pero era lo único que podía darle.

Samantha se acercó y me abrazó sin decir nada más. No fue un abrazo largo ni dramático. Fue firme. Como quien sujeta algo que se tambalea.

—Llámame si la cabeza vuelve a irse —dijo—. No te quedes solo con eso.

Asentí.

Cuando salí a la calle, el ruido me golpeó de frente. Coches, voces, pasos. Todo seguía funcionando sin mí.

Y yo seguía sin saber cómo parar.

***

Pol se despertó de golpe, como si alguien hubiera pronunciado su nombre en voz alta.

Tardó unos segundos en ubicarse. El salón. El sofá. La manta mal puesta. La luz entrando a medias por la ventana.

Se sentó despacio, con la sensación de no haber descansado nada. El cuerpo estaba rígido, pero la cabeza clara. Clara en abundancia.

Se pasó una mano por la cara y miró el móvil. Varias notificaciones. Ninguna urgente. Ninguna que resolviera nada.

Se levantó.

No había tristeza en ese gesto. Tampoco calma. Había determinación. Una necesidad casi física de seguir tirando del hilo antes de que se rompiera del todo.

Se preparó un café fuerte, sin sentarse, y abrió el portátil.

No sabía exactamente qué estaba buscando.

Pero sabía que quedarse quieto ya no era una opción.

Pol abrió de nuevo el expediente digital de Antonio sin saber muy bien por qué. No sería la primera vez que lo hiciera esa mañana.

Había pasado de buscar enemigos a buscar decisiones. Documentos firmados. Informes internos. Correos reenviados demasiadas veces. Nada que pareciera personal. Todo correctamente formulado, jurídicamente limpio.

Antonio no era un hombre impulsivo. Eso lo sabía. Lo que no había terminado de aceptar era hasta qué punto había aprendido a esconderse detrás de los procedimientos.

Pol fue bajando por una lista interminable de archivos hasta que uno, casi al final, le llamó la atención. No por el contenido, sino por la fecha. Años atrás. Suficientes.

Lo abrió.

Un informe de resolución de siniestro. Lenguaje técnico. Frases largas. Condicionales. Matices legales. El tipo de documento que nadie lee entero porque el resultado siempre es el mismo.

Negativa.

Pol recorrió el texto sin prisa. No buscaba culpables. Solo contexto.

Accidente de tráfico.

Agente en servicio.

Circunstancias no concluyentes.

La aseguradora argumentaba falta de pruebas suficientes para considerar la muerte como acto de servicio indemnizable. Todo estaba correctamente fundamentado. Todo sonaba razonable si se leía deprisa.

Pol se detuvo en la firma.

Antonio Torres Pérez.

No reaccionó de inmediato. No había motivo para hacerlo. Aquello no era extraño. Era parte de su trabajo. Antonio firmaba ese tipo de resoluciones con frecuencia. Pol lo sabía.

Miró el nombre del beneficiario rechazado.

Roldán.

El apellido apareció sin dramatismo. Sin subrayado. Sin música de fondo.

Pol se quedó quieto unos segundos, simplemente asimilando la coincidencia. No pensó en venganza. No pensó en motivos ocultos. Pensó en burocracia.

En cómo una decisión administrativa puede quedarse adherida a una vida durante años sin que nadie más vuelva a mencionarla.

Cerró el archivo y apoyó la espalda en la silla.

No había nada ilegal allí.

No había nada acusatorio. Solo un dato más.

Antonio había sido uno de los responsables de que Roldán no recibiera indemnización por la muerte de su hijo.

Pol respiró hondo.

No anotó nada. No guardó capturas. No llamó a nadie.

Todavía no.

Se limitó a cerrar el portátil con cuidado, como si el gesto pudiera mantener aquello en su sitio.

Aún no sabía qué significaba ese cruce de nombres.

Pero empezaba a intuir que el caso no se sostenía solo sobre hechos recientes.

Había decisiones antiguas que seguían pesando.

Y algunas, por lo visto, nunca terminaban de cerrarse del todo.

El gesto de Álex

El vagón iba lleno, pero nadie se miraba.

Cuerpos bastante cerca, auriculares puestos, ojos clavados en pantallas que ofrecían una distracción cómoda. Yo también miraba el móvil, aunque no estaba leyendo nada en concreto. Deslizaba el dedo sin pensar, por puro automatismo.

Noticias del caso. Otra vez.

Titulares reciclados. Opiniones rápidas. Gente que no sabía nada diciendo todo. Pasé varias sin detenerme hasta que una imagen me obligó a frenar el gesto.

Era una captura de un vídeo. Un plano medio. Un policía hablando a cámara a la salida de comisaría.

Roldán.

No fue el nombre lo que me hizo tensarme. Fue algo más difícil de explicar.

Incliné un poco la cabeza, imitando sin darme cuenta la postura de la imagen. El ángulo. La forma en que sostenía la mirada. No desafiante. No nerviosa. Controlada. Como si todo estuviera ya decidido y solo quedara decirlo en voz alta.

El vagón se sacudió al frenar en la siguiente estación.

Volví a mirar la imagen.

No era su cara. Era el gesto.

La misma quietud que había visto otras veces sin saber dónde. La misma forma de ocupar el espacio. De no moverse más de lo necesario.

Sentí un frío seco subir desde el estómago hasta el pecho.

Cálmate, me dije. Te estás sugestionando.

Bloqueé el móvil y lo guardé en el bolsillo, como si pudiera esconder lo que acababa de sentir. Respiré hondo. Uno. Dos. El metro arrancó de nuevo.

Pensé en Pol. En su voz rota. En la casa en silencio. En todo lo que no había sabido decirle.

Pensé en el caso de Alemania.

En lo fácil que era llegar antes que los hechos y quedarse solo para siempre.

Volví a sacar el móvil.

Abrí de nuevo la imagen.

Esta vez me fijé en un detalle mínimo: la inclinación del cuello, apenas perceptible. Exactamente igual.

No supe en qué momento decidí que tenía que ir a verlo.

No porque estuviera seguro.

Sino porque, si no lo hacía, sabía que no podría vivir con la duda.

El tren volvió a detenerse. Las puertas se abrieron. La gente empezó a salir.

Yo me quedé quieto un segundo más, con el corazón golpeando rápido para una sospecha que aún no me atrevía a nombrar.

Luego me levanté.

Y, por primera vez desde que todo empezó, entendí que había gestos que no se sueñan.

Se reconocen.

No pensé en el trayecto porque si lo hacía sabría que tendría que dar media vuelta y volver.

Toqué el timbre más de una vez. No porque no me oyeran, sino porque si me detenía sabía que no iba a hacerlo.

Cuando la puerta se abrió, entendí que había llegado tarde a algo que ya se estaba rompiendo.

Pol estaba despeinado, con la camisa arrugada y los ojos enrojecidos. No era cansancio normal. Era abandono. El tipo de cansancio que aparece cuando alguien deja de sostenerse incluso a solas.

—Necesito hablar contigo —dije antes de que pudiera preguntarme qué hacía allí.

Me miró unos segundos. No con desconfianza. Con desgaste. Luego se apartó.

—Pasa.

El adosado no se parecía en nada al que yo conocía. Botellas vacías sobre la mesa, papeles desordenados, el portátil abierto con la pantalla apagada. Nada estaba en su sitio. Nada parecía bajo control.

Cerré la puerta detrás de mí con cuidado.

—No vengo como alguien que "cree ver cosas" —empecé—. Ni como un problema más.

Pol se pasó una mano por la cara.

—Alex, hoy no es buen momento.

Sentí algo subir desde el pecho. No rabia. Determinación.

—Escúchame —dije, alzando la voz por primera vez desde que todo empezó—. No te hablo desde el miedo. Te hablo porque ya no puedo seguir callándome.

Levantó la mirada.

—Lo hago por ayudarte —continué—. Y sí, también por mí. Porque siento algo por ti. Y porque no quiero que esto te destruya sin haberlo intentado.

El silencio se volvió incómodo.

—He visto un gesto —dije—. En el metro. En un vídeo. No es una cara. Es una forma de estar. De mirar. De no dudar.

Tragué saliva.

—Ese gesto me recuerda a Roldán.

Pol reaccionó como si le hubiera golpeado.

—No —dijo—. Para.

—No te estoy diciendo que sea verdad —respondí—. Te estoy diciendo que no puedo ignorarlo.

—¡Basta! —dio un paso hacia mí—. No tienes derecho a traer esto aquí.

—Sí lo tengo —dije, sin bajar la voz—. Porque no te estoy acusando. Te estoy avisando.

Cerró los ojos. Cuando los abrió, ya no quedaba nada de contención.

—Vete —dijo—. Ahora.

No me moví.

—No quiero tener razón —añadí—. Por eso he venido.

Señaló la puerta.

—Vete, Alex. No hoy. No conmigo.

Asentí despacio. Caminé hacia la salida. Antes de abrir, hablé sin girarme.

—Cuando ese gesto vuelva a tu cabeza, acuérdate de que no vine a hacerte daño.

Salí y cerré la puerta detrás de mí.

Me quedé un segundo en el rellano, respirando mal, con las manos temblándome.

Había hablado.

Y, aunque me hubiera echado, supe que ya no podría olvidar lo que acababa de decirle.

Ni yo tampoco.

El archivo cerrado de Silvia

Madrid amaneció gris.

No llovía, pero el cielo estaba bajo, espeso, como si se hubiera quedado sin aire. Un día de esos que no anuncian nada y, aun así, incomodan.

Silvia llegó a comisaría antes de lo habitual. El edificio todavía estaba medio dormido: luces encendidas a medias, pasos aislados, el eco de una cafetera funcionando en algún despacho del fondo. Se quitó el abrigo sin prisa y dejó el bolso en su sitio de siempre.

Mientras encendía el ordenador, escuchó pasos detrás.

—¿Has visto el día? —comentó Roldán al pasar, café en mano—. Tiene pinta de que va a caer una buena.

Silvia apenas levantó la vista.

—Eso dicen siempre.

Roldán sonrió de lado, sin detenerse.

—Y casi siempre aciertan.

Siguió su camino por el pasillo. Nada más. Ningún gesto raro. Ningún tono fuera de lugar.

El sistema terminó de cargar. Silvia abrió su correo, lo revisó por encima y lo cerró sin responder a nada. No había urgencias. Tampoco novedades. Solo ruido.

Abrió entonces la carpeta digital del caso. No porque esperara encontrar algo nuevo, sino por lo contrario: porque todo estaba ya cerrado demasiado rápido.

Pasó por el primer informe, luego por el segundo. Fotografías, declaraciones, sellos. Todo igual de nuevo: orden, limpieza. Volvió atrás y abrió un documento administrativo que no formaba parte directa de la investigación: una referencia cruzada, casi invisible, sobre gestiones externas.

Leyó el nombre de una aseguradora.

Nada más.

Siguió adelante.

En el expediente de la segunda víctima encontró algo parecido. No igual. Parecido. Una mención secundaria, enterrada en un anexo

que nadie consultaba una vez archivado el caso. Volvió a leerlo, esta vez despacio.

No había conexión clara. Ni siquiera una coincidencia evidente. Solo una sensación incómoda, como una palabra mal escrita en un texto largo.

Se reclinó en la silla y dejó escapar el aire.

—Silvia.

Levantó la cabeza. Roldán estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Sí?

—¿Tú llevaste la revisión de la primera diligencia? —preguntó, neutro—. La del parque.

Silvia asintió.

—Sí. ¿Por?

—Nada —respondió—. Me ha preguntado el comisario por tiempos. Cosas internas.

Silvia lo observó un segundo más de lo necesario.

—Se cerró rápido —dijo—. Más de lo habitual.

Roldán no se ofendió. Tampoco se justificó.

—No había mucho más que rascar —contestó—. Y la presión era fuerte.

—Siempre lo es.

—Sí —admitió—. Pero no siempre hay margen.

Silvia volvió la vista a la pantalla.

—Ya no es cosa nuestra —añadió Roldán, antes de irse.

No sonó a orden. Sonó a constatación.

Cuando volvió a quedarse sola, Silvia abrió un tercer archivo. No pertenecía a ninguna víctima directa. Era un expediente antiguo, relacionado con una muerte en acto de servicio. Lo había visto mencionado de pasada días atrás, sin prestarle atención.

El nombre del fallecido: Diego Roldán.

Cerró el archivo sin leer más.

No porque no quisiera.

Porque entendió que ese no era el momento.

Apagó la pantalla y se levantó para ir a por café. En el pasillo, el ruido habitual empezaba a crecer: teléfonos, voces, impresoras. La

comisaría despertaba del todo.

De vuelta en su mesa, anotó un par de nombres en una libreta pequeña que no dejaba nunca a la vista. No estableció relaciones. No dibujó flechas. Solo escribió.

Antes de cerrar el ordenador, volvió al primer expediente y lo marcó con una etiqueta interna. Nada oficial. Nada que dejara rastro.

Guardó la libreta en el bolso.

Sabía que volvería sobre todo aquello.

Con más tiempo. Y, sobre todo, sin avisar.

El cielo seguía gris cuando salió a fumar al patio trasero.

Todavía no llovía. Pero ya se notaba en el aire.

El reconocimiento de Álex

No dormí mucho esa noche.

No porque tuviera miedo, sino porque no conseguía apagar la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, algo se movía justo antes de empezar a tomar forma. No una imagen completa. Solo fragmentos. Gestos. Sensaciones.

Me levanté temprano, antes de que sonara el despertador. La casa estaba en silencio, ese silencio limpio que solo existe a primera hora. Preparé café sin ganas y me senté en la mesa con el móvil en la mano, sin saber muy bien qué estaba buscando.

Abrí las redes por inercia.

Mala idea.

El caso seguía ahí. En todas partes. Titulares repetidos con palabras distintas. Opiniones, hilos, especulación barata. Pasé de largo casi todo hasta que una imagen me detuvo.

No era una foto nueva.

Era un fotograma extraído de un vídeo de archivo, acompañado de un texto que hablaba del avance de la investigación. Un plano medio, ligeramente desenfocado. Un hombre de perfil, escuchando.

No supe qué era exactamente lo que me llamó la atención.

Tal vez la inclinación de la cabeza.

Tal vez la forma en que sostenía los hombros.

O esa quietud tensa, como si el cuerpo estuviera acostumbrado a contener algo.

Sentí un nudo en el estómago.

Deslicé el dedo hacia atrás y volví a mirarlo. La imagen no decía nada por sí sola. No había nada objetivamente inquietante. Podía ser cualquiera. Eso era lo peor.

El café se me quedó frío entre las manos.

No pensé en las visiones. No quise.

Pero vinieron igual.

No como escenas completas, sino como un eco. Una postura repetida. Una forma de estar en el espacio. La sensación de alguien observando sin participar, midiendo.

Cerré el móvil y lo dejé boca abajo sobre la mesa.

Me dije que estaba sugestionado. Que llevaba varios días viviendo dentro del mismo miedo. Que el cerebro busca patrones incluso donde no los hay. Pero había algo que no conseguía quitarme de encima.

La certeza de que esa cara —o ese gesto, o esa forma de mirar— no me era ajena.

Y que no la había conocido en un contexto cualquiera.

Salí a la calle para despejarme. Caminé sin rumbo durante un rato, dejándome llevar por el ruido de la ciudad, por conversaciones ajenas que no tenían nada que ver conmigo. Intenté agarrarme a eso. A lo cotidiano.

No funcionó.

Cada escaparate, cada reflejo, me devolvía la misma sensación: la de estar llegando tarde a algo importante.

Pensé en Pol.

En cómo me había escuchado la última vez. En cómo había decidido no creerme, o no poder hacerlo.

No lo culpé.

Si yo estuviera en su lugar, quizá haría lo mismo.

Volví a casa con la idea fija de no mirar más noticias. De no seguir buscando. De dejar que todo siguiera su curso sin mí.

Duré menos de una hora.

Abrí de nuevo el móvil. Busqué el vídeo completo del que habían sacado la imagen. Lo vi sin sonido, luego con él. No pasó nada distinto. Ninguna revelación. Ninguna prueba.

Solo esa incomodidad persistente.

Apagué la pantalla y apoyé la espalda en el sofá.

No sabía quién era esa persona.

No sabía si estaba equivocado.

No sabía si volver a hablar con Pol serviría de algo.

Pero sí sabía una cosa.

No podía seguir fingiendo que no había visto nada.

Y eso, más que miedo, fue lo que me empujó a levantarme y coger las llaves.

El ruido de Pol

Pol despertó antes de que sonara el despertador.

La luz que entraba por la ventana era gris, sin fuerza, como si el día no terminara de arrancar. Permaneció unos segundos mirando al techo, esperando que el pensamiento se diluyera solo.

No ocurrió.

La frase volvió, intacta.

No el contenido exacto, sino la sensación que había dejado. Esa forma de decirlo. Esa seguridad incómoda.

Negó despacio con la cabeza y se incorporó.

No tenía sentido. No encajaba con nada.

Pol se quedó un momento sentado en el borde de la cama, con el móvil en la mano.

Lo desbloqueó sin pensar y abrió WhatsApp. El gesto era automático, casi reflejo. Bajó hasta encontrar el nombre de Antonio. La conversación estaba arriba del todo. Justo al principio.

No había nada nuevo.

Lo sabía antes de comprobarlo, pero aun así deslizó el dedo hacia abajo, como si el movimiento pudiera forzar una actualización que no iba a llegar. El último mensaje seguía ahí. Una broma estúpida de la noche anterior. Un audio corto que no había escuchado con atención.

Cerró el chat.

Abrió otro sin querer. O más bien, queriendo hacerlo.

Álex.

Había varios mensajes sin responder. De hacía un día. Frases cortas, medidas, escritas con cuidado. No pedían nada. No exigían una reacción. Solo estaban ahí, esperando.

Pol no los abrió.

Bloqueó el móvil y lo dejó boca abajo sobre la mesilla, como si así pudiera silenciar algo más que la pantalla. Se pasó una mano por la cara y respiró hondo.

No era el momento.

No podía serlo.

Se repitió que Álex estaba confundido. Que había pasado por mucho antes que nadie. Que la mente rellena huecos cuando no soporta el vacío. Era una explicación razonable. La única que encajaba sin romper nada más.

Se levantó y fue hacia la cocina.

El día seguía gris al otro lado de la ventana.

Y, aun así, Pol decidió que lo mejor era seguir adelante como si nada de eso hubiera ocurrido.

El teléfono vibró una vez más.

Pol lo miró sin cogerlo.

El nombre de su padre apareció en la pantalla. Una llamada perdida. Luego otra.

No devolvió ninguna.

No tenía energía para discutir. Ni para escuchar consejos disfrazados de órdenes.

Se lavó la cara, se peinó sin mirarse al espejo y cogió la gabardina antes de salir de casa.

Era la primera vez que volvía a comisaría desde que todo había pasado. No porque quisiera enfrentarse a nada, sino porque necesitaba lo contrario: ocupar la cabeza. Pensar en cualquier cosa que no fuera lo mismo de siempre.

Al entrar, notó las miradas. No curiosidad. Tampoco morbo. Algo más incómodo. Sabían por lo que estaba pasando y no había nada que decir al respecto. Ese tipo de dolor no admite comentarios ni consuelo.

Cruzó el pasillo sin detenerse.

Al llegar a su planta, pidió a Aramburu encargarse de tareas menores. Nada de interrogatorios. Nada de llamadas. Solo trabajo mecánico, de ese que se hace con las manos mientras la cabeza se queda en otro sitio.

No quería presión.

Quería ruido de fondo.

Había varias denuncias pendientes de tramitar, acumuladas desde hacía días. Expedientes atrasados, informes sin cerrar.

Perfecto.

Normalmente detestaba ese trabajo. Le parecía una pérdida de tiempo. Pero esa mañana era justo lo que necesitaba: algo que no exigiera sobrepensar. Algo que llenara horas.

Se sentó en su mesa y abrió el primer archivo.

Por un rato, funcionó.

Llevaba ya un rato revisando expedientes cuando notó una sombra detenerse a su lado. No levantó la vista de inmediato.

—¿Pol?

Era Silvia.

Alzó la cabeza. Ella no llevaba carpeta ni libreta. Solo el bolso colgado del hombro y la chaqueta puesta, como si ya estuviera de salida.

—¿Todo bien? —preguntó él, por inercia.

Silvia no respondió directamente. Bajó un poco la voz, lo justo para que no los oyeran desde las mesas cercanas.

—¿Almorzamos juntos hoy?

Pol frunció el ceño, sorprendido.

—No sé si…

—Yo me tengo que ir ahora —lo interrumpió—. Pero a las dos nos vemos en Madame.

Hizo una breve pausa antes de añadir, mirándolo por primera vez con intención.

—No faltes. Te interesa.

No esperó respuesta. Le dio una palmada suave en el borde de la mesa, un gesto casi afectuoso, y se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

Pol se quedó unos segundos inmóvil con el cursor parpadeando en la pantalla.

Cerró el archivo sin guardar.

Por primera vez en toda la mañana, la distracción dejó de funcionar.

Pol caminó unos metros más antes de darse cuenta de que no estaba yendo a ningún sitio.

Pensó en Silvia.

En la carpeta.

En el “te interesa” dicho sin énfasis, como si no hiciera falta subrayarlo.

Por primera vez desde la muerte de Antonio, algo no le pesó.

No alivio.

No esperanza.

Algo distinto.

¿Y si había encontrado algo de verdad?

La idea le resultó casi ofensiva. Como si pensar en una salida fuera traicionar a alguien. A Antonio. A sí mismo.

Pensó en Álex.

En lo que le había dicho. En la forma en que lo había mirado al hacerlo, sin pedir nada a cambio.

¿Y si no estaba equivocado?

El pensamiento le cerró el estómago.

Si Silvia tenía razón…Si Álex tenía razón…

Entonces no se trataba solo de un asesino.

Se trataba de cuánto tiempo llevaba mirando hacia otro lado.

La grieta de Pol

La Madame estaba casi llena, pero no hacía ruido. Era uno de esos sitios donde la gente habla bajo sin saber muy bien por qué, como si el local lo exigiera. Mesas pequeñas, mármol claro, madera oscura en las paredes y una iluminación cálida que suavizaba los gestos. Olía a café bueno y a comida recién hecha. Normalidad bien ensayada.

Pol entró sin mirar a nadie en concreto. Llevaba la gabardina abierta y la cabeza en otro sitio. Tardó un segundo de más en orientarse, como si el cuerpo hubiera llegado antes que él. Reconoció el lugar sin necesidad de pensarlo: había estado allí demasiadas veces, casi siempre con Silvia. Casi siempre para hablar de cosas que no eran trabajo. O que fingían no serlo.

Ella estaba en la mesa de siempre, al fondo, pegada a la pared. La misma desde la que se veía la entrada sin estar expuesta. Conocía al dueño desde hacía años; ese rincón era suyo, aunque nunca lo hubiera pedido. Tenía una carpeta fina apoyada junto al plato, cerrada, discreta. No estaba mirando el móvil. Estaba esperando.

Cuando lo vio, no levantó la mano ni sonrió. Solo sostuvo la mirada el tiempo justo para que él supiera que había llegado.

Pol caminó hacia ella esquivando sillas, con esa sensación incómoda de estar haciendo algo importante sin saber todavía qué. Se quitó la gabardina al llegar, la dejó colgada en el respaldo y se sentó despacio, como si el cuerpo pesara más de lo habitual.

—Gracias por venir —dijo Silvia, en voz baja.

—Dijiste que me interesaba —respondió Pol.

Ella asintió apenas, como si no hiciera falta añadir nada más. El camarero se acercó sin preguntar; dos cafés aparecieron sobre la mesa como si ya estuvieran decididos desde antes.

Pol apoyó los antebrazos sobre el mármol. Miró la carpeta. Luego la miró a ella.

—Dime qué has encontrado —dijo al fin.

Silvia no abrió la carpeta todavía. Se tomó un segundo. Bebió un sorbo de café.

—Antes de eso —dijo—, necesito que confíes en mí.

Pol sostuvo la mirada. No respondió enseguida.

—Eso ya lo hiciste tú por mí —contestó finalmente.

Silvia inclinó la cabeza, apenas.

Y entonces, por primera vez desde hacía días, Pol tuvo la sensación clara de que algo empezaba a moverse. No hacia delante. Hacia dentro.

Silvia abrió la carpeta sin dramatismo. No la deslizó hacia él. La mantuvo entre ambos, como si lo que hubiera dentro no necesitara ser compartido del todo.

—Voy a ir por orden —dijo—. Y antes de que digas nada: no hay prueba penal. Nada que permita señalar a nadie.

Pol asintió.

—Primera víctima.

—Contacto previo con Roldán. Una conversación registrada en una cafetería cercana a su trabajo. Quince minutos. Sin tensión. Sin testigos relevantes. Nada fuera de lugar.

Pasó una hoja.

—Segunda víctima.

—Discusión laboral. Testigos. Roldán intervino como mediador meses antes. El cruce es real, pero habitual.

Otra hoja.

—Tercera.

Silvia levantó la vista un segundo.

—El director de la aseguradora. Aquí no hay conversación directa, pero sí una relación administrativa clara. Una resolución que le afectó personalmente. Todo legal.

Pol no dijo nada.

—Cuarta víctima.

Silvia no necesitó explicar más.

—Relación profesional. Directivo. Mismo entorno. Mismo contexto.

Cerró la carpeta.

—Separado, no dice nada —continuó—. Junto… obliga a mirar dos veces. Eso es todo.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Pol.

Silvia negó despacio.

—No pienso. Archivo. Comparo. Espero.

Hizo una pausa.

—Pero quería que lo supieras.

Pol bajó la mirada al café ya frío.

—Gracias.

Silvia se levantó primero.

—Vamos a comisaría —dijo—. Esto no se queda aquí.

Salimos de La Madame juntos.

El ruido de la calle me golpeó más de lo esperado, como si el tiempo se hubiera detenido allí dentro. Caminamos unos metros en silencio. Silvia llevaba la carpeta bajo el brazo, apretada contra el cuerpo, como si no quisiera que existiera hasta llegar a destino.

—No es nada definitivo —dijo al fin—. Y quiero que eso quede claro.

Asentí.

—Lo sé.

—Son cruces —continuó—. Contactos previos. Contexto. Nada que sostenga una acusación.

—Pero tampoco es nada —respondí.

Me miró de reojo, midiendo mis palabras.

—Exacto.

Seguimos andando. El cielo estaba encapotado, gris con amenaza de lluvia. Madrid en pausa. Silvia habló mientras caminábamos, sin dramatizar, como si repasara una lista mental.

Primera víctima: un encuentro previo. Documentado. Nada extraño.

Segunda: una discusión laboral. Testigos. Sin consecuencias.

Tercera: una resolución administrativa. Fría. Legal.

Cuarta… no hizo falta que la nombrara. No en voz alta.

—Tomadas por separado no significan nada —dijo—. Juntas, al menos, merecen estar en el fichero.

—Eso es lo que necesito —respondí—. Saber que no me estoy inventando nada.

Se detuvo antes de cruzar la calle y me miró de frente.

—No te estás inventando nada —dijo—. Pero tampoco tienes aún nada que te salve si te equivocas.

La comisaría nos recibió con su ruido habitual: teléfonos, pasos, voces bajas. Subimos juntos. Yo abrí la puerta de mi despacho y dejé el portátil encendido. Silvia colocó la carpeta sobre la mesa sin abrirla.

—Aquí —dijo—. Solo para ti. De momento.

Asentí. No la abrí.

Fue entonces cuando lo noté.

Roldán se acercaba por el pasillo. No venía directo hacia nosotros, pero sus ojos se desviaron lo justo para fijarse en la carpeta. En el lomo se leía el nombre del caso, impreso en negro. Nada más.

—Casals —saludó—. Silvia.

—Roldán —respondimos casi a la vez.

Se apoyó en el marco de la puerta, gesto relajado.

—¿Todo bien? —preguntó—. Os he visto llegar juntos.

—Sí —respondí—. Actualizando información.

Su mirada volvió a la carpeta un segundo más de lo necesario.

—¿Algo relevante? —preguntó, en tono neutro.

—Nada concluyente —dije—. Conexiones previas. Contexto. Lo normal en un caso que crece.

Asintió despacio.

—Conviene tenerlo todo controlado —dijo—. Aunque no lleve a ningún sitio.

—Exacto —respondí.

Silvia cerró la carpeta con un gesto suave.

—Me voy a seguir tirando del hilo —dijo—. Si aparece algo sólido, te aviso.

Me miró a mí. No a él.

—Gracias —respondí.

Cuando se fue, Roldán se quedó un segundo más. Sonrió apenas.

—Descansa, Pol —dijo—. No todo lo que parece una grieta lo es.

—Lo sé —mentí.

Se marchó por el pasillo.

Cerré la puerta despacio y, por primera vez desde que empezó todo, tuve claro algo muy concreto:

No había pruebas. No había culpables.

Pero alguien iba a empezar a hacerse preguntas incómodas.

Y no sabía aún quién sería el primero en no soportarlas.

Me senté sin quitarme la gabardina.

Saqué el móvil casi por inercia.

Tenía su nombre ahí desde el día anterior. Mensajes sin responder. Palabras que había decidido no leer porque no sabía qué hacer con ellas.

Escribí despacio.

Borré dos veces. A la tercera lo dejé.

Perdón por no escucharte.

No estaba preparado.

No lo estoy todavía.

Pero voy a terminar esto.

Te lo prometo.

No añadí nada más.

No pregunté cómo estaba. No pedí que me respondiera.

Bloqueé la pantalla y dejé el móvil boca abajo sobre la mesa.

No sabía si había hecho lo correcto. Solo sabía que ya no podía seguir fingiendo que no había pasado nada.

Sin salida

Alex estaba recogiendo la cocina cuando llamaron a la puerta.

No fue un timbrazo insistente.

Uno solo. Preciso.

El tipo de llamada que no pide permiso.

Se quedó quieto, con el paño húmedo aún en la mano. Miró hacia la puerta sin moverse. No esperaba a nadie. Pensó en no abrir. Pensó que quizá no pasaba nada si fingía no estar en casa.

Volvieron a llamar.

Esta vez no sonó impaciente. Sonó seguro.

Alex caminó despacio hasta la puerta. No miró por la mirilla. No supo por qué, pero algo dentro de él ya sabía quién estaba al otro lado.

Abrió.

Roldán ocupaba el marco como si siempre hubiera pertenecido a ese espacio. No sonreía. No parecía enfadado. Tenía esa calma extraña que Alex había visto antes… solo que ahora no estaba disimulada bajo ningún gesto profesional.

—Buenas tardes, Álex —dijo.

Usó su nombre con naturalidad. Demasiada.

—¿Puedo pasar?

Alex dudó una fracción de segundo. Lo suficiente para que Roldán lo notara. Al final se apartó. No por educación. Por instinto.

Roldán entró y cerró la puerta detrás de él con cuidado, ajustando la cerradura hasta el final. El clic resonó más de lo que debería en el piso silencioso.

Se quitó la chaqueta con calma y la dejó doblada sobre una silla, como si fuera a quedarse un rato. Después sacó algo del bolsillo interior. No era el arma.

Era la placa.

La apoyó sobre la mesa, junto a las llaves de Alex. La giró con dos dedos hasta dejarla boca arriba. El metal brilló bajo la luz de la cocina.

Alex sintió un vacío en el estómago.

Roldán dio un paso atrás, evaluando la distancia entre ambos. Asintió, satisfecho.

—Quería hacerlo así —dijo—. Sin malentendidos.

Entonces sí sacó el arma.

No fue un gesto brusco. No hubo amenaza explícita. La sostuvo baja, descansando en la mano, como si formara parte de su cuerpo. Como si llevarla fuera lo normal.

Alex retrocedió un paso sin darse cuenta.

—Tranquilo —dijo Roldán—. Si hubiera querido hacerte daño, no estaríamos hablando.

Eso no lo tranquilizó en absoluto.

—Siéntate —añadió, señalando la silla frente a la mesa—. Vamos a tener una buena conversación tú y yo, chico listo.

Alex obedeció. Las piernas le temblaban, pero no cayó. Se sentó despacio, sin dejar de mirarlo. Tenía la boca seca. El pulso acelerado. La sensación clara, brutal, de haber cruzado un punto sin retorno.

Roldán se apoyó en la encimera, arma aún visible, placa olvidada sobre la mesa.

—Has sido muy curioso —continuó—. Más de lo que deberías.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Y ahora me has puesto en una situación incómoda.

Alex entendió entonces que el miedo no estaba en el arma.

Estaba en el tono.

En lo medido de cada gesto. En lo decidido de aquella visita.

Roldán no había venido a improvisar.

Había venido a controlar los daños.

El teléfono sonó cuando estaba con Silvia. No miré la pantalla al principio. No hizo falta.

Hay llamadas que se reconocen antes de existir.

Cuando bajé la vista, el nombre estaba ahí.

Roldán.

No sentí un sobresalto. Sentí algo peor: la certeza de que había llegado el momento que llevaba días evitando. Aun así, me

sorprendió. No por la llamada en sí, sino por lo rápido que había ocurrido.

Le enseñé la pantalla a Silvia. No dijo nada. No hacía falta.

Cogí el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

—Pol —dijo—. Gracias por cogerlo.

Su voz sonaba tranquila. Casi cordial. Como si no hubiera cruzado ninguna línea.

—Tengo algo que valoras —continuó—. Y ahora mismo soy el único que puede decidir qué pasa con eso.

Sentí un vacío seco en el estómago.

No pregunté qué.

No hizo falta.

—No voy a alargar esto —dijo—. No me interesa negociar ni explicarme. Tú y yo sabemos cómo funcionan las cosas cuando se llega a este punto.

Miré a Silvia. Estaba inmóvil, con los ojos fijos en el teléfono.

—Vienes solo —añadió—. Sin avisar a nadie. Sin jugar a policías salvando el día.

Hizo una pausa mínima. Calculada.

—Y si haces exactamente lo que te diga, todo acaba aquí.

Apreté los dientes.

—Si no vienes —continuó—, no voy a perder el control. No voy a hacerlo mal. Sabes que no soy así.

Eso fue lo que más me heló la sangre.

Silvia dio un paso hacia mí, como si pudiera sostenerme sin tocarme.

—¿Dónde? —pregunté.

En casa de Álex.

Había ido hasta allí. A su único refugio. A ese lugar que aún no había sido contaminado por nada de esto.

No había urgencia en su voz. No la necesitaba.

Él ya estaba allí. Preparado.

—Tienes una hora —dijo—. Después decidiré yo. La llamada se cortó.

Nadie habló durante varios segundos.

Notaba el pulso en las sienes. La habitación parecía más pequeña. El aire, más denso.

Saqué el móvil otra vez. Escribí sin pensarlo. Si lo pensaba, no lo haría.

Ya voy.

No hagas nada que no tenga vuelta atrás.

Por favor.

Envié el mensaje.

Levanté la vista hacia Silvia. No necesitaba decir nada. Ella ya sabía que aquello no tenía arreglo.

—Voy a ir —dije—. Pase lo que pase.

Silvia asintió despacio.

—Entonces hazlo bien —respondió—. Y vuelve.

Cogí las llaves.

Mientras salía, entendí algo que no me había permitido pensar hasta entonces:

Roldán no estaba improvisando.

Nunca lo había hecho.

Y ahora, todo lo que había creído controlar…ya no dependía de mí.

Silvia no llamó a la puerta.

Entró en el despacho del comisario sin anunciarse y cerró detrás de ella. El sonido fue lo bastante fuerte como para que levantara la cabeza.

—Escucha esto —dijo.

No pidió permiso. No explicó nada.

Dejó el móvil sobre la mesa y pulsó reproducir.

La voz de Roldán llenó el despacho con esa calma que ya no admitía dudas. Frases medidas. Amenaza limpia. El nombre de Pol. El tiempo límite. El silencio calculado.

Cuando terminó, nadie habló durante unos segundos.

El comisario Aramburu se levantó de golpe.

—Me cago en todo —dijo.

No fue una expresión hecha. Fue un derrumbe contenido.

Se pasó la mano por la cara, respiró hondo y volvió a sentarse solo para levantarse otra vez. Abrió un cajón, sacó su móvil personal

y marcó un número sin mirar la agenda.

—Soy yo —dijo en cuanto contestaron—. Escúchame bien.

Silvia no oyó la respuesta, pero sí vio cómo se le tensaba la mandíbula.

—No, no es un simulacro —continuó—. Tenemos un secuestro activo. Rehén civil. Autor con formación policial. Armado. Identificado.

Hizo una pausa mínima.

—Sí. Es él.

Se levantó y empezó a caminar por el despacho.

—Quiero un equipo GEO activado ya. Ahora. Sin ruedas de prensa. Sin filtraciones. Esto es un rescate de rehén.

Otra pausa.

—Sí. Lo asumo yo.

Colgó.

Miró a Silvia por primera vez desde que había entrado.

—¿Casals?

—Va de camino —respondió ella—. Solo.

El comisario cerró los ojos un segundo.

—Siempre igual —murmuró—. Siempre llega el último.

Se enderezó.

—Dile que aguante. Que no haga ninguna heroicidad. Que los GEO ya están en marcha.

Silvia asintió.

Antes de salir, el comisario añadió:

—Y que, pase lo que pase ahí dentro… esto ya no se tapa.

Silvia salió del despacho sabiendo que acababan de cruzar una línea que no tenía vuelta atrás.

No era una operación. Era una caída.

La caída

Alex estaba sentado en la silla del comedor.

Las esposas le apretaban las muñecas contra el respaldo. No demasiado. Lo justo para no olvidarlas. El metal estaba frío. No dolía aún, pero sabía que acabaría haciéndolo.

Roldán no estaba frente a él. Eso era lo peor.

Se movía por el piso con normalidad. Abría cajones. Caminaba descalzo. Como si estuviera en su casa. Como si todo aquello fuera un trámite pendiente.

Sobre la mesa, el reloj.

E reloj que su padre le había regalado por su cumpleaños años descansaba junto al cuenco de las llaves. Limpio. Impecable. El segundero avanzaba sin prisa.

Tic.

Tac.

Alex no podía dejar de mirarlo.

Cada sonido marcaba algo que no sabía medir. No era tiempo. Era margen. Era la distancia entre seguir respirando y dejar de hacerlo.

Roldán apareció por el pasillo con una taza de café.

—Me gusta este piso —dijo—. Tiene algo tranquilo. ¿Lo notas?

Alex no respondió.

—Es curioso —continuó Roldán—. Los sitios tranquilos siempre son los primeros en romperse.

Dejó la taza en la encimera. El reloj siguió marcando.

Tic.

Tac.

Alex pensó en Pol. No en que llegara. En que entendiera. En que no hiciera ninguna estupidez.

El miedo no era morir. Era que Pol llegara tarde.

***

Voy rápido. No me importa.

Lo sé. Y aun así piso más.

La sirena rompe el aire delante de mí. Los coches se apartan tarde. Algunos no se apartan. Golpeo el volante con la palma abierta cuando alguien duda medio segundo de más.

No pienso. No puedo.

Solo veo imágenes que no deberían mezclarse:

la placa de Javier sobre la mesa, la cara de Alex cuando me dijo que tenía miedo, la calma en la voz de Roldán.

Eso es lo que más me jode.

No gritó. No amenazó.

No perdió el control.

Siempre estuvo ahí. Delante de nosotros. Haciendo lo justo. Esperando el momento.

Giro demasiado cerrado. El coche derrapa un poco. Lo corrijo sin frenar.

Si llego mal, muere. —

Si llego tarde, muere.

Si llego solo… quizá también.

Respiro hondo una vez. Solo una.

No voy a entrar como policía.

No voy a entrar como amigo.

Voy a entrar como alguien que todavía puede evitarlo.

Aprieto los dientes.

—Aguanta —digo en voz alta, sin saber a quién—. Aguanta un poco más.

La sirena sigue sonando.

Y el tiempo, en algún lugar de Madrid, sigue avanzando.

Tic.

Tac.

***

El reloj seguía marcando.

Tic.

Tac.

Roldán estaba quieto, con el arma baja, escuchándome más de lo que quería admitir.

—Cuando me interrogaste —dije—... tu apellido me recorrió por dentro.

Frunció el ceño, molesto.

—Soy conocido en esta ciudad —respondió—. ¿Qué coño dices ahora?

No levantó la voz. Eso hizo que me temblaran un poco más las manos.

—No —dije—. No fue por eso.

Levanté la vista como pude.

—Fue por Diego.

El aire cambió.

No de golpe. No con ruido.

Como cuando una habitación se queda sin oxígeno y tarda unos segundos en notarse.

—No pronuncies ese nombre —dijo.

La voz había bajado un registro. Solo uno. Pero lo suficiente.

—Estuve con él —continué, sabiendo que ya no podía parar—. En Málaga. Yo estaba de rotación, él recién salido de la academia. Compartimos turnos. Nos tomamos cafés que se enfriaban porque él no paraba de hablar.

Roldán no se movió. Eso era peor que si se hubiera movido.

—No éramos solo amigos —dije—. Pero eso ya no importa. Lo que importa es que era bueno. No solo como policía. Como persona. De las que se sientan con un desconocido a explicarle una cuenta de restaurante porque les parece lo correcto, aunque se les enfríe la cena.

Algo cruzó su cara. Muy rápido. Como una sombra que no quiere que la vean.

—Una noche me habló de una nave industrial —seguí—. Un aviso sin importancia decía. Pero el sargento que recibió el parte sabía más de lo que decía. —Hice una pausa—. Diego lo sabía también. Y aun así fue.

Roldán dio un paso hacia mí.

—Cállate.

No era una orden. Era otra cosa. Más apretada. Más adentro.

—El día que murió —continué—, me habló de Madrid. De usted. De que quería demostrar que estaba a la altura. —La voz me salió más baja de lo que quería—. Que quería que estuviera orgulloso.

El reloj marcó otro segundo.

Tac.

Roldán tenía la mandíbula apretada. Los ojos fijos en mí con una intensidad que no era por rabia exactamente. Era algo más difícil de sostener.

—Lo siento —dije—. De verdad.

El arma subió unos centímetros. No apuntó. No hacía falta.

Nos miramos un segundo largo. Demasiado largo.

Y entonces vi algo que no esperaba ver.

No culpa. No amenaza.

Una grieta.

Pequeña. Casi invisible. Del tipo que solo aparece cuando alguien te dice algo que llevas años sin querer escuchar y que sin embargo era verdad.

Duró menos de dos segundos.

Luego la cerró.

—No vuelvas a decir su nombre —dijo Roldán—. Nunca.

Se fue sin esperar respuesta.

Yo me quedé quieto en la acera sabiendo que acababa de mover algo que no iba a poder volver a su sitio.

***

Apagué la sirena dos calles antes.

El silencio cayó de golpe, casi violento. El motor seguía sonando, pero ya no había aviso, ni margen, ni ruido que apartara a nadie de mi camino. Solo yo y la calle, demasiado tranquila para la hora que era.

Reduje al girar la esquina. Reconocí el portal al instante. El mismo de siempre. Fachada discreta. Persianas a medio bajar. Nada fuera de lugar. Esa normalidad insultante que solo existe cuando algo terrible está ocurriendo dentro.

Frené en doble fila sin pensarlo. Dejé el coche mal aparcado, como si eso importara todavía. El reloj del salpicadero marcaba una

hora que no quise grabarme en la cabeza. Algunas cifras es mejor no recordarlas.

Bajé del coche y cerré de un portazo.

Abrí el maletero sin pensar y saqué el chaleco. Mi nombre. Mi rango. Mi grupo sanguíneo bordados en blanco. Me lo ajusté con movimientos automáticos, como si el cuerpo supiera qué hacer antes que la cabeza.

Saqué el arma de la funda.

Amartillé.

El sonido seco resonó más de lo que esperaba. Hacía meses que no lo hacía fuera de un campo de tiro. Meses en los que había creído que ya no volvería a necesitarlo así.

Me equivoqué. Di dos pasos hacia el portal… y entonces lo sentí.

Ese cosquilleo en la nuca.

Ese aviso antiguo que no falla. Giré la cabeza despacio.

Uno. Dos. Tres coches doblaban la esquina, separados por metros exactos. Sin sirenas. Sin luces. Coordinados.

El primero lo reconocí al instante.

El coche del comisario.

Noté cómo algo se me hundía en el pecho.

No venían a ayudarme.

Venían a recoger el desastre.

Volví a mirar el portal.

Alex estaba ahí dentro. Atado. Atrapado. Jugándose la vida instante tras instante mientras yo llegaba tarde otra vez. Siempre tarde. Siempre reaccionando cuando ya es demasiado tarde.

Apreté los puños.

Pensé en su cara cuando me dijo que tenía miedo. En cómo había intentado ayudar incluso cuando yo no quise escucharle. En la forma en que me miró la última vez, sin reproche, solo esperando que no volviera a fallarle.

Y ahora estaba a punto de hacerlo.

Respiré hondo. Solo una vez. Lo justo para no venirme abajo.

Saqué la placa del bolsillo y la sostuve un segundo en la mano. No para enseñarla. Para recordarme que aún tenía derecho a entrar. Que aún podía decidir algo.

No era un héroe. No iba a salvar el mundo.

Pero ese chico estaba ahí dentro. Y yo había prometido no llegar tarde.

Crucé la calle sin mirar atrás. Sabía que, en cuanto pusiera un pie en ese portal, el caso dejaría de existir.

Solo quedarían las personas.

Y el miedo, muy real, de perder a alguien a quien apenas había empezado a permitirle importarme.

Silvia bajó del coche dos calles antes del domicilio.

No hizo falta que nadie diera la orden. Todos sabían cómo funcionaban esas cosas cuando ya no había margen para improvisar. Los vehículos se fueron deteniendo de forma escalonada, sin ruido, sin luces. Puertas que se abrían y se cerraban con cuidado. Pasos contenidos sobre el asfalto húmedo.

Madrid seguía con su vida. Coches pasando a lo lejos. Un repartidor en bicicleta. Una pareja discutiendo en una terraza cerrada. Nada que delatara que, a pocos metros, alguien estaba retenido con un arma apuntándole al cuerpo.

Silvia se ajustó la chaqueta y miró a su alrededor. Dos agentes se desplegaron hacia la esquina norte, otros dos cubrieron la salida trasera del edificio. Nadie hablaba. Solo gestos breves, miradas que confirmaban posiciones.

—Acordonad sin levantar sospechas —susurró—. Que parezca una obra, una avería, lo que sea.

Uno de los agentes asintió y se alejó con el rollo de cinta en la mano, escondiéndolo bajo el abrigo. Otro habló por el pinganillo, casi sin mover los labios.

Entonces lo oyó.

El sonido grave de un motor grande, mal contenido.

La furgoneta de los GEO apareció al final de la calle como un animal fuera de sitio. Negra, alta, sin distintivos. Frenó de golpe y quedó atravesada unos segundos, como si no le importara ser vista. De ella bajaron hombres con movimientos rápidos, precisos, que no necesitaban mirarse para saber qué hacer.

El comisario Aramburu llegó justo detrás.

No llevaba el gesto duro de otras veces. Llevaba otra cosa. Algo más personal.

Se acercó a la furgoneta y uno de los GEO se adelantó. No hizo falta presentación. El parecido era evidente incluso antes de que hablaran.

—¿Cuántos minutos? —preguntó el comisario.

—Los que tú me digas —respondió el otro—. Pero si hay rehén, no corremos.

Aramburu apretó la mandíbula. Miró hacia el edificio, sabiendo que allí dentro no solo estaba un civil.

—Es un inspector —dijo—. De los buenos.

El coronel lo sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—Entonces más razón para hacerlo limpio.

Silvia observó la escena desde unos pasos atrás. Entendió en ese instante que ya no había marcha atrás. Que aquello no iba de cerrar un caso ni de salvar una carrera.

Iba de evitar una ejecución.

Y de hacerlo sin que la ciudad se diera cuenta de que, durante unos minutos, el orden había estado a punto de romperse del todo.

Entré en el portal sin correr. El silencio allí dentro era distinto, más denso. Subí los dos primeros escalones de golpe y llamé a la primera puerta.

—Policía.

La mirilla se oscureció un segundo. Luego, el cerrojo.

Abrió una mujer mayor, pelo blanco recogido, bata clara. Ojos curiosos. Canarios, pensé sin saber por qué.

—Señora —dije—. Necesito que salga del edificio ahora mismo. Coja lo imprescindible. No pregunte.

—¿Ha pasado algo?

—Ahora no —respondí—. Por favor.

Me miró un segundo más, intentando leerme la cara. No encontró nada. Asintió despacio y cerró para coger sus cosas.

Subí un tramo más y repetí el gesto en la segunda puerta.

—Policía.

Un hombre joven, camiseta de tirantes, móvil en la mano.

—¿Qué ocurre?

—Tiene que salir. Ya.

—Pero…

—Ya.

No levanté la voz. No hizo falta. Quedaba una puerta.

Y esa no iba a abrirse con palabras.

Respiré una vez. Solo una.

Llamé.

Un golpe seco.

La cerradura giró casi de inmediato. La puerta se abrió despacio, como si hubiera estado esperando con la mano apoyada en el pomo.

Roldán apareció al otro lado.

Sin chaqueta. Sin placa. Camisa remangada, arma baja, visible. No apuntaba. No hacía falta.

Levanté las manos antes de que dijera nada.

No porque me lo pidiera. Porque sabía que era así como debía entrar.

—Pasa —dijo.

Entré.

Cerró la puerta con cuidado. Demasiado cuidado. El sonido del pestillo fue definitivo.

—Quédate ahí —añadió—. Donde te vea. Donde nos veamos los dos.

No me pidió que soltara el arma.

Sabía que no iba a hacerlo.

—No tienes huevos —dijo, casi con desgana—. Nunca los has tenido para esto.

Mi mirada se fue al pasillo sin poder evitarlo.

—Pol…

La voz de Álex llegó desde el fondo. Tensa. Rota.

—¡Cállate! —cortó Roldán sin alzar la voz.

Di un paso instintivo hacia delante.

—Todo irá bien —dije—. Te lo prometo.

Roldán soltó una risa breve. Seca.

—Mírate —respondió—. Sigues diciendo eso incluso cuando sabes que es mentira.

Se giró un segundo hacia el pasillo.

—¿Ves? —añadió—. Esto es lo que haces. Dar esperanzas que no puedes cumplir.

Volvió a mirarme.

—Siempre haces lo correcto, Casals. Aunque sea lo que te acaba matando por dentro.

Avanzó un paso. Yo no me moví.

—Sabía que vendrías solo —continuó—. Como un buen policía. Como un mal amigo.

El silencio pesó entre los tres.

Y entonces lo entendí del todo.

No estaba improvisando. No estaba huyendo.

Esto era el final que llevaba tiempo escribiendo.

—¿Por qué? —pregunté.

La palabra salió sola. No como policía. Como alguien que ya no entiende nada.

Roldán me miró durante un segundo largo. Como si evaluara si merecía la respuesta.

—Por Diego —dijo al fin.

No levantó la voz. No hizo ningún gesto. Solo pronunció el nombre.

—Mi hijo murió en acto de servicio —continuó—. Un accidente, dijeron. Mala suerte. Riesgo del oficio.

Dio un paso lento por el salón, sin perderme de vista.

—Luego vinieron los informes. Las firmas. Las decisiones administrativas. Frías. Impecables. —Sonrió sin humor—. Y un día me dijeron que no correspondía indemnización. Que no cumplía los requisitos.

Apreté los dientes.

—Firmaron que mi hijo no había muerto como policía —añadió—. Como si eso pudiera borrarse con tinta.

—Eso no te da derecho… —empecé.

—¿Derecho? —me cortó—. Ellos tuvieron derecho a seguir cenando tranquilos. A dormir bien. A mirar a sus hijos a los ojos.

Se giró hacia el pasillo.

—¿Sabes qué es volver a casa con una habitación vacía y un papel oficial diciendo que tu hijo no vale lo suficiente?

El silencio pesó.

—No eran errores —continuó—. Eran decisiones. Y alguien tenía que pagarlas.

—Diego no querría esto —dijo Álex desde el fondo, con la voz rota.

Roldán se giró despacio.

—Claro que lo querría.

Álex negó con la cabeza, desesperado.

—No. Él era bueno. No era así.

Roldán lo miró con algo parecido al desprecio.

—Era mi hijo —dijo—. Y nadie sabe mejor que yo lo que habría hecho.

Volvió a clavar los ojos en mí.

—Yo no mato por placer, Casals. Yo equilibro la balanza. —Hizo una pausa—. Lo que pasa es que tú todavía crees en ella.

El tic-tac del reloj se coló entre nosotros.

Y por primera vez entendí que no hablaba con un asesino.

Hablaba con alguien que ya había decidido que el mundo le debía algo.

Y pensaba cobrarlo hasta el último segundo.

—Silvia me enseñó pruebas —dije—. Me queda claro que los dos últimos… —tragué saliva—. Incluido Antonio, estaban relacionados directamente con lo de Diego.

Roldán no se inmutó.

—Pero los dos primeros no —continué—. No tenían nada que ver contigo. ¿Por qué ellos?

Sonrió. No de orgullo. De condescendencia.

—Para desviar la atención.

—Los siete pecados capitales —dije.

Roldán parpadeó. Solo una vez. Pero lo suficiente.

—Las víctimas. La forma en que las dejaste. La postura. El orden. —Hice una pausa—. No era aleatorio. Era un marco. Algo que nos mantuviera mirando hacia la teología y no hacia ti.

Roldán no respondió de inmediato. Eso era una respuesta en sí mismo.

—El ángel caído —continué—. Lo leímos como firma. Como vanidad. —Lo miré fijo—. Pero era ruido. Ruido que tú mismo fabricaste para que nos centráramos en otra cosa.

Algo cambió en su expresión. No era admiración exactamente. Era el reconocimiento frío de quien ve que el otro ha llegado más lejos de lo esperado.

—Para que os centrarais —confirmó al fin—. Vosotros. La prensa. Yo incluido, si hacía falta. —Hizo una pausa breve—. Pero eres más listo de lo que pensaba, Casals.

No lo dijo como elogio. Lo dijo como quien anota un error de cálculo en un papel y lo subraya.

—Es más fácil cuando empiezas así —añadió, recuperando el tono—. Dos víctimas sin conexión aparente. Un patrón que parece más grande que una sola persona. Nadie busca rencor personal detrás de algo que parece ritual. Nadie mira a un policía veterano con una vida ordenada.

—Es más fácil cuando empiezas así —añadió—. Dos víctimas sin conexión aparente. Nadie busca un patrón personal. Nadie mira a un policía veterano con una vida ordenada.

Caminó despacio hacia la ventana y volvió a girarse.

—Luego ya puedes ajustar cuentas. Dos que sí importan. Dos que pesan.

—¿Era eso? —pregunté—. ¿Un cálculo?

—Era un plan —respondió—. Y funcionaba.

Su mirada se endureció.

—Un plan perfecto.

Señaló el salón. El pasillo. El piso entero.

—Pero me lo jodisteis —escupió—. Tú, con tus dudas. Y él… —miró hacia Álex— con sus malditas visiones.

Álex dio un paso atrás.

—Nunca debiste hablar —continuó Roldán—. Nunca debisteis insistir. Si hubierais hecho vuestro trabajo y cerrado el caso como tantas otras veces, ahora estaríais durmiendo tranquilos.

Me miró a los ojos.

—Pero no. Tenías que creerle. Tenías que ser distinto.

Se acercó un poco más.

—Eso es lo que os pierde a los dos.

El reloj volvió a sonar.

Tic.

Tic.

Y supe que ya no hablábamos de justicia.

Ni siquiera de venganza.

Hablábamos de orgullo herido.

Y de un hombre al que le habían desmontado el único sentido que le quedaba.

Roldán bajó el arma un par de centímetros. No mucho. Lo justo para parecer humano.

—En realidad… —dijo— no quise matar a Antonio.

La frase cayó rara. Fuera de sitio.

—Era tu amigo —continuó—. Y tú no me habías hecho nada, Casals. Al contrario. Eres buen policía. Siempre lo he pensado.

No había ironía. Eso era lo peor.

—Pero luego recordé algo —añadió—. Que estabas demasiado metido en el caso. Que no sabías parar. Que seguías tirando del hilo sin que quedara lana.

Se encogió de hombros

—Y no tuve más remedio.

Álex contuvo el aliento.

—Sabía que te iba a doler —prosiguió Roldán—. Que te iba a romper por dentro. Que ibas a desistir. Eso es lo que hace cualquiera cuando le tocan lo personal.

Me miró fijamente.

—Pero no tú.

Sonrió, cansado.

—Eres testarudo. Cabezota. Sigues, aunque te estés desangrando.

Hizo un gesto vago con la mano.

—Míranos ahora. Aquí estamos.

Se inclinó un poco hacia delante, casi con complicidad.

—Cómo se nota que eres catalán.

No respondí.

Porque en ese momento entendí algo peor que la amenaza: que Roldán no se arrepentía de nada. Y que Antonio no había sido un error.

Había sido un mensaje.

Álex habló antes de que yo pudiera detenerlo.

La voz le salió baja, pero firme. No temblaba.

—Pero no eres perfecto, Javier.

Roldán giró la cabeza despacio. No enfadado. Interesado.

—Yo te vi —continuó Álex—. Te vi sujetándole la cabeza a Antonio. Frente al espejo.

El silencio se tensó.

—No te escondiste —añadió—. No bajaste la mirada. No apartaste la cara.

Roldán no dijo nada.

—Querías que te viera —dijo Álex—. Porque ya sabías que te estaba viendo.

El reloj marcó otro segundo.

Tic.

Por primera vez, algo se movió en la expresión de Roldán. No culpa. No miedo. Algo más íntimo.

—Eso no fue un error —prosiguió Álex—. Fue una decisión.

Roldán sonrió despacio. Muy despacio.

—¿Y sabes por qué? —preguntó.

No esperó respuesta.

—Porque cuando haces justicia de verdad… —dijo— no necesitas esconderte.

Me miró a mí.

—Y porque, aunque no lo admitas, una parte de ti quería saberlo.

El arma volvió a subir un poco.

—Los dos sois más parecidos a mí de lo que creéis.

Y ahí entendí que no solo estábamos atrapados en un piso.

Estábamos dentro de su relato. Y Roldán aún creía que lo estaba escribiendo él.

Mientras hablaba, deslicé la mano derecha hacia la cartuchera.

No fue un movimiento brusco. Ni consciente del todo. Más bien un reflejo antiguo, aprendido a base de repetirlo mil veces sin pensar.

Los dedos tocaron el arma.

No la saqué.

No todavía.

Roldán no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado mirándose a sí mismo, convencido de que aún llevaba la ventaja.

—Bien —dijo entonces—. Vamos a hablar claro.

Y ahí empezó a imponer sus condiciones.

—Mis condiciones son simples —continuó—. Me dejas marchar. Te olvidas de todo esto. De hoy. De este piso. De él —miró a Álex—. Y aquí no ha pasado nada.

El arma no apuntaba a nadie en concreto. Eso era lo más peligroso.

—Desaparezco —añadió—. Me jubilo antes de tiempo. Me voy lejos. Y tú sigues con tu vida. Con tu carrera. Con tu conciencia limpia.

Negué despacio con la cabeza.

—No.

La palabra sonó más firme de lo que me sentía.

—No puedo.

Roldán me miró como si yo fuera un crío que no entiende una lección básica.

—Piénsalo bien, Casals.

—Lo he pensado demasiado —respondí.

Di un paso al frente.

—Justicia no es borrar huellas —dije—. No es mirar hacia otro lado cuando el que mata es de los nuestros.

Su rostro se tensó.

—Mi amigo está muerto —continué—. Y los otros tres también. El médico al que encerramos… le jodimos la vida por seguir un atajo.

Roldán abrió la boca, pero no le dejé.

—Eso no se limpia con un retiro dorado —dije—. Ni con silencio.

El reloj volvió a sonar.

Tic.

—Si sales por esa puerta —añadí— no será porque yo te he dejado. Será porque me has pasado por encima.

Sostuve su mirada.

—Y no lo vas a hacer.

Durante un segundo largo, larguísimo, nadie respiró.

Roldán apretó el arma.

Y supe que acabábamos de cruzar el punto en el que las palabras dejan de servir.

Roldán dio un paso hacia mí.

Álex se lanzó contra él sin pensarlo. Un empujón torpe, desesperado. Lo justo para romper el gesto.

Desenfundé.

Disparé.

—¡DISPARO! ¡DISPARO DENTRO!

Silvia levantó la cabeza de golpe.

El sonido había salido claro. Seco. Inconfundible.

—Tercera planta, derecha —ordenó—. Única puerta.

Los GEO ya estaban en movimiento. Cascos puestos. Armas listas. Nadie corrió. Avanzaron rápido, compactos, como una sola cosa.

Silvia se quedó abajo un segundo más, respirando hondo.

Luego entró.

La escalera vibró con las botas subiendo. Una patada. Madera cediendo.

—¡POLICÍA!

El resto quedó dentro.

Silvia no necesitó ver nada para saber que todo había terminado.

Roldán estaba en el suelo.

Un disparo limpio en el pecho, a escasos centímetros del corazón. No letal. Preciso. Demasiado preciso para ser casual.

Sangraba, pero respiraba.

Los GEO lo tenían inmovilizado, esposas puestas, la cara girada contra el parqué. Ya no gritaba. Solo emitía un sonido bajo, quebrado, más cercano a un sollozo que a una queja.

Silvia lo observó un segundo de más.

Sabía lo que significaba ese disparo.

Tres centímetros más a la izquierda y todo habría terminado allí.

Pero no. No había sido un acto de rabia. Había sido una elección.

Más tarde dirían que ese punto exacto se lo había enseñado su padre. Años atrás. En otro secuestro. Otra casa. Otro error que no podía repetirse.

Justo ahí donde se dispara cuando no quieres matar, pero tampoco puedes fallar.

Me acerqué a Álex despacio. Tenía la mirada perdida, pero cuando me vio parpadeó como si volviera de muy lejos.

—Ya está —le dije—. Se acabó.

Asintió una vez. Apenas.

—Lo sabía —respondió—. Sabía que no ibas a morir.

Fruncí el ceño.

—Anoche no vi nada —añadió—. Ninguna visión. Ningún final.

Lo entendí entonces. No como certeza, sino como descanso.

Las puertas del piso quedaron atrás. La calle nos recibió con luces azules y gente contenida tras el cordón. Una camilla se acercó. Se llevaron a Álex primero. Él no protestó. Antes de subir, me miró una última vez.

No hizo falta decir nada.

Me giré y vi al comisario esperándome unos metros más allá. No había reproche en su cara. Solo cansancio.

—Buen tiro, Casals —dijo.

—Gracias, señor.

Señaló vagamente hacia el edificio.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Mi padre —respondí—. Me lo enseñó hace años.

Asintió despacio.

—Sabía que no me decepcionarías.

Hizo una pausa.

—Como él.

Miré hacia la ambulancia mientras arrancaba.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo dentro de mí dejaba de apretar.

Epílogo

Un mes después. Canillas. Pol

09:00. Un mes después.

La grieta seguía ahí.

No había cambiado de sitio. No había crecido ni se había cerrado. Era la misma línea fina y torcida que cruzaba el techo desde la esquina hasta ningún sitio, como si alguien hubiera intentado dibujar algo y hubiera desistido a mitad.

Durante meses la había mirado como una advertencia.

Esta mañana era solo una grieta.

Me quedé tumbado más tiempo del necesario. El café ya estaba hecho, lo oía en la cocina, pero no tenía prisa. Madrid sonaba igual fuera. Coches. Una moto. Alguien discutiendo en un balcón con demasiada energía para las nueve de la mañana. Todo exactamente donde lo había dejado.

Las visiones no habían desaparecido.

Sería demasiado fácil, y yo ya había aprendido a desconfiar de lo fácil.

Pero ya no venían solas. Eso era lo que había cambiado. No el qué sino el cómo. Ya no me encontraban indefenso. Ya no me dejaban mirando el techo sin saber si lo que acababa de ocurrir era real o mío. Ahora llegaban, y yo las recibía, y luego decidía qué hacer con ellas.

No es un don. Que quede claro.

Sigue siendo una putada.

Pero ya no estoy solo con ella.

Me levanté. Fui a la cocina. El café cayó en la taza con ese sonido espeso de las mañanas lentas. Me apoyé en la encimera y cogí el móvil.

Escribí despacio.

Cuídate.

Hoy empieza algo nuevo.

Te quiero.

Envié.

Dejé el móvil boca arriba esta vez, por si contestaba.

Me bebí el café mirando la ventana.

Madrid seguía ahí fuera, indiferente y constante, como siempre.

Y por primera vez desde que empezó todo esto, eso no me pareció una amenaza.

Madrid seguía igual.

Lo pensé al bajarme del coche. La misma gente caminando deprisa, las persianas a medio subir, el ruido de las tazas en los bares, el tráfico avanzando con esa lentitud resignada de cada mañana. Nada alterado. Nadie mirando a nadie.

Como si no hubiera pasado nada.

El despacho todavía no huele a mí.

Dejé la chaqueta sobre el respaldo y me quedé de pie un momento, observándolo todo con la distancia de quien todavía no termina de creerse que ese espacio le corresponde. La mesa es nueva. Las paredes están limpias en exceso, ese blanco reciente que pide a gritos que alguien lo manche de algo. Sobre el escritorio, la placa metálica.

Inspector jefe.

El ascenso llegó sin ruido. Sin llamadas. Sin el discurso que otro habría preparado. Un trámite. Otro movimiento que no pedí y que esta mañana pesa de una forma distinta a como pesó la semana anterior.

El móvil vibró.

Lo miré sin prisa.

Álex. De hace unos minutos.

Lo abrí.

Cuídate.

Hoy empieza algo nuevo.

Te quiero.

No respondí. Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa. No para ignorarlo sino porque necesitaba un minuto antes. Porque hay una diferencia enorme entre las dos cosas y esta mañana no tenía palabras para ninguna de ellas.

Respiré hondo.

Cuando levanté la vista, lo vi.

Un sobre blanco, perfectamente alineado junto al borde del escritorio. No estaba ahí antes. Estoy seguro. No tiene membrete ni

sello. Solo mi nombre escrito a mano en el centro.

Pol.

La caligrafía es limpia. Segura. Demasiado cuidada para ser casual.

Miré la puerta. Cerrada. El pasillo en silencio.

Durante un instante pensé en dejarlo ahí. En llamar a alguien. En seguir el procedimiento. En hacer lo correcto.

No lo hice.

Me senté. Abrí el sobre.

Dentro había una hoja doblada en dos y nada más. La leí despacio, aunque era corta.

Creíste que investigabas un caso.

En realidad, eras parte de él.

Debajo, un expediente. Referencias internas que no aparecen en ningún informe oficial. Fechas que no cuadran con nada que conozca. Códigos que reconozco a medias, lo justo para saber que no debería estar mirándolos.

Y al fondo del sobre, separado del resto por una banda roja, algo más grueso.

522/22 — CLASIFICADO

Un sello seco. Institucional. Inconfundible.

CNI.

Las manos me temblaron apenas. No mucho. Lo suficiente para notarlo.

Cerré el expediente. Lo dejé sobre la mesa, alineado, como si siempre hubiera estado ahí. Miré el despacho otra vez. Las paredes blancas. La placa nueva. El olor que todavía no era mío.

Entendí algo entonces con una claridad incómoda.

El caso de Roldán no había sido el principio de nada.

Había sido la puerta.

Y alguien, al otro lado, llevaba tiempo esperando a que la cruzara.

Cogí el móvil. Escribí una sola palabra. Me detuve. La borré.

Guardé el expediente en el cajón de abajo, el que tiene llave. Me puse la chaqueta. Apagué la luz y salí cerrando la puerta despacio.

En el pasillo, nadie levantó la vista.

Madrid continuaba ahí fuera, constante e indiferente, ajena a lo que acababa de aterrizar en mis manos.

Caminé hacia el ascensor con el expediente del CNI en la cabeza y el mensaje de Álex en el bolsillo, sin saber todavía cuál de los dos pesaba más.

No todos los casos se resuelven.

Algunos solo cambian de manos.

Y este acaba de pasar a las mías.
